

# **El Reino de las Sombras**

**Robert E. Howard**

## **1. UN REY LLEGO CABALGANDO**

El resonar de las trompetas se acentuó y ascendió con un estallido hondo y dorado, gruñendo como la marea nocturna rompiendo en las plateadas orillas de Valusia. La multitud aullaba, las mujeres lanzaban rosas desde los tejados. El tintineo rítmico de los cascos de plata se hizo más claro y las primeras filas poderosas aparecieron en el recodo de la amplia avenida blanca que rodeaba la Torre de los Esplendores de Capiteles de Oro.

Primero venían los trompetas, jóvenes esbeltos vestidos de escarlata, avanzando en medio de la fanfarria de sus largos y finos clarines de oro, seguidos de los arqueros, hombres altos, provenientes de las montañas. Tras ellos, los infantes, poderosamente armados, con sus amplios escudos entrechocando al unísono, balanceando las largas lanzas en el perfecto ritmo de sus pasos. Les seguían los soldados más terribles del mundo entero, los Asesinos Rojos, cabalgando en fieros corceles, acorazados y fajados de rojo del casco a las espuelas. Se mantenían sobre las sillas orgullosamente, sin mirar ni a derecha ni a izquierda, con plena conciencia de los gritos que se alzaban a su paso. Parecían estatuas de bronce y, en el bosque de lanzas que se erguía sobre ellos, no había la menor vacilación.

Tras aquellas filas orgullosas y temibles venían las abigarradas cohortes de mercenarios, guerreros endurecidos de apariencia salvaje, hombres originarios de Mu y Kaanu, de las colinas orientales y de las islas occidentales. Portaban lanzas y pesadas espadas. Un grupo compacto avanzaba ligeramente retirado... los arqueros de Lemuria. Luego la infantería ligera de la propia nación. Nuevas trompetas constituían las últimas filas.

Un espectáculo magnífico... un espectáculo que llenaba de alegría salvaje el alma de Kull, rey de Valusia. No estaba sentado sobre el Trono de Topacio, ante la Torre Real de los Esplendores. ¡Oh, no! Se mantenía erecto sobre la silla, a lomos de un inmenso semental, como el auténtico rey guerrero que era. Levantaba el brazo poderoso para responder a los

saludos de las tropas que desfilaban ante él. Los ojos feroces lanzaron una displicente mirada a los trompetas soberbiamente ataviados. Estos frenaron el paso para esperar a las tropas que les seguían; al llegar, los clarines respondieron con una luz feroz cuando los Asesinos Rojos se detuvieron ante Kull con un chillido de acero, tirando de las riendas de las monturas y dirigiéndole el Saludo de la Corona.

Los ojos se estrecharon ligeramente cuando los mercenarios desfilaron ante él. Aquellos mercenarios no saludaban a nadie. Avanzaban con los hombros echados hacia atrás y miraban a Kull orgullosamente, de cara, aunque con cierta estima. Sus ojos temibles no parpadeaban; ojos de mirada cruel, ocultos por cabelleras hirsutas y cejas espesas.

Y Kull les respondió con una mirada idéntica. Apreciaba a los valientes y no había en el mundo hombres más bravos que aquellos, ni siquiera entre los hombres salvajes de su tribu, aquellos que le despreciaban. Kull era demasiado salvaje en su fuero interno para amarles. Había conocido demasiados odios mortales. Muchos eran los seculares enemigos de la nación y, aunque el nombre de Kull fuera un nombre maldito entre los montañeros y los habitantes de su propio pueblo y aunque Kull los hubiese expulsado de su mente, los viejos rencores, las antiguas discordias, aún persistían. Pues Kull, lejos de ser valusio, era atlante.

Los ejércitos desaparecieron de su vista al rodear los basamentos brillantes y cuajados de joyas de la Torre de los Esplendores. Kull dirigió el semental que montaba, con paso tranquilo, hacia el palacio, discutiendo del desfile con los comandantes que cabalgaban a su lado, pronunciando pocas palabras, pero diciendo muchas cosas.

—El ejército es como una espada —dijo Kull—, no se debe dejar enmohecer. —Seguían la avenida y Kull apenas prestaba atención a los susurros que llegaban hasta él, los murmullos de la multitud que se apretujaba a su alrededor.

—¡Es Kull, miradle! ¡Valka, qué rey! ¡Y qué hombre! ¿Habéis visto los brazos...? ¿Y los hombros?

Pero también escuchaba, en un tono más bajo, acentos más siniestros.

—¡Kull! ¡Ja! ¡Maldito usurpador venido de las islas!

—¡Sí, la deshonra de Valusia! ¡Un bárbaro sentado en el trono de los Reyes!

A Kull no le preocupaban las murmuraciones. Sabía que se había apoderado del decadente trono de la antigua Valusia y que debía mostrarse firme para conservarlo... un hombre... ¡contra una nación!

Al llegar a la Sala del Consejo, la Sala de Audiencias, Kull hubo de responder a las palabras acompasadas y elogiosas de los señores y las damas con una diversión cuidadosamente disimulada y orgullosa antes tantas frivolidades;

más tarde, cuando los señores y las nobles damas se retiraron ceremoniosamente, Kull se recostó en el trono de armiño para reflexionar sobre ciertos asuntos de estado. No tardó en llegar un servidor para pedirle al rey permiso para hablar y anunciar a un enviado del embajador de los pictos.

Kull abandonó los oscuros meandros de la política Valusia por los que había vagabundado durante algunos instantes y consideró al picto con una mirada desprovista

de agasajo. El hombre sostuvo la mirada del rey sin pestañear.

Era un guerrero de estrechas caderas, pecho robusto, talla media; su cuerpo era recio y de piel morena como la de todos los miembros de su raza. Entre los rasgos resueltos y poderosos, sus ojos insondables observaban a Kull fijamente y sin temor.

—El jefe de los Consejeros, Ka-nu de los pictos, hombre de confianza del rey de las islas pictas, te envía sus saludos y este mensaje: Un trono espera a Kull para la fiesta de la luna nueva... Kull, rey de reyes, señor de señores, emperador de Valusia.

—Bien —respondió Kull—. Dile a Ka-nu el Anciano, embajador de las Islas Occidentales, que el rey de Valusia irá a vaciar con él algunas copas de vino cuando la luna flote por encima de las colinas de Zalgara.

Sin embargo, el picto no se retiró.

—Tengo otra cosa que decirle al rey, y esa no es... —con la mano, hizo un gesto de desprecio—... para los esclavos.

Con una palabra, Kull despidió a los sirvientes, observando al picto con circunspección.

El hombre se acercó a él y, en voz más baja, añadió:

—Ven solo a la fiesta de esta noche, mi rey. Eso ha dicho mi señor.

Los ojos del monarca se estrecharon y brillaron con una luz tan fría como el gris acero de un puñal.

—¿Solo?

—Sí.

Confrontaron las miradas silenciosamente mientras el recíproco odio tribal triunfaba sobre la máscara de la etiqueta. Sus bocas hablaban con un lenguaje civilizado, pronunciando las sosegadas frases de la corte, las palabras de una raza que había alcanzado un alto nivel de civilización;

pero en las miradas brillaban las tradiciones primitivas de los salvajes del Alba de los Tiempos. Quizá Kull fuera el rey de Valusia y el picto un emisario del embajador, pero en la Sala del Trono eran dos salvajes quienes se miraban cautelosamente, al acecho, oyendo los susurros de los fantasmas de terribles guerras y rencores tan viejos como viejo es el mundo.

El rey tenía la ventaja sobre el picto, y la saboreaba plenamente. Con el mentón apoyado en la mano, estudiaba al picto que se erguía ante él, como una estatua de bronce, la cabeza echada hacia atrás, la mirada resuelta.

En los labios de Kull apareció una sonrisa que más parecía una mueca burlona.

—¿Así que debo ir... solo? —La civilización le había enseñado a hablar de un modo distante, y los ojos del picto centellearon, pero no contestó—. ¿Cómo puedo saber que vienes de parte de Ka-nu?

—Ya lo he dicho —fue la enojada respuesta del picto.

—¿Y desde cuándo un picto dice la verdad? —se burló Kull, sabiendo que los pictos

nunca mentían; si actuaba de aquel modo era tan sólo para exasperar al mensajero.

—Rey, no veo cuál es tu plan —respondió el picto de modo imperturbable—. Si querías encolerizarme.. ¡por Val-ka que has conseguido tu objetivo! Estoy algo más que irritado. Y te desafío a que te midas conmigo, en combate singular, con lanza, espada o daga, a caballo o a pie. ¿Eres un rey o un hombre?

Los ojos de Kull brillaron con la celosa admiración de un guerrero frente a un adversario intrépido, pero no dejó pasar la nueva ocasión de molestar un poco más al hombre plantado frente a él.

—Un rey no acepta el desafío de un salvaje que no tiene nombre —se mofó—, y el Emperador no rompe la Tregua de los Embajadores. Ya puedes retirarte. Dile a Ka-nu que iré solo.

Los ojos del picto brillaron con un tinte homicida. Dominado por un viejo instinto sanguinario, casi temblaba. Luego, dándole afrentosamente la espalda al rey de Valusia, atravesó con largas zancadas la Sala de Audiencias y desapareció por el inmenso portón.

Nuevamente, Kull se recostó en el trono de armiño y reflexionó.

¿De modo que el jefe del Consejo de los pictos desea que vaya solo? ¿Por qué razón? ¿Una pérfida trampa? Kull rozó fieramente el pomo de su inmensa espada. Los pictos concedían demasiada importancia a la alianza con Valusia como para romperla, ni se dejarían llevar por ningún tipo de odio tribal. Kull era un guerrero de Atlántida, cierto, y, como tal, enemigo hereditario de todos los pictos; pero también era el rey de Valusia, el aliado más poderoso de los Hombres del Oeste.

Kull meditó largamente sobre su extraña situación, ¡algo que hacía de él el aliado de sus antiguos enemigos y enemigo de sus antiguos aliados! Se levantó y fue de un lado para otro por la sala, nervioso, con el paso ligero y silencioso del león. Las cadenas de la amistad, los lazos que le ataban a su tribu y a las tradiciones, los había roto él mismo para satisfacer su ambición. Y, por Valka, dios de Valusia... una Valusia decadente, degenerada, una Valusia que se limitaba a vivir entre los sueños de una gloria pasada pese a seguir siendo un reino poderoso y el mayor de los Siete Imperios. Valusia... el País de los Sueños, como lo llamaban los hombres de las tribus lejanas. Y Kull a veces también creía habitar en el interior de un sueño. Desconocía las intrigas de la corte y del palacio, las actividades del ejército y del pueblo. Qué inmensa mascarada... ¡hombres y mujeres disimulaban sus verdaderos pensamientos tras rostros hipócritas! Y, sin embargo, apoderarse del trono había sido para él una fácil empresa... Una ocasión atrapada al vuelo, con audacia; el rápido enfrentamiento de las espadas, el asesinato de un tirano del que el pueblo ya estaba cansado desde hacía mucho tiempo, una concertación rápida y adecuada con algunos cortesanos ambiciosos y caídos en desgracia... y Kull, el aventurero errante, el exilado de Atlántida, se transportó a las vertiginosas alturas de sus sueños más locos; era el señor de Valusia, el rey de reyes. Pero, en aquel momento, creía que apoderarse del trono era más fácil que conservarlo. Ver al picto le había llevado hacia atrás muchos años, hasta el libre y feroz salvajismo de su infancia. Una extraña sensación de malestar difuso, de irrealidad, le invadía subrepticamente, como le venía pasando desde hacía no mucho tiempo. ¿Qué era, siendo un hombre del mar y de la montaña, de costumbres directas, lo que le permitía reinar sobre una raza tan antigua y misteriosa... de saber tan terrible?

—¡Soy Kull! —dijo, echando hacia atrás la cabeza como un león se aparta la melena de la faz—. ¡Soy Kull!

Su mirada de águila recorrió con rapidez la sala inconcebiblemente antigua. Volvió a encontrar confianza en sí mismo... Y en un rincón oscuro del inmenso salón, un tapiz se agitó... ligeramente.

## **2. ASI HABLABAN LAS SILENCIOSAS AVENIDAS DE VALUSIA**

LA LUNA TODAVIA NO BRILLABA en el cielo y los jardines se iluminaban con las ardientes antorchas colocadas en jarras de plata cuando Kull se sentó en el trono colocado ante la mesa de Ka-nu, el embajador de las Islas Occidentales. A su derecha se sentaba el viejo picto que, a primera instancia, no parecía ser un mensajero de aquella raza orgullosa. Ka-nu era muy anciano, pero muy versado en política, pues llevaba practicando aquel juego desde hacía mucho tiempo. No brillaba en los ojos que miraban a Kull ningún odio primitivo, sino una llamarada de estimación. Sus juicios no se precipitaban con las tradiciones de su raza. El frecuentar asiduamente a los hombres de estado de las naciones civilizadas había barrido de su mente los prejuicios de su pueblo. La pregunta que siempre estaba presente en su espíritu no era quién era aquel hombre o en qué pensaba, sino si podría servirse de él y cómo. Del mismo modo, no recordaba los prejuicios de su nación más que cuando estos servían a sus intenciones.

Kull observaba a Ka-nu, respondiendo lacónicamente a sus demandas, preguntándose si la civilización haría de él una criatura similar al picto. Ka-nu había engordado y se había debilitado. Ka-nu no había empuñado una espada en muchos años. Ciertamente, era viejo, pero Kull había visto hombres mayores aún combatiendo en primera línea. Los pictos vivían hasta muy avanzada edad. Una muchacha magnífica se mantenía cerca de Ka-nu, llenando su copa, muy atareada. Entre copa y copa, Ka-nu no dejaba de lanzar bromas y hacer comentarios, y Kull, aun despreciando secretamente su chaloteo incesante, no podía dejar de apreciar su mordaz humor.

A aquel banquete también asistían otros jefes y consejeros pictos, estos últimos joviales y de costumbres muy libres; los soldados se mostraban amables y corteses, pero visiblemente molestos en su fuero interno. Sin embargo, Kull, con cierta envidia, era consciente de la libertad y el desenfado que reflejaba aquella reunión, algo que contrastaba vivamente con los banquetes que se celebraban en la corte de Valusia. Tal libertad prevalecía en los groseros campamentos de Atlántida. Kull se encogió de hombros. Después de todo, Ka-nu, que parecía haberse olvidado de que era un picto, con todo lo que aquello representaba en cuanto a sus tradiciones y costumbres seculares, tenía cierta razón y él, Kull, estaba convirtiéndose en un valusio tanto de mente como de nombre.

Finalmente, cuando la luna alcanzó el cenit, Ka-nu, después de haber comido y bebido como tres hombres de aquella asamblea, se tendió en su diván lanzando un suspiro de satisfacción y dijo:

—Ahora, amigos, retiraos, pues el rey y yo tenemos que conversar de asuntos importantes. Si, tú también, preciosa; pero, antes, déjame besar esos labios rojos... así; y, sobre todo, ¡no te eclipses, mi pequeña rosa!

Los ojos de Ka-nu parpadearon por encima de la barba blanquecina mientras vigilaba a Kull, envarado en su asiento, severo e intransigente.

—Estás pensando, Kull —dijo súbitamente el anciano estadista— que Ka-nu es un viejo verde y un inútil... ¡que sólo es bueno para emborracharse y besar a las muchachas!

De hecho, aquella observación estaba tan de acuerdo con sus pensamientos y tan francamente enunciada que Kull se sorprendió, aunque procuró no demostrarlo.

Ka-nu cloqueó de alegría y su panza se agitó.

—El vino es rojo y las muchachas dulces —observó tolerante—. Pero, ¡ja, ja!, no creo que el viejo Ka-nu deje que ni lo uno ni las otras se inmiscuyan en sus asuntos.

Rió de nuevo y Kull se agitó en su asiento, a disgusto. Aquello parecía una burla, y los ojos empezaron a resplandecer con un brillo felino.

Ka-nu tendió la mano hacia el pichel de vino, se llenó la copa y miró interrogativamente a Kull, que sacudió la cabeza con irritación.

— Sí —dijo Ka-nu con voz monocorde—, hay que ser ya viejo para saber beber. Y me estoy haciendo viejo, Kull. ¿Por qué los jóvenes miráis con desaprobación los placeres de vuestros mayores? Ya ves, ya soy muy viejo, estoy consumido, sin amigos, sin alegría.

Pero su mirada y expresión estaban lejos de confirmar aquellas palabras. Su cara rubicunda brillaba alegremente y sus ojos chispeaban tanto como su barba blanca, haciéndole indecoroso. A ojos de Kull, dominado por cierto rencor, parecía un pícaro. Era como si aquel viejo taimado hubiese olvidado las virtudes primitivas tanto de su raza como de la de Kull; sin embargo, parecía plenamente feliz.

—Escúchame, Kull —dijo Ka-nu, levantando un dedo a modo de advertencia—, es agradable cantar las alabanzas de un hombre joven, pero debo revelarte mis verdaderos pensamientos para ganar tu confianza...

—Si quieres ganártela con halagos...

—¡Bah! ¿Quién habla de adulaciones? Yo solamente alabo para poder golpear mejor.

Una intensa luz brilló en los ojos de Ka-nu, una luz fría que contradecía su displicente sonrisa. Conocía a los hombres y sabía que, para conseguir sus objetivos, debía golpear certeramente a aquel bárbaro audaz como un tigre, el cual, como un lobo que siente la trampa que se le ha tendido, se daba cuenta de la menor falsedad, incluso en el seno descabellado de su discurso.

—Tú eres capaz, Kull —dijo, eligiendo las palabras con más cuidado del que ponía en la Sala del Consejo de su propio pueblo—, de hacer de ti el más poderoso de los reyes y volver a dar a Valusia algo del esplendor que tuvo en el pasado. Bien. Valusia me preocupa poco, aunque sus mujeres y su vino sean excelentes, salvo por el hecho de que cuanto más fuerte sea Valusia, más fuerte será la nación picta. Es más, con un atlante en el trono. Atlántica acabará finalmente por firmar un tratado...

Kull profirió una sonora carcajada. Ka-nu había tocado con el dedo una vieja herida.

—Atlántida maldijo mi nombre cuando partí en busca de fama y fortuna entre las ciudades del mundo. Nosotros... ellos... son los enemigos seculares de los Siete Imperios, e incluso se cuentan entre los mayores enemigos de los aliados de los Imperios, como sabes muy

bien.

Ka-nu se mesó la barba y sonrió enigmáticamente.

—No, no. Eso pasará. Sé de lo que hablo. La guerra se detiene cuando ya no se beneficia nadie. Veo un mundo de paz y prosperidad, con el hombre amando a sus semejantes, la felicidad suprema. Todo eso, podrás realizarlo... *¡si vives para poder hacerlo!*

—¡Ah! —La mano de Kull se cerró sobre el pomo de la espada mientras hacía ademán de levantarse, con un movimiento tan súbito, con tal rapidez y fuerza que Ka-nu, a quien le gustaban los hombres como a quien le gustan los caballos de pura raza, sintió que la sangre corría más rápida por sus venas de viejo. ¡Valka, qué guerrero! Nervios y músculos de hierro y acero, una coordinación perfecta, el instinto del combatiente, todas las cosas que constituyen el alma de un guerrero terrible.

El entusiasmo de Ka-nu, por el contrario, no se reflejó ni mínimamente en su voz melosa, casi sarcástica.

—Vamos, vamos. Siéntate. Mira a tu alrededor. Los jardines están desiertos, los asientos vacíos, estamos solos. ¿No irás a tener miedo de *mi*”? —Kull se dejó caer nuevamente, mirando circunspecto a su alrededor.

—Es el salvaje quien habla en este momento —meditó Ka-nu—. Si hubiera preparado alguna trampa páfida, destinada a ti especialmente, ¿la habría tendido aquí... donde las sospechas no harían más que señalarme? ¡Bah! Vosotros los jóvenes tenéis mucho que aprender. Algunos de mis comandantes, presentes en esta asamblea, no estaban muy conformes con que tú nacieras en las colinas de Atlántida en el fondo de ti mismo, me desprecias porque soy picto. ¡Bah! Para mí, tú eres Kull, rey de Valusia, no Kull el atlante intrépido, el jefe de los expedicionarios que pasaban a sangre y fuego por las Islas Occidentales. Del mismo modo, debes procurar ver en mí no al picto, sino a un hombre compuesto por algo de todas las naciones, alguien que trabaja para la paz del mundo. Mantén eso en la mente y contesta ahora. Si mañana fueras asesinado, ¿quién sería rey?

—Kaanuub, Barón de Blaal.

—Justo lo que pensaba. Desprecio a Kaanuub por numerosas razones, pero el hecho es más grave, pues él no es más que una marioneta manipulada por otros.

—¿Cómo es eso? Ha sido mi más encarnizado adversario, pero ignoraba que defendiera otra causa que no fuera la suya.

—La noche oculta muchos misterios —respondió Ka-nu enigmáticamente—. Existen otros mundos en el interior de los mundos. Pero puedes confiar en mí y también puedes confiar en Brule, el Asesino de la Lanza. ¡Mira!

Sacó de entre sus ropas un brazalete de oro que representaba un dragón alado, dando tres vueltas sobre sí mismo, con tres cuernos de rubíes en la cabeza.

—Examínalo atentamente. Brule lo llevará puesto en el brazo cuando vaya a buscarte



mañana al anochecer; así podrás reconocerle. Confía en Brule tanto como confías en ti mismo, y haz cuanto te pida que hagas. Para probarte mi buena fe, ¡mira esto!

Con la velocidad de un águila lanzándose sobre una presa, el viejo sacó algo de los bolsillos, algo que les acunó en una rara luminosidad verdosa y que volvió a ocultar rápidamente entre sus atavíos.

—¡La gema robada! —exclamó Kull con un sobresalto de sorpresa—. ¡La joya verde del Templo de la Serpiente! ¡Valka! ¡Tú! ¿Por qué me la has enseñado?

—Para salvarte la vida. Para probarte que soy digno de crédito. Si traiciono tu confianza, haz lo mismo conmigo. Ahora estoy por completo a tu merced. No puedo traicionarte, ni aun queriendo hacerlo, pues una sola palabra tuya sería mi perdición.

Sin embargo, pese a aquellas graves palabras, el astuto viejo relucía de alegría y parecía plenamente satisfecho de sí mismo.

—¿Por qué te has puesto en mis manos? —preguntó Kull, cuya turbación crecía por momentos.

—Acabo de decírtelo. Ahora ya sabes que no tengo intención de traicionarte y, mañana al anochecer, cuando Brule llegue hasta ti, sigue sus consejos y ponte completamente en sus manos. Eso basta. Fuera te espera una escolta. Te acompañará hasta palacio, señor.

Kull se levantó.

—No me has dicho nada.

—¡Oh! ¡Qué impacientes sois los jóvenes! —Ka-nu parecía más que nunca un bribón avispado—. Vete y que tengas buenos sueños... tronos, reinos gloriosos y fuertes... que yo tendré mis propios sueños... vino, dulces jóvenes y rosas. Qué la suerte te acompañe, Kull.

Saliendo de los jardines, Kull miró por encima del hombro y atisbo a Ka-nu, descuidadamente tendido sobre los cojines... un anciano de tez rubicunda cuya jovialidad irradiaba sobre el mundo entero.

Un guerrero a caballo esperaba a Kull al salir de los jardines y el monarca se sorprendió ligeramente al darse cuenta de que aquel hombre era el mismo que le había transmitido la invitación de Ka-nu. Ninguna palabra fue pronunciada mientras Kull se alzaba hasta la silla y los dos hombres permanecieron silenciosos al avanzar a través de las desiertas calles.

La alegría y animación del día habían dado paso al extraño silencio de la noche. La edad de la ciudad era aún más evidente bajo la luna plateada. Las enormes columnas de las mansiones se alzaban hacia las estrellas. Las amplias escalinatas silenciosas y desiertas parecían subir sin fin para fundirse con las misteriosas tinieblas de los reinos celestiales. Escalinatas que conducen a las estrellas, pensó Kull, cuyo imaginativo espíritu se veía inspirado por la rara grandiosidad de la escena.

¡Clang! ¡Clang! ¡Clang! Los cascos de plata resonaban sobre el pavimento de las amplias avenidas bajo la claridad de la luna, pero no había ningún otro ruido. La edad secular e increíble de la ciudad era casi opresiva para el rey;

tenía la impresión de que las inmensas moradas silenciosas se burlaban de él con una risa muda e insospechada. ¿Qué secretos albergaban?

—Eres joven —le decían los palacios, los templos y las tumbas—, pero nosotros somos viejos. El mundo estaba lleno de fogosidad y juventud cuando fuimos construidos. Tú y tu raza pasaréis, pero nosotros somos invencibles, indestructibles. Nosotros ya nos alzábamos por encima de un mundo desconocido antes incluso de que Atlántida y Lemuria surgieran del mar; reinaremos incluso cuando las aguas verdes murmuren dulcemente por encima de los minaretes de Lemuria y las colinas de Atlántida estén sumergidas y las islas de los Hombres del Oeste formen las montañas de un nuevo país.

— ¿A cuántos reyes hemos visto atravesar estas calles, incluso antes de que Ka, el pájaro de la Creación, soñase con Kull, el atlante? Sigue tu camino, Kull de Atlántida;

reyes más grandes te sucederán; reyes más grandes te han precedido. Ahora son polvo; están olvidados; y nosotros aún estamos aquí; somos inmutables. Continúa, Kull de Atlántida, sigue tu camino; ¡Kull, el rey; Kull, el loco!

Y Kull tuvo la impresión de que los cascos de los caballos apresaban aquel silencioso refrán para martillar con él en el corazón de la noche con una ironía sorda de múltiples ecos.

—¡Kull... el... rey...! ¡Kull... el... loco...!

Brilla, luna; ilumina el camino de un rey. Resplandeced, estrellas; sois las antorchas que escoltan a un emperador. Resonad, cascos de plata; proclamad que Kull atraviesa la ciudad de Valusia.

Y, con aquel singular estado espiritual, Kull llegó al palacio, donde los Asesinos Rojos, su guardia personal, se ocuparon del gran semental y condujeron al rey hasta sus aposentos. Sólo entonces, el picto, silencioso y taciturno, tiró violentamente de las riendas de su corcel, dio media vuelta y desapareció en el seno de las tinieblas como un fantasma; vivamente impresionado, se imaginó Kull verle enfilarse a toda velocidad a través de las calles silenciosas, como un duende que hubiera surgido de los mundos del pasado.

Aquella noche, Kull casi no durmió, pues el alba estaba muy próxima y se pasó las pocas horas que le separaban del día paseando por el salón del trono, reflexionando sobre lo que acababa de ocurrir. Ka-nu no le había dicho nada; sin embargo, se había entregado a Kull por completo. ¿Qué quería decir con aquello de que el Barón de Blaal no era más que una marioneta? ¿Y quién era aquel Brule que había de venir a por él, la noche siguiente, portando el misterioso brazalete del dragón? Última y especialmente, ¿por qué Ka-nu le había enseñado la terrible gema verde que había sido robada del Templo de la Serpiente mucho tiempo antes, la misma por la que el mundo conocería la guerra y la pestilencia si los temibles y misteriosos guardianes del templo llegaran a saber que había sido robada, y de la venganza que caería sobre Ka-nu, de la que ni sus feroces guerreros podrían preservarle? Pero Ka-nu sabía que no corría ningún peligro, reflexionó Kull, pues el embajador picto era demasiado astuto como para exponerse a tales riesgos si no iba a sacar algún provecho. ¿Pero acaso no sería todo para hacer que el rey abandonara toda prudencia y preparar así la vía de la traición? ¿Se atrevería Ka-nu a dejarle vivo? Kull se encogió de hombros.

### 3. LOS QUE CAMINABAN EN EL CORAZON DE LA NOCHE

LA LUNA AUN NO SE HABIA ALZADO totalmente en el cielo cuando Kull, con la mano puesta en el pomo de la espada, se dirigió a la ventana. Aquella daba a los grandes jardines interiores del palacio real y la brisa nocturna, portadora de recargados perfumes, agitaba dulcemente los cortinajes de fino terciopelo. El rey miró hacia afuera. Paseos y bosquecillos estaban desiertos; los árboles cuidadosamente podados formaban sombras masivas; las fuentes cercanas brillaban suavemente bajo la claridad lunar; otras, más lejanas, dejaban escuchar su regular chapoteo. En aquellos jardines no había soldados, pues los muros exteriores estaban tan bien guardados que parecía imposible que un intruso pudiera acceder a ellos.

Las cepas alzaban sus espesos zarcillos a lo largo de los muros del palacio y, justo cuando Kull meditaba acerca de la facilidad con la que se podía trepar por la pared gracias a ellas, una sombra se destacó en las tinieblas, bajo la ventana, y un brazo desnudo y moreno apareció y se agarró al marco. La gran espada de Kull silbó al salir de la vaina; pero el rey no tardó en detener el gesto. En el musculoso antebrazo brillaba el brazalete del dragón que le enseñase Ka-nu la noche precedente.

El propietario del brazo se alzó por encima del marco de la ventana y entró en la habitación con la ligereza y agilidad de un leopardo.

—¿Eres Brule? —preguntó Kull; luego se calló sorprendido, con una sorpresa que era mezcla de irritación y desconfianza; aquel hombre era el mismo que había recibido las burlas de Kull en la Sala de Audiencias, el mismo que le había escoltado desde la embajada picta hasta su palacio.

—Soy Brule, el Lancero —respondió el picto con voz circunspecta; acto seguido, mirando atentamente la cara de Kull, murmuró levemente—: *¡Ka nama kaa laje-rama!*

Kull se sobresaltó.

—¡Eh! ¿Qué significa eso?

—¿Lo ignoras?

—¡Ciertamente! Esas palabras me son desconocidas. ¿Qué lengua es esa? nunca la he oído... y, sin embargo, ¡por Valka! Me parece...

—Sí —fue el único comentario del picto. Con la mirada, recorrió la habitación, el gabinete de trabajo de Kull. A excepción de algunas mesas, un diván o dos y las inmensas estanterías atestadas de rollos de pergamino, la habitación estaba desnuda en comparación con las otras salas del palacio, tan ricamente amuebladas y decoradas.

—Dime, rey, ¿quién guarda la puerta?

—Dieciocho de mis Asesinos Rojos. Pero, ¿cómo has conseguido deslizarte por los jardines y escalar los muros de palacio?

Brule refunfuñó despectivamente.

—Los guardianes valusios son búfalos ciegos. Podría arrebatárles a sus hijas ante sus mismas narices. Me deslicé entre sus filas y ni me vieron ni me oyeron. En cuanto a las murallas... podría escalarlas aunque no hubiera enredaderas. Yo cazaba tigres en las playas brumosas cuando las brisas del este barrían las brumas marinas, trepando por las abruptas paredes de la montaña, en pleno mar occidental. Pero ya basta... Toca el brazalete.

El picto extendió el brazo y, al ver que Kull, aun sorprendido, le obedecía, suspiró aliviado.

— Bien. Ahora has de quitarte tus ropas reales; vas a contemplar esta noche misterios que ningún atlante ha soñado jamás.

Brule vestía únicamente un taparrabos, atravesado por una corta espada curvada.

—¿Quién eres tú para darme órdenes? —preguntó Kull, ligeramente irritado.

—¿No te pidió Ka-nu que obedecieras todas mis instrucciones? —preguntó el picto bruscamente. Le centelleaban los ojos—. No alimento ningún aprecio por tu compañía, señor, pero, de momento, he expulsado de mi mente cualquier resquicio de odio. Haz tú lo mismo. Ahora, ven conmigo.

Desplazándose sin ruido, atravesó la habitación, encaminándose hacia la puerta. Una mirilla practicada en ella permitía ver el corredor sin ser visto, y el picto le ordenó a Kull que mirase.

—¿Qué ves?

—Nada. Sólo a los dieciocho guardias.

El picto agachó la cabeza e hizo a Kull seña de que le siguiera a través de la habitación. Ante un panel del muro opuesto Brule se detuvo y tanteó en él unos instantes. Luego, con un movimiento rápido, dio un paso hacia atrás sacando la espada. Kull lanzó una exclamación al ver que el panel se abría silenciosamente, revelando un pasadizo levemente iluminado.

— ¡Un pasadizo secreto! —juró Kull en voz baja—. ¡Ignoraba su existencia! ¡Valka!  
¡Alguien pagará por esto!

—¡Silencio! —silbó el picto.

Brule estaba inmóvil, como si fuera una estatua de bronce, tensando hasta el menor de sus músculos, esperando algún sonido; algo en su actitud hizo que a Kull se le erizasen los pelos de la nuca, no de miedo, sino como consecuencia de algún extraño presentimiento. Luego, invitándole a seguirle con un gesto, Brule franqueó el secreto umbral que quedó abierto a sus espaldas. El corredor estaba desnudo, pero el suelo no estaba recubierto de polvo, como hubiera sido el caso de ser un corredor que llevase mucho tiempo sin utilizarse. Una luz difusa y grisácea se filtraba desde alguna fuente ignorada. Siguiendo el pasadizo, Kull pudo ver puertas invisibles desde el otro lado de la pared, pero que resultaban fácilmente perceptibles desde el corredor.

—El palacio está cuajado de pasajes secretos —murmuró Kull.

—Sí. Rey, día y noche, por multitud de miradas, eres vigilado.

El rey estaba impresionado por las maneras de Brule. El picto avanzaba lentamente, en guardia, medio encogido, con la espada baja y apuntando frente a él. Cuando hablaba, lo hacía entre murmullos y echaba rápidas miradas hacia uno y otro lado.

El corredor dio un giro súbito y Brule atisbo cautamente al otro lado.

—¡Mira! —susurró—. ¡Pero no lo olvides! Ni una palabra... ni un ruido... ¡tu vida depende de ello!

Kull miró prudentemente. El corredor se convertía en una hilera de peldaños nada más pasar el recodo. Y Kull retrocedió, horrorizado. Al final de los escalones yacían los dieciocho Asesinos Rojos que habían estado de guardia aquella misma noche ante el gabinete de trabajo del rey. Sólo la mano de Brule apretando su brazo poderoso y el feroz susurro del picto por encima de su hombro impidieron que Kull se lanzara escaleras abajo.

—¡Silencio, Kull! ¡Silencio, en nombre de Valka! —silbó el picto—. Estos corredores están desiertos sólo de momento, pero, para poder mostrártelos he tenido que arriesgarme mucho... así creerás lo que tengo que decirte. Volvamos a tu gabinete. —Y empezó a deshacer lo andado, seguido de Kull, cuya mente estaba dominada por la mayor de las confusiones.

—¡Traición! —murmuró el rey, cuyos ojos de color gris acero brillaban fríamente—. ¡Es una infamia! Apenas puedo creerlo. ¡Esos hombres montaban guardia hace apenas unos minutos!

Cuando llegaron al gabinete, Brule cerró el panel cuidadosamente y le hizo un gesto a Kull para que mirase de nuevo por la mirilla de la puerta. Kull lanzó una dura exclamación, pues, *en el pasillo, los dieciocho Asesinos Rojos, ¿aún montaban guardia!*

—¡Sí! —La respuesta de Brule apenas fue audible; en los ojos brillantes del picto había una extraña expresión;

Kull tenía el ceño fruncido y la frente arrugada como si estuviera esforzándose en descifrar la impenetrable cara del picto. Y, entonces, los labios de Brule, moviéndose apenas, pronunciaron las siguientes palabras—: *¡La serpiente que habla!*

—Cállate! —susurró Kull, poniendo la mano sobre la nuca de Brule—. ¡Es la muerte para quienes pronuncien ese nombre maldito!

Los resueltos OJOS del picto le miraron firmemente.

—Mira nuevamente, rey Kull. Puede que hayan relevado a la guardia.

—No, son los mismos hombres. Por Valka, es brujería... ¡me estoy volviendo loco! Hace menos de ocho minutos mis propios ojos han visto a esos hombres. Sin embargo, ¡están todavía montando guardia al otro lado de la puerta!

Brule retrocedió, apartándose de la entrada, y Kull le imitó maquinalmente.

—Kull, ¿qué sabes acerca de las tradiciones de la raza de la que eres el rey?

—Mucho... y, pese a eso, muy poco. Valusia es un reino tan antiguo...

—En efecto. —Los ojos de Brule brillaron extrañamente—, Sólo somos bárbaros... niños, si nos comparamos con los Siete Imperios. Incluso ellos ignoran sus orígenes. Ni la memoria de los hombres, ni las crónicas de los historiadores se remontan tan lejos en el pasado como para poder decirnos en qué momento salieron del océano los primeros hombres y construyeron junto a la orilla del mar sus primeras ciudades. Pero, Kull, *//os hombres no siempre han sido gobernados por hombres!*

El rey se sobresaltó, sus miradas se cruzaron.

—Sí, es cierto. Recuerdo una leyenda de mi pueblo...

—¡Y del mío! —le interrumpió Brule—. Todo eso pasó antes de que nuestras islas se aliaran con Valusia. Sí, bajo el reinado de Diente de León, séptimo jefe guerrero de los pictos, hace ya tantos años que ningún hombre recuerda cuántos han sido. Procedentes de las islas donde se pone el sol, atravesamos los mares, bordeamos las orillas de Atlántida y fondeamos en las playas de Valusia, borrachos de incendio y matanza. Sí, las amplias playas blancas se estremecieron al oír el estrépito de las armas mientras las llamas de los castillos incendiados transformaban la noche en día.

Y el rey, el rey de Valusia, murió aquel día lejano en las rojas arenas de aquellas playas...

—Su voz se apagó; se miraron y, luego, ambos agacharon la cabeza.

—Valusia es un reino muy antiguo —murmuró Kull—. ¡Las tierras de Atlántida y Mu no eran más que islas en medio del mar cuando Valusia era joven!

Las tapicerías crujieron ligeramente y Kull se sintió súbitamente como un bebé desnudo enfrentado al impenetrable saber de un pasado misterioso. Se sintió invadido nuevamente por un sentimiento de irrealidad. Por su alma se deslizaron furtivamente espectros de formas imprecisas y gigantescas, criaturas monstruosas que bisbiseaban innombrablemente. Comprendió que Brule estaba siendo dominado por los mismos pensamientos. Los ojos del picto miraron fijamente la cara de Kull con una feroz determinación. Sus miradas se cruzaron. Kull tuvo un sentimiento de cálida camaradería hacia aquel hombre que pertenecía a una tribu enemiga. Como leopardos rivales rodeados por los cazadores, combatiendo uno al lado del otro, aquellos dos salvajes hicieron causa común para luchar contra las fuerzas inhumanas de los eones revolucionados.

Brule precedió nuevamente a Kull hasta la puerta secreta. Silenciosamente, la franquearon y silenciosamente avanzaron por el mal iluminado pasadizo en dirección opuesta a la que habían seguido anteriormente. Poco más tarde, el picto se detenía y se acercaba a una de las puertas secretas, invitando a Kull a junto con él por la mirilla que había en ella.

—Esta puerta da a una escalera poco utilizada que conduce a un corredor que pasa ante la puerta del gabinete.

Observaron y, poco después, subiendo silenciosamente la escalera, apareció una forma silenciosa.

—¡Tu! ¡Mi propio consejero! —exclamó Kull—. ¡Acechando en la noche con un puñal en la mano! ¿Qué significa todo esto, Brule?

—¡La muerte! ¡Y la más abyecta de las perfidias! —silbó Brule—. No... —dijo cuando vio que Kull se disponía a abrir violentamente la puerta para lanzarse al corredor—.

Estaremos perdidos si le haces cara... al bajar las escaleras, hay otros muchos al acecho. ¡Ven!

Avanzando rápidamente, desfilaron como flechas por el pasadizo, en sentido inverso. Franqueando de nuevo la puerta secreta, Brule, adelantándose a Kull, la cerró cuidadosamente a sus espaldas y atravesó la sala hasta una abertura que daba a una habitación raramente utilizada. Levantó las colgaduras con un esfuerzo sombrío y, arrastrando a Kull a su lado, se ocultaron tras ellas. Pasaron varios minutos lentamente. Kull escuchaba cómo la ligera brisa agitaba los cortinajes de las ventanas en la otra habitación, con la impresión de que se trataba de los murmullos de los fantasmas. Poco después, franqueando la puerta furtivamente, apareció Tu, el primer consejero del rey. Evidentemente, antes había estado en el gabinete de trabajo y, constatando que estaba vacío, buscaba a su víctima allí donde tenía más posibilidades de encontrarla.

Avanzaba blandiendo la daga, en silencio. Se detuvo durante un instante, inspeccionando con la mirada la habitación aparentemente desierta, débilmente iluminada por una única vela. Luego avanzó de nuevo, prudente, a ojos vista muy sorprendido por la ausencia del rey. Estaba ante el escondrijo del monarca... y...

—¡Mátalo! —silbó el picto.

Con un salto poderoso, Kull se precipitó en la habitación. Tu se volvió con rapidez, pero la velocidad cegadora y azotante del ataque del rey era como un tigre abalanzándose sobre su presa y no le dio ninguna oportunidad para defenderse o contraatacar. El acero de la espada centelleó en la penumbra y golpeó contra el hueso mientras Tu caía de espaldas. La espada de Kull sobresalía entre los omóplatos del consejero.

Kull se inclinó sobre él, mostrando los dientes con un rictus homicida, las espesas cejas fruncidas sobre unos ojos que parecían ser hielo grisáceo de los más fríos mares. Luego soltó el pomo de la espada y reuló desconcertado, dominado por el vértigo, como si sintiera que la mano de la muerte se posaba sobre su espina dorsal.

Bajo la horrorizada mirada de Kull, la cara de Tu se convertía en algo difuminado e irreal; los rasgos parecían licuarse y fundirse de un modo imposible. La cara no tardó en ser una máscara de bruma que se disipaba, que desaparecía para ser reemplazada por *¡la monstruosa cabeza de una serpiente!*

—¡Valka! —exclamó Kull con el sudor perlándole la frente. Repitió—: ¡Valka!

Brule se inclinó hacia él; sus rasgos eran impasibles. Pero sus ojos brillantes reflejaban parte del horror de Kull.

—Recupera la espada, rey —dijo—. Nuestro trabajo aún no ha terminado.

Kull plantó dudoso la mano en la empuñadura de la espada. Se le puso la piel de gallina al apoyar el pie en el horror que yacía en el suelo y, al abrirse la terrible boca, bruscamente,

movida por un último reflejo muscular, retrocedió, dominado por la náusea. Luego, furioso consigo mismo, arrancó la espada violentamente y examinó con atención a la criatura abominable que había conocido con el nombre de Tu, su primer consejero. Con la única excepción de la reptilesca cabeza, aquella cosa era una réplica exacta de un hombre.

— ¡Un hombre... con cabeza de serpiente! —murmuró Kull—. En ese caso, ¿es un sacerdote del dios-serpiente?

—Sí. Tu duerme, sin preocuparse de nada. Estos demonios pueden tomar cualquier forma que deseen. O, más bien, pueden, por medio de un encantamiento mágico o algo parecido, tejer alrededor de sus rostros una red encantada, como si un actor se pusiera una máscara, para parecerse a aquellos que desean suplantar.

—Así que las antiguas leyendas eran ciertas —meditó el rey—, las viejas y terribles historias que un hombre apenas se atreve a susurrar, por miedo a la muerte, por temor a ser acusado de blasfemo, no son cuentos que no te dejan dormir. ¡Valka! ¡Creía... pensaba... todo esto parece tan irreal! ¡Oh! Los guardias que hay detrás de la puerta...

—También ellos son hombres-serpiente. ¡Espera! ¿Qué quieres hacer?

—Matarlos —dijo Kull entre dientes.

—En ese caso, golpea a los jefes, porque si no, no servirá de nada —dijo Brule—. Al otro lado de la puerta esperan dieciocho, y quizá haya otra veintena acechando en los ^corredores. Escúchame, oh, rey: Ka-nu ha tenido conocimiento del complot. Sus espías se han introducido en la más secreta de las fortalezas de los sacerdotes-serpiente, donde estaban discutiendo sobre la trampa que preparaban. Hace ya mucho tiempo que K-a-nu descubrió los pasadizos secretos del palacio y, siguiendo sus órdenes, yo mismo los estudié. He venido aquí, en mitad de la noche, para ayudarte, para que no murieras como otros reyes de Valusia murieron. He venido yo solo porque más hombres hubieran despertado sospechas. Sólo yo podía deslizarme en el palacio sin ser visto. Ahora, ya estás al corriente del complot. Los hombres-serpiente están de guardia ante tu puerta y ese, bajo los rasgos de Tu, podía ir y venir a su antojo por el palacio; al amanecer, si los sacerdotes hubieran fracasado, los verdaderos guardianes habrían vuelto a sus puestos, sin acordarse de nada, sin preocuparse; si los sacerdotes hubieran triunfado, habrían sido acusados de traición. Quédate aquí mientras me libro de esta carroña.

Diciendo aquellas palabras, el picto se echó sobre los hombros a la innombrable criatura y desapareció con ella por una puerta secreta. Kull se quedó solo, embargado por una viva emoción. ¿Cuántos servidores de la poderosa serpiente acechaban en su reino? ¿Cómo podía distinguir a los verdaderos de los falsos? ¿Cuántos de sus consejeros, de sus generales, de todos aquellos en quienes confiaba, eran verdaderamente hombres? Podía estar seguro de... ¿de quién?

El panel secreto se abrió hacia el interior y Brule lo atravesó.

—Lo has hecho deprisa.

—Sí. —El guerrero avanzó, mirando el suelo—. Hay sangre en la alfombra. Mira.

Kull se inclinó; con el rabillo del ojo vio una mancha en movimiento, un brillo acerado. Como un arco que se destensa, se alzó violentamente, golpeando hacia arriba. El guerrero



se derrumbó mientras su espada golpeaba contra el suelo sonoramente. Incluso en aquel instante, Kull reflexionó sombríamente en lo sorprendente que resultaba que aquel traidor hubiera encontrado la muerte de un tajo fulminante, hacia lo alto, utilizado tan a menudo por su propia raza. Pero, mientras Brule resbalaba de la espada para caer sobre el suelo, su cara empezó a difuminarse y licuarse y, ante Kull, reteniendo el aliento, erizándosele los pelillos de la nuca, los rasgos humanos se disiparon y fueron reemplazados por las mandíbulas de una gran serpiente, unas mandíbulas que se abrían y cerraban abominablemente bajo unos ojos pequeños y globulosos, venenosos incluso en la muerte.

— ¡Así que Brule también era un sacerdote-serpiente! —exclamó el rey—. ¡Valka! ¡Su plan era ingenioso; contaba con tomarme por sorpresa! En ese caso, Ka-nu, ¿es verdaderamente un hombre? ¿Fue realmente con Ka-nu con quien hablé en los jardines? ¡Valka todopoderoso! —Se le puso la piel de gallina al contemplar aquella posibilidad—. Los habitantes de Valusia, ¿son hombres... o bien *todos* ellos son serpientes?

Indeciso, inmóvil, notó, casi con indiferencia, que la criatura llamada Brule no llevaba el brazalete del dragón. Un ruido le hizo volverse ágilmente. *Brule acababa de aparecer por la puerta secreta.*

—¡No lo hagas! —En el brazo alzado para detener la amenazante espada del rey, brillaba el brazalete del dragón—. ¡Valka! —El picto se inmovilizó. No tardó en curvar los labios con una mueca cruel—. ¡Por los dioses del mar! Estos demonios son increíblemente audaces. Este debía estar rondando por los corredores. Cuando me vio pasar, llevando a hombros el cadáver del otro, ha debido tomar mi apariencia. También debo hacerle desaparecer.

—Un instante. —La voz de Kull contenía una amenaza mortal—. ¡Esta noche ya han sido dos los hombres que se han convertido en serpientes ante mis propios ojos! ¿Cómo puedo saber que eres verdaderamente un hombre?

Brule soltó una carcajada.

—Por dos razones, rey Kull. Ningún hombre-serpiente llevaría esto —le mostró el brazalete del dragón—, ni podría pronunciar estas palabras —y, de nuevo, Kull escuchó la extraña frase—: *¡Ka nama kaa lajerama!*

—*¡Ka nama kaa lajerama!* —repitió Kull mecánicamente—. Pero, ¡en nombre de Valka!, ¿dónde he escuchado antes esas palabras? No es la primera vez y... sin embargo... sin embargo...

—Sí, las recuerdas, Kull —dijo Brule—. Esas palabras te hacen recobrar un recuerdo olvidado hacia ya mucho tiempo en los pasadizos de tu memoria; aunque nunca las hayas oído pronunciar en esta vida, estuvieron tan profundamente grabadas en la mente del hombre durante las eras pasadas que nunca se borrarán, siempre permanecerán en tu espíritu como misteriosos recuerdos de tu memoria, aunque te reencarnes dentro de un millón de años. Esa frase es el vestigio de eones siniestros y sangrientos, cuando, hace ya un incalculable número de siglos, esa frase era el salvoconducto de la raza de los hombres que luchaba contra las terribles criaturas del Antiguo Universo. Pues, de todas las criaturas, sólo el hombre puede pronunciar esas palabras... ya que su boca y sus mandíbulas son diferentes. Su significado se ha olvidado, pero las palabras prevalecen.

—Así es —dijo Kull—. Recuerdo las leyendas... ¡Valka! —Se calló súbitamente, con la mirada fija, pues, como si una puerta misteriosa se abriera de par en par y silenciosamente sobre sus goznes, perspectivas brumosas e insondables se descubrían por entre los secretos recovecos de su mente. Y, por un instante, tuvo la impresión de estar mirando hacia atrás, a través de las inmensidades de sus vidas que se renovaban sin cesar. Veía a través de las pálidas brumas espectrales las formas confusas de los siglos muertos animándose para vivir nuevamente. Los hombres luchaban con monstruos odiosos en un planeta que albergaba terrores sin nombre. Sobre un fondo grisáceo, incesantemente cambiante, se desplazaban extrañas formas de pesadilla, visiones de demencia y miedo; y el hombre, la complacencia de los dioses, el buscador ciego y estúpido, salido del polvo para volver al polvo, siguiendo el camino largo y sangriento de su destino, ignorando las causas, bestial titubeante, como un niño grande de instintos sanguinarios, sintiendo en el fondo de sí mismo, en algún oculto lugar, una centella del fuego de los dioses... Kull se pasó una mano por la frente, totalmente turbado; aquellas visiones fugitivas y brutales de los abismos de su memoria le sorprendían siempre.

—Han desaparecido —dijo Brule, como si pudiera leer en su espíritu—. Las arpías, los hombres-murciélago, las criaturas aladas, el pueblo de los lobos, los demonios, los duendes... todos, salvo los seres como este que yace a nuestros pies y un pequeño número de hombres-lobo. Larga y cruel fue la guerra, arrastrada durante siglos sangrientos, desde que los primeros hombres, saliendo del limo de la era simiesca, se alzaron contra los que entonces gobernaban el mundo. Y, finalmente, la humanidad triunfó, hace ya tanto tiempo que sólo los escombros de las leyendas permiten que aquellos tiempos remotos lleguen hasta nosotros atravesando los siglos. El pueblo-serpiente fue el último en desaparecer; sin embargo, los hombres triunfaron también sobre ellos. Se ocultaron en las regiones desérticas del mundo, donde se acoplaron con verdaderas serpientes hasta el día en que, dicen los sabios, por una horrible venganza, desaparecieron completamente. Pero esas criaturas volvieron, hábilmente disfrazadas, cuando los hombres se ablandaron y sus costumbres degeneraron olvidando las guerras antiguas. ¡Oh, fue una guerra secreta y cruel! Entre los hombres de la Joven Tierra se deslizaron furtivamente los monstruos terribles del Antiguo Planeta, protegidos por el saber y sus temibles misterios, tomando todas las formas y apariencias, cometiendo en secreto actos horribles. Ningún hombre sabía quién era verdaderamente un hombre ni qué apariencia real tendría. Ningún hombre podía confiar en otro hombre. Sin embargo, sirviéndose de la astucia, idearon medios para distinguir a los verdaderos de los falsos. Los hombres tomaron por símbolo y emblema el dragón volante, el dinosaurio alado, un monstruo de las eras pasadas que había sido el más terrible adversario de la serpiente. Y los hombres se sirvieron de las palabras que he pronunciado ante ti como símbolo y señal; porque, como te he dicho, sólo un hombre auténtico puede pronunciarlas. Así triunfó la humanidad. Pero los demonios, después de años de negligencia y olvido, volvieron... pues el hombre es como un simio, y sólo es capaz de recordar lo que tiene siempre a la vista. Regresaron con la apariencia de sacerdotes y, como los hombres, por su lujuria y deseo de poder, ya no creían en las viejas religiones y los antiguos cultos, los hombres-serpiente, bajo el pretexto de un culto nuevo y auténtico, edificaron una religión monstruosa basada en la adoración del dios-serpiente. Tan grande es su poder que significa la muerte para aquel que repite las antiguas leyendas del pueblo-serpiente. Y las gentes vuelven a postrarse ante el dios-serpiente, aunque sea

revestido de una nueva forma; y, como locos ciegos, no ven la relación entre ese poder y aquel al que los hombres dieron fin, hace ya tantos eones. Los hombres-serpiente se contentan con ejercer su influencia como sacerdotes... y, sin embargo... —se interrumpió.

—Continúa. —A Kull se le erizaba el cabello por alguna inexplicable razón.

—Los reyes han reinado en Valusia como verdaderos hombres —susurró el picto—. Sin embargo, si han muerto en el campo de batalla, lo han hecho como serpientes... como aquel que cayó atravesado por la lanza de Diente de León, sobre las rojas arenas, cuando los isleños asaltamos los Siete Imperios. ¿Cómo es eso posible, rey Kull? ¡Aquellos reyes habían nacido de mujeres y habían vivido como hombres! Y la verdad era que... los verdaderos reyes murieron asesinados en secreto... Como tú habrías sido asesinado esta misma noche... y los sacerdotes de la Serpiente te habrían suplantado, reinando también con el aspecto de hombres.

Kull juró entre dientes.

—Sí. Habría sido así. Es un hecho conocido que el que a un sacerdote-serpiente no vive lo bastante como para poder vanagloriarse por ello. Viven en el mayor secreto.

—La política es un asunto complejo y monstruoso en el seno de los Siete Imperios —prosiguió Brule—. Hay verdaderos hombres que saben que entre ellos se deslizan los espías de la Serpiente y los hombres que están aliados con la Serpiente, como el barón Kaanuub de Blaal, y, sin embargo, ningún hombre intenta desenmascarar a los sospechosos por miedo a que su venganza se abata sobre él. Ningún hombre confía en su vecino y los verdaderos hombres de estado no se atreven a hablar entre ellos de algo que ocupa el pensamiento de todos. Si pudieran estar seguros, si un hombre-serpiente o un complot pudiera ser desenmascarado ante todos ellos, el poderío de la Serpiente se desmoronaría en pedazos sin tardanza, pues todos se aliarían y harían causa común para cazar a los traidores. Sólo Ka-nu posee la audacia y el valor necesarios para luchar contra ellos;

pero, incluso Ka-nu, no tiene más que un conocimiento parcial del complot, aunque suficiente para decirme lo que se estaba tramando... lo que iba a pasar hasta este momento. Hasta ahora, he estado prevenido; pero, a partir de este momento, debemos fiarnos de nuestra suerte y habilidad. De momento, creo que estamos seguros; los hombres-serpiente del otro lado de la puerta no se atreverán a dejar su puesto por miedo a que hombres verdaderos se presenten imprevistamente. Pero mañana intentarán otra cosa, puedes estar seguro. Lo que harán, nadie puede decirlo, ni siquiera Ka-nu; debemos seguir juntos, rey Kull, hasta que hayamos vencido o muerto. Ahora, acompáñame mientras llevo este cadáver hasta el escondrijo donde se encuentra la otra criatura.

Kull siguió al picto con su siniestro fardo. Franquearon el panel secreto y se sumergieron en el oscuro corredor. Sus pies no hacían el menor ruido, pues los dos hombres estaban acostumbrados a cazar silenciosamente. Se deslizaron como fantasmas a través de la luz espectral. Kull se preguntaba hasta qué punto los corredores estaban desiertos, esperando hallar a cada recodo alguna horrible aparición. De nuevo le asaltaron las dudas; ¿no le conduciría aquel picto hacia una emboscada? Dejó un espacio entre él y Brule, con la espada apuntando hacia la desnuda espalda del picto. Brule sería el primero en morir si le llevaba a una trampa. Pero si el picto era consciente de las sospechas del rey, no lo

demostró. Avanzaba con paso seguro. No tardaron en llegar a una habitación que no se utilizaba desde hacía mucho tiempo, cuyo suelo estaba recubierto de polvo y en la que los cortinajes se pudrían lentamente coleando cargados de tristeza. Brule apartó los tapices y camufló tras ellos el cadáver.

Cuando se disponían a deshacer el camino andado, Brule se inmovilizó, con tanta brusquedad que rozó inadvertidamente la muerte. Los nervios de Kull estaban a flor de piel.

—Algo avanza por el corredor —silbó el lancero—. Ka-nu me había dicho que estos pasajes secretos estarían vacíos; sin embargo...

Sacando la espada, se abismó por el pasadizo. Kull le siguió, en guardia.

En el corredor apareció una luz extraña e indistinta, avanzando hacia ellos. Con los nervios a punto de ceder, esperaron, apoyando la espalda contra la pared del corredor; qué era, lo ignoraban; pero Kull, escuchando el oprimido jadeo de Brule, comprobó la lealtad del guerrero picto.

La luz se convirtió en una forma de indefinidos contornos. Era una silueta vagamente humana, pero brumosa e incierta, tan diáfana como una voluta de bruma. Se iba haciendo más tangible a medida que se aproximaba, sin llegar a ser nunca completamente sólida. Una cara apareció ante ellos, dos grandes ojos luminosos, que parecían contener todas las torturas inflingidas durante un millón de siglos. Aquella cara de rasgos flácidos y erosionados por el tiempo no expresaba ninguna amenaza, sólo una gran tristeza... y aquella cara... aquella cara...

—¡Dioses todopoderosos! —sopló Kull al tiempo que “na mano helada le aprisionaba el alma—. Eallal, rey de Valusia... ¡Eallal, muerto hace ya mil años!

Brule se adosó al muro tanto como pudo. sus ojos estrechos centellearon, dilatados por el más puro horror; la espada le temblaba entre los dedos, sin fuerza por primera vez desde el comienzo de aquella noche fantástica. Envarado y arrogante, Kull mantenían su arma instintivamente dispuesta, aunque fuera algo que sabía inútil; tenía la piel de gallina, el cabello erizado; y, no obstante, seguía siendo el rey de reyes, dispuesto a desafiar tanto los poderes de los muertos como los de los vivos.

El fantasma pasó ante ellos, sin prestarles ninguna atención. Kull se pegó a la pared mientras les adelantaba, sintiendo un soplo helado, como una brisa procedente de las nieves árticas. La forma continuó avanzando, con pasos lentos y silenciosos, como si las cadenas de las eras infinitas entorpecieran aquellos pies indistintos. Luego, en un recodo del pasadizo, la forma desapareció.

—¡Valka! —murmuró el picto, limpiándose las gotas de sudor frío que le perlaban la frente—. No era un hombre... ¡sino un fantasma!

—Sí. —Kull, estupefacto, sacudió la cabeza—. ¿No has reconocido su cara? Era Eallal, el que reinó en Valusia hacía un millar de años, el mismo que fue descubierto cobardemente asesinado en el salón del trono... la Sala Maldita, como se llama ahora. ¿No has visto nunca la estatua que hay en la Galería de los Reyes?

—Es cierto. Ahora recuerdo la historia. ¡Por todos los dioses! Kull, ese es otro signo del terrible poder de los sacerdotes-serpiente. Ese rey fue asesinado por el pueblo-serpiente; ¡su alma es esclava de ese innoble culto y debe rendirle pleitesía por toda la eternidad! Los sabios siempre han afirmado que si un hombre muere a manos de un hombre-serpiente, su fantasma se convertirá en su esclavo.

Un escalofrío recorrió la inmensa osamenta de Kull.

—¡Valka! ¡qué terrible suerte! Escucha... —Cerró los dedos sobre el musculoso brazo de Brule con una presa de acero—. ¡Escucha! Si soy mortalmente herido por alguno de esos monstruos abyectos, jura que me atravesarás el pecho con tu espada para no someter mi alma a su esclavitud.

—Lo juro —respondió Brule, cuyos feroces ojos se iluminaron—. Y haz tú lo mismo conmigo, Kull.

Se estrecharon la mano derecha, sellando silenciosamente su siniestro convenio.

#### **4. LAS MASCARAS**

KULL SE HALLABA SENTADO sobre el trono y miraba con aire meditativo hacia el mar de caras vuelto hacia él. Uno de los cortesanos estaba hablando con voz reposada, pero el rey apenas le entendía. Junto a él estaba Tu, el Primer Consejero, dispuesto a obedecer las órdenes de Kull, y, cada vez que el monarca miraba en su dirección, Kull temblaba interiormente. La vida superficial de la corte evocaba en él la inmóvil superficie del mar entre el ir y el venir de las mareas. Para el pensativo monarca, los sucesos de la noche precedente parecían formar parte de un sueño. Dirigió la mirada hacia el reclinatorio del trono, en el que descansaba una mano morena y musculosa. En la muñeca de aquella mano brillaba un brazalete adornado con la figura de un dragón. Brule estaba cerca del trono y el susurro discreto y arisco, incesante, del picto, le hacía abandonar el reino irreal en cuyo seno se movía.

No, aquel monstruoso intermedio no era un sueño. Sentado como estaba en el trono, en la Sala de Audiencias, y recorriendo con la mirada a los cortesanos, damas, nobles, políticos, tenía la impresión de que sus rostros no eran más que sustancias ilusorias, irreales, parecidas a -sombras burlonas y equivocadas. Siempre había considerado aquellas caras como máscaras pero, hasta aquel momento, las había soportado con desprecio, pensando ver bajo las máscaras las almas mezquinas y los espíritus serviles de sus ávidos y picaros dueños. Pero, observándolas, descubría bajo las máscaras uniformes una expresión aún más siniestra, una amenaza vaga, un horror de formas todavía imprecisas. Mientras intercambiaba fórmulas corteses con algún noble o con cualquier consejero, tenía la impresión de que la cara sonriente se disipaba, como una humareda, para dar paso a las terribles y abiertas mandíbulas de una serpiente. Entre los que le miraban, ¿cuántos eran en realidad horribles monstruos inhumanos, proyectando su muerte, bajo la ilusión hipnótica y empalagosa de un rostro humano?

Valusia, país de sueños y pesadillas, un reino de sombras, dirigido por fantasmas que iban y venían tras los cortinajes pintados, burlándose de los reyes risibles e inútiles instalados en el trono... él mismo no era más que una sombra.

Y, como una sombra amiga, Brule se mantenía a su lado; sus ojos negros brillaban en medio de su faz impasible. ¡Brule, un hombre de verdad! Y Kull sintió que su amistad por el salvaje se convertía en algo real y comprendió que Brule sentía por él una amistad que sobrepasaba la simple necesidad política.

Kull meditó acerca de cuáles eran las realidades de la vida. ¿La ambición, el poder, la orgullo? ¿La amistad viril, el amor de las mujeres que Kull nunca había conocido, las batallas, el botín? ¿Quién era el verdadero Kull? ¿Era el que estaba sentado en el trono... o acaso aquel otro que, tiempo antes, escalara las colinas de Atlántida, saqueara las lejanas islas del crepúsculo y estallara en carcajadas al contemplar las verdes y rugientes aguas de los mares atlantes? ¿Podía un hombre haber sido tantos hombres a lo largo de una sola vida? Kull sabía que había numerosos Kull y se preguntaba cuál sería el verdadero. Después de todo, los sacerdotes de la Serpiente daban un paso suplementario gracias a su magia, pues todos los hombres llevan una máscara y muchos una máscara distinta dependiendo del hombre o la mujer a quien se dirijan. Se preguntó si, bajo su propia máscara, se escondería una serpiente.

Sentado en meditación, sumido en extraños pensamientos, mientras los cortesanos se acercaban y se alejaban, los asuntos cotidianos fueron concluyendo. El rey y Brule se quedaron finalmente solos en la Sala de Audiencias, a excepción de dos servidores somnolientos.

Kull sentía un gran cansancio. Ni él ni Brule habían dormido la noche precedente, y Kull tampoco había dormido la noche anterior a aquella, cuando, en los jardines, K-a-nu había hecho alusión al extraño complot que se estaba tramando. La noche pasada había acabado sin más conflictos cuando regresaron al gabinete de trabajo del rey, a través de las galerías secretas. Pero Kull no se había atrevido a dormir... y ni siquiera había tenido ganas de hacerlo. Kull, poseedor de la increíble vitalidad de un lobo, había pasado antaño varios días sin dormir, en su juventud fogosa y salvaje. Pero, en aquellos momentos, su mente estaba cansada a fuerza de reflexionar constantemente y sus nervios habían sido puestos a prueba durante la noche anterior. Necesitaba dormir, pero el sueño estaba muy alejado de sus pensamientos.

Tampoco se habría atrevido a dormir si hubiera pensado en ello. Otro hecho extraño le había turbado profundamente: tanto él como Brule habían mantenido una atenta vigilia para ver cuándo y si se hacía el cambio de la guardia ante el gabinete. Pero, fue cambiada sin que se dieran cuenta; en efecto, al amanecer, los que estaban en la puerta fueron capaces de repetir las mágicas palabras de Brule, pero no recordaban ningún hecho que se saliera de lo ordinario. Pensaban haber estado de guardia toda la noche, como de costumbre, y Kull no intentó demostrar lo contrario. Estaba seguro de que eran hombres fieles, pero Brule había aconsejado el más absoluto secreto y el propio Kull también pensaba que era preferible.

Brule se inclinó hacia el trono y bajó tanto la voz que ni siquiera los somnolientos servidores pudieron oírle.

—No tardarán en golpear, Kull. Hace un momento Ka-nu me ha hecho un discreto signo. Los sacerdotes saben que estamos al tanto de su complot, naturalmente, pero ignoran exactamente lo que sabemos. Debemos estar dispuestos a cualquier acción por su parte. A

partir de ahora, Ka- nu y los jefes pictos estarán al alcance de la voz hasta que este asunto, de un modo u otro, haya terminado. ¡Ah, Kull, si esto se transforma en una buena batalla, las calles y las mansiones de Valusia rezumarán sangre escarlata!

Kull sonrió cruelmente. Recibiría con cruel alegría cualquier tipo de acción. Errar como lo estaba haciendo por un laberinto de ilusiones y magia no encajaba con su naturaleza. Ansiaba ardientemente un combate violento y el entrechocar de las espadas, la alegre libertad de la batalla.

No tardaron en entrar de nuevo Tu y los demás consejeros en la Sala de Audiencias.

—Mi rey, la hora de nuestra reunión está cercana y estamos dispuestos a escoltarte hasta la Sala del Consejo.

Kull se levantó y los consejeros se fueron arrodillando mientras pasaba y avanzaba entre ellos. Después se levantaron tras él y le siguieron. Las cejas de fruncían al ver cómo el picto caminaba orgullosamente al lado del rey, pero nadie se atrevió a protestar. La mirada de desafío de Brule recorría los rostros impasibles de los consejeros con la innata arrogancia del salvaje.

El grupo atravesó diversas habitaciones para desembocar, por fin, en la Sala del Consejo. Las puertas fueron cerradas, como era costumbre, y los consejeros se dispusieron, según el protocolo, frente al estrado en que se erguía su monarca. Como una estatua de bronce, Brule se colocó a espaldas de Kull.

Kull echó un rápido vistazo por toda la sala. No parecía haber allí ningún signo de traición. Diecisiete consejeros se encontraban en la sala, todo conocidos suyos; y todos habían abrazado su causa cuando subió al trono.

— Hombres de Valusia... —empezó diciendo, convencionalmente; pero se silenció, intrigado. Todos los consejeros se habían levantado como un solo hombre y avanzaban hacia él. Sus caras no reflejaban ninguna hostilidad, pero sus actos eran raros para hacerlos en la Sala del Consejo. La primera fila estaba muy cerca de él cuando Brule saltó hacia adelante con la agilidad de un leopardo que se lanza a la carga.

—*¡Ka nama kaa lajerama!* — Su voz retumbó en el siniestro silencio de la sala y el más cercano de los cortesanos retrocedió, llevándose la mano rápidamente hacia sus ropajes. Como un resorte que se dispara, Brule lanzó una estocada y el hombre se empaló en la centelleante espada del picto. Se derrumbó a tierra y allí quedó, inmóvil. Su cara no tardó en convertirse en algo flácido que se disipaba, revelando la cabeza de una gran serpiente.

—¡Mátalos, K.ull! —dijo la áspera voz del picto—. ¡Todos son hombres-serpiente!

Lo que siguió pareció una pesadilla escarlata. Kull vio que los rostros familiares se ablandaban y se disipaban como la bruma, siendo reemplazados por horribles caras reptiles y gesticulantes mientras el grupo de enemigos se lanzaba sobre ellos. Su mente estaba dominada por el vértigo, pero su cuerpo de gigante no dudó.

El canto de su espada llenó la habitación y la marea que se volcaba sobre él se convirtió en una ola roja. Se lanzaron hacia adelante, aceptando el sacrificio de sus vidas para poner fin a la del rey. Odiosas mandíbulas se abrían frente a él; ojos terribles luchaban con los suyos

con resuelto mirar; un abominable olor fétido se extendió por la sala —el olor de la serpiente que Kull ya había respirado en las junglas del sur. Espadas y dagas saltaban hacia él y Kull apenas se daba cuenta de cómo le laceraban y herían. Pero Kull estaba en su elemento; era la primera vez que se enfrentaba a enemigos tan siniestros, pero aquello poco importaba. Vivían, sus venas contenían sangre que podía derramarse y morían cuando su espada les hundía el cráneo o les traspasaba el cuerpo. Estocadas y fintas... ataques súbitos y molinetes, sin embargo, Kull habría muerto de no ser por el hombre que luchaba junto a él, parando golpes y contraatacando. Pues el rey, evidentemente, estaba loco de furia, borracho de batalla, y combatía del terrible modo en que lo hacían los atlantes, sin preocuparse de la muerte y dejándose llevar por sus deseos frenéticos de eliminar las filas enemigas. Ni siquiera intentaba evitar los tajos. Erguido en todo su esplendor, luchaba incesantemente, lanzándose hacia adelante; dominada su mente por la locura homicida, sólo albergaba un pensamiento: matar. Kull podría haber olvidado raramente su oficio de combatiente, pero en aquellos momentos, guiado por su más primitivo furor, rota alguna cadena en las profundidades de su alma, se había visto sumergido en la oleada rojiza de su ira sanguinaria. Con cada ataque, mataba a un enemigo, pero continuaban desbocándose sobre él y, de vez en cuando, Brule apartaba el golpe que le habría matado infaliblemente, manteniéndose siempre junto a Kull, parando y apartando las hojas con fría habilidad. No mataba, como hacía Kull, con furiosas estocadas en el curso de brutales asaltos, sino con golpes precisos y certeros lanzados metódicamente.

Kull rió demencialmente. Las caras terribles giraban a su alrededor en el seno de una luminosidad escarlata. Sintió que el acero se hundía en su brazo y abatió la espada con un giro relampagueante. La hoja partió en dos a su adversario, rajándole hasta el esternón. Luego las brumas se disiparon y el rey vio que no quedaban más que Brule y él mismo alzándose por encima de un montón de formas siniestras y escarlatas que yacían desmadradas por el suelo.

—¡Valka! ¡Qué batalla! —exclamó Brule enjugándose la sangre que le cubría los ojos—. Kull, si hubieran sido guerreros acostumbrados a manejar la espada, habríamos muerto. Pero estos sacerdotes-serpiente no conocen nada del arte de la lucha y mueren más fácilmente que los hombres a quienes he matado hasta ahora. ¡Sin embargo, si hubieran sido más numerosos creo que esta historia habría acabado de otra manera!

Kull agachó la cabeza. La locura furiosa y el frenético deseo de matar habían desaparecido de su interior, dejándole dominado por una sensación de enorme ofuscación y cansancio. La sangre le corría por numerosas heridas en el pecho, hombros, brazos y piernas. Brule también sangraba por una veintena de heridas y le dirigió al rey una inquieta mirada.

—Mi señor Kull, ven. Tus heridas deben ser vendadas lo antes posible por las mujeres.

Kull le apartó con un borracho movimiento de su poderoso brazo.

—No. Ya nos ocuparemos de eso cuando haya acabado por completo con este asunto. Tú puedes ir; haz que te curen las heridas. Te lo ordeno.

El picto soltó una carcajada furiosa.

—Tus heridas son más numerosas que las mías, mi rey —empezó diciendo. Pero calló



como si una súbita idea hubiera atravesado su mente—. ¡Por Valka! ¡Kull, esta no es la Sala del Consejo!

Kull miró a su alrededor y, rápidamente, otras brumas parecieron disiparse.

—No. Estamos en la misma sala en que Eallal fue muerto hace ya mil años... ¡Desde entonces no se utiliza y se la llama la Cámara Maldita!

—¡Entonces, por los dioses, finalmente, nos han engañado! —exclamó Brule, dominado por el furor y golpeando con el pie los cadáveres inmóviles tirados por el suelo—. ¡Hemos caído en su trampa como imbéciles! Con sus artes mágicas han cambiado la apariencia de todas las cosas...

—En ese caso, hemos terminado con sus sortilegios —dijo Kull—, pues, si hay verdaderos hombres entre los consejeros de Valusia, deben estar reunidos en la verdadera Sala del Consejo en estos precisos momentos. ¡Sígueme, aprisa!

Dejaron la habitación con sus siniestros ocupantes, avanzando por corredores aparentemente abandonados. No tardaron en llegar ante la verdadera Sala del Consejo. ¡Kull se inmovilizó y un horrible estremecimiento le recorrió! En la Sala del Consejo alguien hablaba con voz tenante... ¡una voz que era la suya propia!

Con mano temblorosa apartó los cortinajes y echó una mirada a la habitación. Los consejeros, fieles réplicas de los hombres a quienes él y Brule acababan de matar, estaban sentados en la Sala y en el estrado se hallaba Kull, rey de Valusia.

Retrocedió, con la mente dominada por un repentino mareo.

—¡Es demencial! ¿Acaso soy yo Kull? Del que está en el estrado o de mí mismo... ¿cuál es en verdad el verdadero Kull? ¿Seré una sombra... una quimera?

La mano de Brule, apretándole el hombro y sacudiéndole violentamente, le hizo recobrar el sentido.

—¡En nombre de Valka, no seas estúpido! ¿Cómo puedes sorprenderte después de todo lo que hemos visto? ¿No comprendes que esos son verdaderos hombres, embrujados por un hombre-serpiente que ha tomado tu apariencia, como los otros tomaron la de tus consejeros? A esta hora deberías estar muerto y el monstruo que ves reinaría en tu lugar sin que sospechasen nada quienes se inclinan ante él. Salta y mata rápidamente, pues, si no, estamos perdidos. Los Asesinos Rojos, verdaderos hombres, están cerca de él, y sólo tú eres capaz de llegar hasta él y matarle. ¡Actúa sin más tardanza!

Kull consiguió sobreponerse a la turbación que le invadía y echó la cabeza hacia atrás, con aquel movimiento de desafío que le era característico. Inspiró larga y hondamente, como un nadador antes de sumergirse en el mar;

luego, apartando bruscamente las colgaduras, se lanzó hacia el estrado y lo alcanzó con un único salto poderoso. Brule había dicho la verdad. Cerca del hombre-serpiente se encontraban los Asesinos Rojos, combatientes entrenados para golpear tan rápidamente como el leopardo; cualquiera que no hubiese sido Kull habría muerto antes de poder llegar hasta el usurpador. Pero al ver a Kull, idéntico al hombre que se hallaba cerca de ellos

sobre el podio, los Asesinos Rojos se quedaron clavados en sus puestos, absortos... sólo un instante, pero lo suficiente para el rey bárbaro. El que se encontraba sobre el estrado quiso desenvainar la espada, mas, justo cuando sus dedos se cerraban sobre el pomo, la hoja de Kull se hundió en su cuerpo, sobresaliéndole entre las vértebras. La criatura que los consejeros habían tomado por el rey se derrumbó hacia adelante. Cayó a los pies de la tarima y se quedó tendida en el suelo, inmóvil.

—¡Esperad! —Kull levantó una mano y la voz real detuvo en seco el impulso de los guardianes que se abalanza han sobre él. Y, mientras se detenían turbados, Kull señaló con el dedo a la criatura que yacía a sus plantas... la criatura cuyo rostro se disipaba para ser reemplazado por la monstruosa cabeza de una serpiente. Retrocedieron atemorizados y, mientras Brule entraba por una de las puertas, Ka-nu lo hizo por otra.

Estrecharon las ensangrentadas manos del rey y fue Ka-nu quien primero habló.

—Hombres de Valusia, vuestros ojos no os han equivocado y tenéis toda la razón. Este es el verdadero Kull, el rey más grande que haya conocido Valusia. El poder de la Serpiente se ha despedazado y sois hombres verdaderos. Rey Kull, ¿alguna orden?

—Recoged esta basura —dijo el rey. Los hombres de la guardia se apoderaron de la muerta criatura—. Ahora, seguidme —dijo el rey; y, precediéndoles, les condujo hasta la Cámara Maldita. Brule, echando una inquieta mirada a su monarca, le ofreció el sostén de su brazo, pero Kull lo rechazó.

La distancia le pareció infinita al rey cubierto de sangre, pero, por fin, llegó hasta el umbral de la puerta y rió duramente al escuchar las horrorizadas exclamaciones de sus consejeros.

Siguiendo sus órdenes, los guardias arrojaron el cadáver que habían transportado al interior de la cámara, junto con los demás, y, haciendo un signo a todo el mundo para que se retirase, Kull dejó el último la cámara, cerrando la puerta a sus espaldas.

Se tambaleó, mareado. Las caras se volvieron hacia él, lívidas y llenas de preguntas. Luego giraron y se confundieron en una bruma espectral. Sintió que la sangre de sus heridas le corría por el cuerpo y comprendió que lo que tenía que hacer había de hacerlo entonces o nunca.

La espada siseó al salir de la funda.

—Brule, ¿estás a mi lado?

—¡Sí! —La cara de Brule le miraba a través de la niebla. Estaba junto a él, pero la voz del lancero resonaba en sus oídos como si estuviera a leguas y eones de distancia.

—Recuerda tu juramento, Brule. Ahora, diles que retrocedan.

Se hizo sitio con el brazo izquierdo mientras blandía la espada. Luego, con todas las fuerzas que le quedaban, mientras disminuía su poder velozmente, la clavó en el montante de la puerta, hundiendo el arma hasta la guarda, sellando la cámara para siempre.

Con las piernas separadas, titubeando como un borracho, se enfrentó a los consejeros

dominados por el terror.

—Que esta cámara sea doblemente maldita. Que estos esqueletos se queden ahí para siempre... como símbolo de la moribunda potencia de la Serpiente. En este instante, hago el juramento de perseguir a los hombres-serpiente de un continente a otro, a través de los mares, sin cesar hasta que todos ellos hayan perecido, hasta que el Bien se los lleve y las fuerzas de las Tinieblas hayan sido arrasadas. Yo lo juro... yo... Kull... rey... de... Valusia.

Las piernas se negaron a seguir sosteniéndole. Las caras bailaron y giraron. Los consejeros se lanzaron hacia él pero, antes de que pudieran alcanzarle, Kull cayó lentamente a tierra y se quedó inmóvil en el suelo, con el rostro vuelto hacia el techo.

Los consejeros se amontonaron alrededor del derrumbado monarca, hablando y cotorreando. Ka-nu les apartó con los puños, lanzando salvajes juramentos.

—¡Retroceded, insensatos! ¿Queréis sofocarle, quitarle la poca vida que todavía le queda? —le dijo al guerrero que se inclinaba sobre Kull.

—¿Muerto? —Brule refunfuñó despectivamente—. No se mata tan fácilmente a un hombre como él. La falta de sueño y la pérdida de sangre le han debilitado mucho... por Valka, tiene una veintena de heridas graves, pero ninguna es mortal. Sin embargo, que esos locos que no hacen más que hablar hagan venir, lo antes posible a las mujeres de la corte.

Los ojos de Brule brillaban feroces y altaneros.

—¡Valka! Ka-nu, ignoraba que existiera un hombre como él en estos tiempos decadentes. Algún día se pondrá en pie y, entonces, ¡que los hombres-serpiente del mundo entero se guarden de Kull de Valusia. ¡Valka! ¡Será una caza sin precedentes! Oh, veo largos de años prosperidad para el mundo con el un rey como el nuestro en el trono de Valusia.

## **LOS ESPEJOS DE TUZUN THUNE**

Un extraño país majestuoso que se extiende Más allá del Espacio, más allá del Tiempo.  
**EDGAR ALAN POE**

LLEGA A SUCEDER QUE INCLUSO LOS REYES conocen el tiempo del inmenso hastío. Y al llegar, el oro del trono se transforma en cobre y las colgaduras del palacio se ensombrecen. Las joyas de la corona y las pedrerías de los dedos de las mujeres dejan de brillar y sólo lo hacen como el hielo de los mares blanquecinos; los discursos de los hombres están tan desprovistos de sentido como los tintineos del cascabel del bufón y todas las cosas se convierten en irreales; el propio sol se apaga en los cielos y el soplo del océano verde pierde su frescor.

Kull se hallaba sentado sobre el trono de Valusia, y la hora del hastío le agobiaba. Ante él

desfilaban, interminablemente y sin razón, los hombres, las mujeres, los sacerdotes, los acontecimientos, las sombras; las cosas percibidas y las cosas que se esperaban. Pero, al igual que las sombras, todo iba y venía sin dejar más rastro sobre su comprensión que el sentimiento de un inmenso aburrimiento. Sin embargo, Kull no estaba fatigado. Soñaba con cosas que estaban más allá de él mismo, más allá de la corte de Valusia. Una <sup>^8^</sup>agitación turbaba su mente y extraños sueños luminosos atormentaban su alma. Cuando lo ordenó, apareció ante él Brule, el Asesino de la Lanza, el guerrero de Pictlandia, procedente de las islas que se erguían más allá de Occidente.

—Mi señor rey, estás cansado de la vida en la corte. Ven conmigo, y en mi galera navegaremos al azar de los océanos.

—No —murmuró Kull, apoyando el mentón sobre el puño poderoso—. Estoy harto de todo. La ciudad me aburre, las fronteras están tranquilas. Ya ni siquiera oigo los cantos del mar que escuchaba cuando sólo era un niño en las escarpadas costas de Atlántida, cuando la noche centelleaba con millares de estrellas. Los verdes bosques ya no me atraen como antaño. Hay en mí algo raro, un deseo que no puedo formular. ¡Vete!

Brule partió, inquieto, dejando a su rey sentado en el trono y sumido en sombríos pensamientos. Y, precisamente entonces, una muchacha de la corte se deslizó a los pies de Kull y le susurró:

—Gran rey, ve a ver a Tuzun Thune, el mago. Conoce los secretos de la vida y de la muerte, sabe leer en las estrellas y ha recorrido las tierras que están sumergidas bajo el mar.

Kull miró a la muchacha. Sus cabellos eran de oro fino, y sus ojos violeta eran curiosamente oblicuos; era bella, pero la belleza tenía poco interés para Kull.

—Tuzun Thune —repitió—. ¿Quién es?

—Un mago de la Raza Extinta. Vive aquí, en Valusia, cerca del Lago de las Visiones, en la Casa de los Mil Espejos. Todas las cosas son conocidas por él, mi rey. Habla con los muertos y conversa con los demonios de las Tierras Perdidas.

Kull se levantó.

—Iré a ver al mago. Pero no digas nada, ¿entiendes?

—Soy tu esclava, mi señor.

Y cayó de rodillas humildemente, pero cuando Kull se volvió, la sonrisa de su boca escarlata reveló la perfidia, lo mismo que sus ojos almendrados.

Kull se dirigió a la morada de Tuzun Thune, al borde del Lago de las Visiones, una vasta extensión de agua azul-

lada y apacible; numerosos palacios se alzaban en sus orillas, barcos de recreo, con forma de cisnes, se deslizaban plácidamente por su superficie brumosa y desde todos los lados se elevaban los sonidos de una música dulce.

La Casa de los Mil Espejos era amplia y espaciosa, pero sin pretensiones. Los portales estaban abiertos, y Kull subió los peldaños de una larga escalinata; entró sin hacerse

anunciar y, en una inmensa sala cuyos muros estaban tapizados de espejos, encontró a Tuzun Thune, el mago. El hombre parecía incluso más viejo que las colinas de Zalgara, su piel era de cuero curtido, pero sus ojos grises brillaban como acero pulido.

—Kull de Valusia, mi casa es tuya —dijo inclinándose profundamente, con una cortesía del pasado, al tiempo que le señalaba al rey un asiento tan majestuoso como un trono.

—Me han dicho que eres mago —declaró Kull—. ¿Puedes realizar maravillas?

Se había apoyado en el codo, con el mentón en la mano, considerando al anciano sombríamente. El mago sonrió, extendió la mano y abrió y cerró los dedos.

—¿Acaso no es una maravilla que esta carne ciega/ obedezca las órdenes de mi cerebro? Camino, respiro, hablo... ¿no son esas maravillas?

Kull meditó unos momentos y luego preguntó:

—¿Puedes evocar a los demonios?

—Ciertamente. Puedo hacer surgir uno, más terrible que todos los del más allá, con sólo abofetearte. Kull se sobresaltó y agachó la cabeza.

—¿Y los muertos? Puedes conversar con los muertos?

—Siempre converso con los muertos, como lo hago contigo en estos momentos. La muerte comienza con el nacimiento y todos los hombres empiezan a morir en el mismo momento en que llegan al mundo; en *este* preciso instante, tú estás muerto, rey Kull, puesto que has nacido.

—Pero tú eres más viejo que el resto de los hombres;

¿acaso los magos no mueren?

—Los hombres mueren cuando llega su hora. Ni antes ni después. La mía no ha sonado todavía.

Kull consideró aquellas respuestas.

—Así que el mayor mago de Valusia no es más que un hombre como los demás, y yo he sido embaucado para venir hasta aquí.

Tuzun Thune sacudió la cabeza.

—Los hombres no son otra cosa que hombres, y los más sabios son los que aprenden las cosas más simples. Contempla mis espejos, rey Kull.

El techo estaba cubierto de espejos, los muros hallábanse tapizados con ellos, todos unidos a la perfección, pero de todas las formas y tamaños.

—Los espejos son el reflejo del mundo, Kull —murmuró el mago—. Contempla mis espejos y descubre la sabiduría.

Kull eligió uno al azar y lo miró intensamente. Los del muro de enfrente se reflejaban en él, y reflejaban otros muchos, tantos que tuvo la impresión de tener frente a sí un interminable corredor centelleante formado por la totalidad de los espejos; y a su fondo

pudo ver una minúscula silueta. Kull la contempló largamente antes de comprender que era su propio reflejo. Miró y se sintió invadido por un sentimiento de pequeñez, como si aquella silueta fuera la del verdadero Kull y representase sus exactas y verdaderas proporciones. Se volvió y fue a situarse ante otro espejo.

—Mira bien, Kull —dijo el mago—. Es el espejo del pasado.

Una bruma gris oscurecía el cristal, grandes masas brumosas se agitaban y cambiaban como el fantasma de un río gigantesco; y, a través de la neblina, Kull vio fugitivas visiones, visiones de horror y extrañeza, bestias y hombres que se movían en ella y formas que no eran ni de hombre ni de bestia; grandes flores exóticas se desvanecían en la cenicienta visión, gigantesco árboles tropicales se alzaban en los ribazos de fétidos pantanos en los que se revolcaban reptiles monstruosos; el cielo era lívido, habitado por dragones voladores, y los mares agitados bramaban al arrojar de su seno olas implacables contra las enlodadas orillas. El hombre no existía todavía, el hombre era un sueño de los dioses, y formas de pesadilla ondulaban y se deslizaban a través de una jungla horrible. Y en la jungla se desarrollaban batallas y masacres y amores terribles. La muerte se hallaba presente, pues Muerte y Vida caminan tomadas de la mano. Las playas viscosas del mundo dejaban alzar los aullidos de los monstruos y siluetas increíbles se arrastraban entretanto bajo la lluvia incesante.

—El que representa el porvenir. Silencioso, Kull lo miró.

—¿Qué estás viendo?

—Un mundo extraño —murmuró el rey—. Los Siete Imperios se derrumban por el polvo y son olvidados. Las mareas del océano se estrellan muy por encima de las eternas montañas de Atlántida; las cimas de la occidental Lemuria son las islas de un mar ignorado. Desconocidos salvajes recorren los antiguos condados, y nuevos países han surgido de las profundidades para profanar los antiguos santuarios. Valusia ha desaparecido y también las demás naciones que hoy existen, y los hombres del mañana me son desconocidos. Y tampoco ellos nos conocen.

—El futuro está avanzando —declaró tranquilamente Tuzun Thune—. Vivimos en el hoy, ¿qué podemos hacer del ayer o del mañana? Las ruedas giran, las naciones se yerguen y se derrumban; el mundo cambia, los tiempos recaen en el salvajismo y la barbarie para encontrar más tarde, a lo largo de las eras, la civilización. Antes de que Atlántida fuese, ya existía Valusia, y antes de Valusia los Antiguos Reinos. También nosotros hemos pisoteado a las tribus perdidas en nuestro camino hacia el porvenir. Tú, tú que has venido de las verdes colinas de Atlántida para apoderarte de la antigua corona de Valusia, piensa que mi tribu es muy antigua, que reinamos en estas tierras antes de que los valusios llegaran del Este, cuando el hombre aún no existía en las regiones marinas. Pero el hombre ya vivía aquí cuando las Viejas Tribus surgieron de los desiertos, y otros hombres hubo antes que ellos, unas tribus antes que otras tribus. Las naciones pasan y son olvidadas, pues tal es el destino de la Humanidad.

—Sí —murmuró Kull—. Sin embargo, ¿no es una lástima que la belleza y la gloria de los hombres desaparezca como la bruma del verano?

—Si ese es su destino, ¿por qué habría de ser de otra forma? No lloro por las

desaparecidas glorias de mi raza, ni tampoco me preocupo por las razas que vendrán. Vive el presente, Kull, vive el presente. Los muertos están muertos; los que todavía no han nacido, no existen. ¿Qué importa que los hombres te olviden cuando tú te hayas olvidado de ti mismo en los silenciosos mundos de la muerte? Contempla mis espejos y descubre la sabiduría.

Kull eligió otro espejo y en él se miró.

—Es el espejo de la más profunda magia. ¿Qué ves, Kull?

—Nada más que a mí mismo.

—Mira mejor, Kull. ¿Eres tú? Kull miró fijamente el inmenso espejo, y no vio otra cosa que su propia imagen.

—Acabo de situarme ante este espejo —murmuró con voz pensativa—, y he dado ya vida a ese hombre. Sobrepasa mi entendimiento, pues primero lo vi en las aguas calmas de los lagos atlantes, y luego le he vuelto a ver en los espejos de Valusia enmarcados en oro. El es yo, él es mi sombra, forma parte de mí, puedo conjurarlo o hacerlo desaparecer a mi capricho, pero sin embargo... (Se interrumpió, al tiempo que extraños pensamientos susurraban en los tenebrosos abismos de su espíritu como murciélagos revoloteando en una inmensa caverna.) Y, pese a todo, ¿dónde se halla cuando no estoy frente a un espejo? ¿Es quizá un poder del hombre ser capaz de formar a su placer, o destruir, una sombra de vida, una sombra de la existencia? ¿Cómo puedo saber si, cuando me aparto del espejo, desaparece en las tinieblas de la nada...? ¡Por Valka! ¿Es él el hombre o lo soy yo? ¿Cuál de nosotros es fantasma del otro? Estos espejos no son acaso más que ventanas por las que contemplamos otro mundo. ¿Piensa lo mismo que yo? ¿No soy una sombra, un reflejo de él mismo para sus ojos, lo mismo que él lo es así para los míos? Y, si yo soy el fantasma, ¿cómo es ese otro mundo que habita en el espejo? ¿Qué ejércitos combaten en él, qué monarcas lo gobiernan? Este mundo nuestro es el único que conozco. Ignorándolo todo del otro, ¿cómo puedo juzgarlo? ¡Seguramente también habrá en él verdes colinas y mares embravecidos y vastas llanuras en las que los hombres se alinean en orden de batalla! Dime, mago, tú que eres el más sabio de los hombres, dime si hay otros mundos más allá del nuestro.

—Un hombre tiene dos ojos para poder ver —replicó el mago—. Quien desee ver, primero debe creer.

Las horas pasaron lentamente y Kull quedóse sentado frente a los espejos de Tuzun Thune, contemplándose a sí mismo. A veces le parecía ver roca dura y lisa, otras veces, profundidades insondables. Como la superficie del mar era el espejo de Tuzun Thune, tan uniforme como el océano bajo los rayos oblicuos del sol naciente o bajo la oscuridad de las estrellas cuando ningún ojo puede percibir sus simas;

vasto y místico como cuando el sol lo golpea de tal modo que al observador se le corta el aliento al adivinar sus abismos sin fondo. Así era el espejo que contemplaba Kull.

Finalmente, el rey se levantó y se marchó totalmente turbado. Y Kull regresó a la Casa de los Mil Espejos; día tras día volvía para sentarse durante horas frente a los espejos. Unos ojos le miraban, unos ojos parecidos a los suyos, y, sin embargo, sentía una

diferencia, una realidad de que no eran los de él. Durante largas horas miraba fijamente el espejo con rara intensidad; y, hora tras hora, su imagen le contemplaba.

Los asuntos del palacio y del Estado fueron desdeñados. El pueblo murmuraba. El semental de Kull piafaba impaciente en las cuadras mientras los guerreros de Kull jugaban a los dados y discutían sin razón. Kull no tenía cura. En algunos momentos parecía hallarse a punto de descubrir algún monstruoso secreto. La imagen del espejo no era para él un simple reflejo; la cosa, del modo en que él la veía, era una entidad, muy parecida a él en apariencia, pero también tan alejada de Kull como lo están los polos de una esfera. La imagen, pensaba, poseía una personalidad diferente a la suya; no dependía de Kull, lo mismo que el rey no dependía de ella. Y, día tras día, Kull se preguntaba en qué mundo viviría realmente; ¿era él la sombra, algo evocado por la voluntad del otro? ¿Era él, y no el reflejo, el que vivía en un mundo ilusorio, en la sombra del mundo real?

Kull empezó a soñar con poder penetrar en la personalidad del espejo, aun por un momento solamente, para ver lo que había que ver; pero, si franqueaba aquella puerta, ¿podría regresar? ¿Encontraría un mundo idéntico a aquel en que habitaba? ¿Un mundo del que el suyo no era más que un sencillo reflejo? ¿Dónde estaba la realidad, dónde la ilusión?

Algunas veces Kull se preguntaba como aquellas ideas, aquellos sueños, habían podido penetrar en su mente, si acaso los suscitaba él mismo o si... y, entonces, sus pensamientos en emborronaban. Sus meditaciones le eran propias; ningún hombre gobernaba sus pensamientos y aún era capaz de evocarlos a su capricho; pero, ¿podía estar seguro? ¿No eran como murciélagos, aleteantes, yendo y viniendo a su antojo, que siguieran las órdenes y cumplieran la voluntad de... de quién? ¿De los dioses? ¿De las Mujeres que tejen la tela del Destino? Kull no abocaba a ninguna conclusión, pues, con cada paso que daba, se perdía cada vez más en las grises brumas de los postulados ilusorios y de las refutaciones. No sabía más que una cosa: extrañas visiones invadían su mente, como murciélagos aleteando al azar, surgidos de la susurrante nada de la inexistencia;

nunca antes había alimentado aquellos pensamientos, pero reinaban ya en su cerebro, día y noche, y en todo momento tenía la sensación de deambular por una niebla vertiginosa; y su sueño se veía turbado por imágenes desconocidas y monstruosas.

—Dime, mago —preguntó, sentado ante el espejo con la mirada hincada sobre su propia imagen—, dime cómo puedo franquear la puerta. Porque, en verdad lo digo, ya no sé si el mundo real está aquí y esa imagen es su reflejo. Bajo una forma u otra, lo que veo debe existir.

—Ve y cree —susurró el mago—. El hombre debe creer para poder cumplir. La forma es una sombra, la substancia es una ilusión, la materia es un sueño; el hombre existe porque cree que existe; ¿qué es el hombre sino un sueño de los dioses? Sin embargo, el hombre puede ser lo que desea ser; sombra y substancia no son más que quimeras. El espíritu, el yo, la esencia del sueño divino, esa es la realidad, eso es lo que permanece inmortal. Ve y cree, si quieres cumplir, Kull.

El rey no lo comprendió; nunca comprendía claramente los enigmáticos parlamentos del mago, y, sin embargo, suscitaban en él una vaga reacción positiva. Así, día tras día, fue sentándose ante los espejos de Tuzun Thune. Y, todas las veces, el mago quedaba



agazapado a sus espaldas como una sombra.

Llegó el día en que Kull pareció distinguir por unos momentos unas tierras desconocidas; las imágenes pasaban por su mente y le inspiraban pensamientos vagos, reminiscencias confusas. Día tras día perdía el contacto con su universo, las cosas le parecían más irreales, y el reflejo del espejo se convertía en la única realidad. Kull ya creía aproximarse a las puertas de mundos más poderosos, vagamente apercibía inmensos panoramas y las brumas de la irrealidad se iban disipando...

*La forma es una sombra, la substancia es una ilusión, sólo son quimeras*, le repetía en su subconsciente la voz del mago. Recordaba sus palabras y le parecía que ya podía entenderlas... la forma y la substancia, ¿no podría cambiarlas a voluntad su conocía el secreto, si poseía la llave que abría aquella puerta? ¿Qué mundos entre los mundos esperaban al explorador atrevido?

El hombre del espejo parecía sonreírle y acercarse —cada vez más cerca—, mientras la niebla se alzaba, una niebla que envolvía el reflejo... Kull sintió una extraña sensación, un vértigo, parecía transformarse, fundirse...

-¡Kull!

El aullido rompió el silencio en un millón de fragmentos vibratorios.

Las montañas se derrumbaron y los mundos vacilaron mientras Kull, atrapado por aquel grito frenético, hacía un esfuerzo sobrehumano para escapar de algo que desconocía.

Un súbito estrépito y Kull se encontró en la gran sala de Tuzun Thune, ante un espejo roto en mil pedazos, con la mente turbada, medio cegado por la estupefacción. Allí, a sus pies, yacía el cuerpo de Tuzun Thune, cuya hora, al fin, había sonado; y ante él se erguía Brule, el Lancero, empuñando una espada ensangrentada, con los ojos desorbitados y llenos de terror.

—¡Valka! —juró el guerrero—. ¡Qué a tiempo he llegado!

—Pero... ¿Qué ha pasado? —farfulló el rey.

—Pregúntaselo a esta traidora —replicó el Lancero, señalando a una muchacha prosternada ante el rey, en una pose de abyecto temor, y a quien Kull reconoció como quien le había enviado a casa de Tuzun Thune—. Mientras entraba vi cómo te fundías en el espejo como si fueras humo desapareciendo en el cielo. ¡Por Valka! Si no lo hubiera visto con mis propios ojos, no lo habría creído... Casi habías desaparecido cuando mi grito te retuvo.

—Sí —murmuró Kull—, esta vez estuve a punto de franquear la puerta.

—¡Era un monstruo muy astuto! —añadió Brule—. ¿No comprendiste, Kull, que había tejido y arrojado sobre ti la tela de su magia? Kaanuub de Blaal ha complotado con este mago para desembarazarse de ti, y esta muchacha, descendiente de la Antigua Raza, insinuó en tu espíritu la idea de venir aquí. El consejero Ka-nu ha descubierto hoy mismo el complot; no sé lo que has visto en ese espejo, pero gracias a él, Tuzun Thune ha embotado tu alma y ha estado a punto, gracias a sus sortilegios, de transformar tu cuerpo en humo...

—Realmente —resopló Kull, que aún no había salido de su estupor—. Pero siendo un mago, conociendo todo el saber de las edades y despreciando el oro, la gloria y el poder, ¿qué podía ofrecer Kaanuub para hacer de Tuzun Thune un innoble traidor?

—Oro, gloria y poder —masculló Brule—. Cuanto antes aprendas que los hombres siguen siendo hombres ya se trate de magos, reyes o siervos, antes sabrás reinar con sabiduría, Kull. Y, ahora, ¿qué hacemos con ella?

—Nada, Brule —respondió el rey mientras la muchacha lloriqueaba a sus pies—. Ella sólo ha sido el instrumento. Levántate, pequeña, y vete. Nadie te hará mal alguno.

Una vez solo con Brule, Kull contempló una última vez los espejos de Tuzun Thune. —Puede que urdiera contra mí, Brule, no dudo de tu palabra, pero... ¿su brujería iba a transformarme en humo, o bien iba a desvelarme un secreto? Si no me hubieras rescatado, si me hubiese hundido en el espejo, ¿no habría descubierto otros mundos?

Brule echó una mirada a los espejos y se encogió de hombros, reprimiendo un escalofrío.

—Tuzun Thune ha almacenado aquí el saber de todos los infiernos. Partamos, Kull, antes de que yo también quede embrujado.

—Partamos —respondió Kull, y, uno junto al otro, abandonaron la Casa de los Mil Espejos donde, quizá, se hallaban prisioneras las almas de los hombres.

Hoy ya nadie se mira en los espejos de Tuzun Thune. Las embarcaciones de placer evitan la orilla en que se alza la casa del mago y nadie se aventura en ella, nadie osa penetrar en la sala donde la osamenta seca y putrefacta de Tuzun Thune yace frente a los espejos de la ilusión. Es un lugar maldito, y si esa casa debe seguir en pie durante otros mil años, ningún paso debe levantar ecos en ella. Sin embargo, Kull, sobre su trono, medita a menudo, pensando en el extraño saber y en los misteriosos secretos que perdió, haciéndose preguntas...

Kull sabe que hay otros mundos más allá de los mundos. Y sabe también que el mago le embrujó con palabras o con la magia del hipnotismo, con argumentos extraños que se desarrollaron ante la mirada del rey, tras aquella puerta mágica. Y Kull está menos convencido de la realidad desde que sumergió la mirada en los espejos de Tuzun Thune.

## **EL JARDIN DEL MIEDO**

ANTAÑO YO FUI HUNWULF, el Errante. Soy incapaz de comprender si mi conocimiento de ese hecho se debe a algún medio oculto o esotérico, y no intentaré explicarlo. Un hombre recuerda su vida pasada; yo recuerdo *mis vidas* pasadas. Lo mismo que un individuo normal recuerda aquellas formas que fueron las suyas durante su infancia, su juventud y adolescencia, yo recuerdo las formas que fueron James Allison en las edades olvidadas. El por qué de esta memoria no sabría decirlo, lo mismo que tampoco puedo justificar la mirada de otros fenómenos de la naturaleza a los que diariamente nos vemos confrontados, yo y cualquier otro mortal. Pero ahora, tendido aquí, esperando la muerte que me liberará de la larga enfermedad que padezco, contemplo con la mirada clara y limpia el inmenso panorama de las vidas que se han sucedido para llegar hasta mí. Veo los hombres que fueron yo, y veo las bestias que vivieron en mí.

Mi memoria, remontándose al filo de los siglos, no se detiene con la aparición del Hombre. ¿Cómo podría ser así si el animal se confunde tanto con el hombre que no existe una línea de división claramente trazada, algo que marque los límites de la bestialidad? En este preciso instante diviso un paisaje crepuscular, oscuro, entre los árboles gigantescos de un bosque primitivo en el que el hombre nunca ha pisado con sus pies recubiertos de cuero. Veo una masa enorme, erizada de pelo, de andar pesado y renqueante... avanza cansina y torpemente, aunque con rapidez, a veces <sup>er</sup>guida, a veces a cuatro patas. El ser busca gusanos e insectos, rascando bajo los troncos podridos; sus pequeñas orejas se agitan continuamente. Levanta la cabeza y revela unos colmillos amarillentos. Es primitivo, bestial, antropoi-

de. Y, sin embargo, reconozco su parentesco con la entidad que ahora se llama James Allison. ¿Parentesco? Digamos más bien unidad. Yo soy él, él es yo. Mi carne es sensible, blanca, desprovista de pelo; la suya oscura, dura, hirsuta. Y, pese a todo, hemos sido uno, y su cerebro embrionario, poblado por las sombras, comienza a agitarse y a verse dominado por pensamientos de hombre, groseros, caóticos, fugitivos. Y, no obstante, ellos son el fundamento de todas las grandes y orgullosas visiones que los hombres han tenido en todas las épocas que se han sucedido desde entonces.

Mi conocimiento no se detiene ahí. Se remonta todavía más lejos, muy lejos, ofreciéndome perspectivas olvidadas hacia las que no me atrevo a volverme, abismos demasiado sombríos y demasiado terribles como para que el espíritu humano pueda sondearlos. Sin embargo, incluso allí, tengo conciencia de mi identidad, de mi individualidad. Les aseguro que el individuo nunca se pierde, ni en el pozo negro del que un día salimos arrastrándonos, berreando, ciegos y repudiados, ni en el eventual Nirvana al que algún día accederemos... y que he podido ver, a lo lejos, centelleando como un lago azulado en el crepúsculo, entre las montañas estelares.

Pero ya basta. Les hablaré de Hunwulf. ¡Oh, pasó hace tanto tiempo, tantísimo tiempo! Hace cuánto exactamente, no me atrevo a decirlo. ¿Debería buscar pobres comparaciones humanas para describir las descripciones indescriptibles e incomprensiblemente lejanas? Desde aquella era, la Tierra ha cambiado de aspecto no una vez, sino una docena de veces. Ciclos completos de la especie humana han cumplido sus destinos.

He sido Hunwulf, uno de los hijos de los Aesir de rubios cabellos quienes, desde las heladas llanuras de la helada Asgard, enviaron a sus tribus de ojos azules por el mundo, en migraciones seculares, para dejar la marca de su paso en muchos extraños lugares. Nací durante una de las migraciones hacia el sur. Nunca contemplé la tierra de mis ancestros, allí donde la mayoría de los pueblos nórdicos vive todavía en tiendas de piel de caballo, entre las nieves.

Crecí hasta la edad adulta durante aquella larga carrera vagabunda, en una edad cruel, vigorosa e indómita en que los Aesir no reconocían a dios alguno salvo a Ymir, el gigante de la barba helada por la escarcha, y cuyas hachas estaban tachonadas por la sangre de numerosas naciones. Mis músculos parecían cuerdas de acero trenzado. Mis cabellos rubios caían sobre mis poderosos hombros como la melena de un león. Ceñíame los riñones con una piel de leopardo. Podía manejar la pesada hacha de punta de sílex con cualquiera de mis manos.

Año tras año mi tribu se encaminaba hacia el sur, describiendo a veces inmensos arcos hacia el este o el oeste, afincándose a veces durante meses o años en valles o fértiles llanuras, en lugares donde pululaban animales comedores de hierba. Pero siempre descendía hacia el sur, lenta e inexorablemente. A veces, nuestra ruta nos conducía a través de vastas soledades inanimadas en las que nunca había retumbado un grito humano. A veces, extraños pueblos primitivos se oponían a nuestro avance. Nuestro rastro pasaba entonces por encima de las cenizas anegadas en sangre de las aldeas destruidas. Durante aquel viaje errático, durante aquellas cacerías y matanzas, llegué a la edad adulta y amé a Gudrún.

¿Qué puedo decir de Gudrún? ¿Cómo describir los colores a un ciego? Sólo puedo decir que su piel era más blanca que la leche, que sus cabellos eran de oro fundido cuando el brillo del sol jugueteaba entre sus bucles, que la ligera belleza de su cuerpo habría hecho avergonzarse el sueño que modeló a las diosas griegas. Pero soy incapaz de hacerles comprender el fuego y la maravilla que albergaba Gudrún. No se pueden establecer comparaciones; sus cánones de la mujer reflejan solamente a las mujeres de una época. Pero, junto a ella, serían como simples bujías intentando rivalizar con el resplandor de la luna llena. No, en milenios, ninguna mujer se ha asemejado a Gudrún. Cleo-Patra, Tais, Helena de Troya, todas fueron pálidos reflejos de su belleza, pobres imitaciones de la rosa que floreció en todo su esplendor solamente en el origen del tiempo.

Por Gudrún abandoné mi pueblo y mi tribu. Partí hacia las tierras desoladas, exilado y fuera de la ley, con sangre manchándome las manos. Ella era de mi raza, pero no de mi tribu: una niña perdida a la que habíamos encontrado, errando solitaria por un bosque sombrío, extraviada por algún pueblo errante de nuestra propia sangre. Creció en el seno de la tribu. Cuando alcanzó la madurez de su gloriosa y joven femineidad fue entregada a Heimdull, el Poderoso, el más grande de todos los cazadores de la tribu.

Pero el sueño de Gudrún era una locura que me devoraba el alma, un fuego que ardía en mi interior eternamente. Por ella maté a Heimdull, aplastando su cráneo con mi hacha de sílex antes de que pudiera llevarla a su choza de piel de caballo. Y luego comenzó nuestra larga huida para escapar de la venganza de mi tribu. Gudrún me siguió con alegría, pues me amaba con ese amor de las mujeres Aesir que es como una llama devoradora que destruye la debilidad. Oh, era un tiempo salvaje, la vida era cruel y sanguinaria, y los débiles morían rápidamente. No había en nosotros nada suave o dulce. Nuestras pasiones eran las de la tempestad, el asalto y el choque de la batalla, la del desafío del león. Nuestros amores eran tan terribles como nuestros odios.

Y de aquel modo me llevé a Gudrún lejos de la tribu y los asesinos nos siguieron la pista muy de cerca. Durante una noche y un día nos siguieron los pasos hasta que, a nado, atravesamos un río desbordado, un torrente bramador y espumeante que incluso los hombres de Asgard no se atrevieron a franquear. Pero en la locura de nuestro amor y nuestro descuido, nos lanzamos al agua y nadamos, golpeados y zarandeados por el furor de las olas. Y llegamos a la otra orilla sanos y salvos.

Después de aquello, durante numerosos días, atravesamos los bosques de las regiones del altiplano, guaridas de tigres y leopardos, y llegamos, por fin, a una gran cadena montañosa. Los azules contrafuertes se recortaban contra el cielo de un modo terrible y las pendientes se sucedían a las pendientes.

En aquellas montañas fuimos atormentados por los vientos helados y por el hambre, atacados por cóndores que se abatían sobre nosotros entre el fragor de sus alas gigantescas. En el transcurso de siniestras batallas en los desfiladeros agoté todas las flechas y quebré la lanza de punta de sílex. Pero franqueamos finalmente el lúgubre espinazo de la cordillera y, descendiendo por las laderas septentrionales, llegamos a la vista de una aldea hecha de cabañas de tierra entre los acantilados. Aquella aldea estaba habitada por gentes pacíficas de piel morena que hablaban una lengua desconocida y practicaban extrañas costumbres. Pero nos recibieron con el signo de la paz y nos llevaron a su poblado. Colocaron ante nosotros carne, pan de cebada y leche fermentada, se acuclillaron formando un círculo a nuestro alrededor al tiempo que comíamos, mientras una mujer golpeaba levemente sobre un tambor con forma de cuenco para honrarnos.

Habíamos llegado a la aldea en el crepúsculo. La noche cayó durante los festejos. Por todas partes se alzaban acantilados y picos, como masas imponentes recortándose contra las estrellas. El pequeño grupo de chozas terrosas y las minúsculas hogueras se perdían en la inmensidad de la noche. Gudrún sintió la soledad y la desolación agobiante de las tinieblas. Se apretó contra mí, apoyándose el hombro en el pecho. Pero mi hacha estaba al alcance de la mano, y yo mismo no había sentido ningún atisbo de miedo.

El pequeño pueblo de piel ocre se acurrucaba ante nosotros. Hombres y mujeres intentaban hablarnos, haciendo gestos con sus manos menudas. Por haber habitado siempre en el mismo lugar, dentro de una seguridad relativa, estaban desprovistos de la intransigente ferocidad de los nómadas Aesir. Sus manos revoloteaban con gestos amistosos a la luz del fuego.

Les hice comprender que habíamos llegado del norte, que habíamos atravesado el espinazo de la gran cadena montañosa y que, al día siguiente por la mañana, teníamos la

intención de descender hacia las verdeantes llanuras que habíamos visto más al sur desde las cimas. Cuando com-

prendieron mi intención empezaron a gritar mientras sacudían la cabeza violentamente y golpeaban como locos en el tambor. Estaban tan ansiosos por comunicarme algo que me confundían en vez de iluminarme. Finalmente, consiguieron hacerme comprender que no querían que abandonase las montañas. Al sur de la aldea había un peligro que acechaba. Pero no pude saber si se trataba de un hombre o de un animal.

Cuando todos ellos gesticulaban y mi atención estaba puesta en su mímica, el golpe cayó. Advertí en primer lugar un súbito trueno de alas batiendo en mis oídos. Luego, una forma sombría surgió de la noche y algo me golpeó en la cabeza al tiempo que me daba la vuelta. Caí, medio inconsciente. ¡En aquel instante escuché a Gudrún lanzando un aullido mientras era arrebatada de mi lado! Levantándome de un salto, temblando por el furioso deseo de desgarrar y masacrar, vi una forma oscura que desaparecía nuevamente en las tinieblas, con una forma blanca que gritaba y se debatía prisionera entre sus garras.

Aullando de dolor y rabia empuñé el hacha y cargué contra las tinieblas... Me detuve bruscamente, huraño y desesperado, sin saber en qué dirección ir.

El pueblecillo moreno se había esparcido por doquier, gritando y proyectando chispas en todas direcciones al atrepellar las hogueras en su ansia por volver a sus cabanas. Pero de nuevo volvían a salir, arrastrándose temerosos y gimoteantes como perros heridos. Se reunieron a mi alrededor y me agarraron con manos tímidas, parloteando en su idioma. Maldije mi impotencia, enfermo de rabia, sabiendo que querían decirme algo que yo no conseguía comprender.

Por fin, les dejé que me condujeran hasta la hoguera. El más anciano de la tribu trajo una cinta de cuero ahumado, un pote de arcilla con materiales colorantes y un bastón. Sobre el cuero, pintó la silueta de una criatura alada llevándose a una mujer blanca. Oh, era muy grosero, pero comprendí el significado. Acto seguido, todos me señalaron hacia el sur y empezaron a gritar ruidosamente en su propia lengua. Comprendí que la amenaza contra la que me

habían prevenido era la del ser que se había llevado a Gu-drún. Hasta aquel momento yo había creído que había sido arrebatada por los aires por uno de los cóndores de las montañas. Pero el dibujo ejecutado por el anciano con la negra pintura era, más que nada, el de un hombre alado.

Lenta y laboriosamente empezó a trazar algo que por fin reconocí. Era un mapa... sí, incluso en aquella época oscura teníamos mapas, primitivos, cierto, pero que un hombre moderno hubiera sido incapaz de interpretarlos, a causa de la diferencia de nuestro simbolismo.

Aquello nos llevó mucho tiempo, y se hizo la medianoche antes de que el viejo hubiera terminado y yo comprendido sus dibujos. Pero finalmente, todo quedó completamente claro. Si seguía el camino trazado en el mapa, descendiendo el largo y estrecho valle en que se alzaba la aldea, atravesando una llanura y siguiendo después una sucesión de desgarradas pendientes, llegaría al lugar en donde moraba el ser que había robado a mi compañera. En aquel lugar, el viejo dibujó lo que parecía ser una cabana deforme, con

numerosos signos extraños a su alrededor, trazados con la ayuda de pigmentos rojos. Los dibujaba con el dedo, y luego me señalaba a mí, sacudía la cabeza y lanzaba gritos sonoros que parecían indicar un gran peligro para aquellos seres.

Más tarde intentaron persuadirme de que no fuera, pero, en mi ardor, tomé la cinta de cuero y el saco de comida que me habían puesto a la fuerza entre las manos (¡realmente era un pueblo muy extraño para aquella época!), recogí el hacha y me dirigí hacia las tinieblas sin luna. Mis ojos eran más penetrantes de lo que puede concebir una mentalidad moderna, y mi sentido de la orientación era el de un lobo. Una vez grabado el mapa en mi cerebro, habría podido tirarlo y dirigirme infaliblemente hacia el lugar que buscaba. Sin embargo, lo plegué y me lo guardé en el cinturón.

Caminé tan rápido como pude bajo la claridad de las estrellas, sin preocuparme de las bestias feroces que, quizá, buscaban una presa... osos de las cavernas o tigres de dientes de sable. A veces, escuchaba cómo la arenilla se deslizaba bajo patas furtivas. Por un instante, entreveía unos ojos feroces y amarillos ardiendo en las tinieblas y percibía formas que, en medio de la oscuridad, huían cuando me acercaba. Pero proseguí intrépidamente mi carrera, con un humor tan desesperado que no era capaz de cederle el paso a ningún animal, ¡por terrible que fuera!

Atravesé el valle, escalé una cresta montañosa y llegué a una amplia meseta, cuajada de zanjas y alfombrada de rocas. La franqué y, en las tinieblas que preceden el alba, empecé a descender por las laderas llenas de asechanzas. Parecían no terminar nunca, y desaparecían a mis pies como una larga línea escarpada e inclinada que se perdía en la oscuridad. Pero continué con mi temerario descenso, sin detenerme ni para desatar la cuerda de cuero que llevaba enrollada alrededor de los hombros. Confiaba en mi suerte y mi destreza para llegar a la base de la montaña sin romperme el cuello.

Y, justo cuando la aurora lamía con su blanca luz las cimas, llegué a un amplio valle rodeado de acantilados prodigiosos. En aquel lugar en que me hallaba, el valle se extendía al este y al oeste. Los acantilados convergían en su extremo inferior, dándole el aspecto de un gran abanico que se estrechase rápidamente hacia el sur.

El suelo era uniforme, atravesado por un curso de agua sinuoso. Algunos árboles se elevaban en él, aislados. No había rastros, pero sí un tapiz de altas hierbas que, en aquella época del año, estaban particularmente secas. A lo largo del curso de agua crecía una vegetación exuberante y, por aquí o por allá, deambulaban unos mamuts, verdaderas montañas de carne y músculos llenas de pelo.

Me quedé a buena distancia, pues aquellos gigantes eran demasiado poderosos para que me enfrentase a ellos. Confiaban en su poder, y sólo temían una cosa en el mundo. Orientaban hacia mí sus grandes orejas y levantaban las trompas con aire amenazador si me acercaba a ellos más de lo imprescindible, pero no me atacaron. Corrí rápidamente entre los árboles. Cuando llegué al lugar donde convergían

los acantilados el sol aún no se había levantado por encima de las murallas del este, cuyas crestas destacaban con una llamarada dorada. El descenso por las montañosas laderas, pese a que me había llevado toda la noche, no había afectado mis músculos de acero. No

sentía ninguna fatiga; el furor me devoraba aún con el mismo ardor. No podía saber lo que se hallaba más allá de los acantilados; no hice hipótesis. Mi cerebro sólo dejaba penetrar la negra cólera y el ansia por masacrar.

Los desfiladeros no formaban un muro compacto. Aquello quería decir que los extremos de las paredes rocosas no se unían completamente, y que dejaban una ranura o una brecha, de cien pies de ancha. La corriente de agua la atravesaba y los árboles crecían robustos junto a ella. Crucé la brecha, tan ancha como larga, y desemboqué en un segundo valle, o, más bien, en la continuación del primero que se ampliaba nuevamente más allá del pasaje.

Las paredes rocosas se alejaban en una curva pronunciada hacia el este y el oeste, para formar una muralla gigantesca que rodeaba el valle completamente, describiendo un vasto óvalo. Formaban un reborde azulado alrededor del valle, sin brecha alguna, con la excepción de un pedazo de cielo claro que parecía indicar otra abertura en el extremo septentrional. El valle interior tenía la forma de una botella con dos bocas.

El gollete por el que había penetrado estaba lleno de árboles que crecían numerosos en varios cientos de metros. Luego daban paso bruscamente a un campo de flores carmesíes. A varios cientos de metros más allá del lindero de los árboles, pude ver un extraño edificio.

Debo hablar de lo que veía no sólo como Hunwulf, sino también como James Allison. Hunwulf no comprendía nada más que muy vagamente las cosas que veía, y, como Hunwulf, no sería capaz de describirlas. Yo, en mi vida como Hunwulf, lo ignoraba todo sobre la arquitectura. Las únicas moradas construidas por la mano del hombre que yo hubiera visto eran las tiendas de cuero de caballo de mi Pueblo y las chozas de tierra con techumbre de paja del

pueblo devorador de cebada... y otros pueblos igual de primitivos.

Así que, como Hunwulf, sólo podría decir que contemplaba una gran choza, cuya construcción sobrepasaba mi entendimiento. Pero yo, James Allison, sé que era una torre, de unos sesenta pies de altura, construida con una curiosa piedra verde, extremadamente pulida, y revestida de una sustancia que daba la impresión de semitransparencia. Era cilíndrica y, por lo que podía ver, desprovista de puertas y ventanas. El cuerpo principal de la construcción puede que tuviese setenta pies de altura. En su centro se elevaba una torre más pequeña que remataba el conjunto. Aquella torre, con una circunferencia apenas más pequeña que el cuerpo principal del edificio, estaba rodeada por una especie de galería con un parapeto almenado. Tenía dos puertas curiosamente abovedadas y ventanas enrejadas con sólidos barrotes, como pude darme cuenta incluso desde el lugar donde me encontraba.

Aquello era todo. No había ningún signo de presencia humana. Ningún signo de vida en el valle. Pero resultaba evidente que aquel castillo era lo que el viejo de la montaña se había esforzado en dibujar. Y estaba seguro de poder encontrar a Gudrún en su interior... si es que vivía aún.

Más allá de la torre pude contemplar la débil claridad de un lago azulado en el que se precipitaba la corriente de agua, siguiendo la curvatura de los muros occidentales. Disimulado entre los árboles, examiné la torre y las flores que la rodeaban por todas



partes. Crecían con exuberancia a lo largo de los muros y se extendían a lo largo de cientos de metros en todas direcciones. Volvía a haber árboles al otro extremo del valle, cerca del lago, pero ninguno crecía entre las flores.

Aquellas flores no se parecían a ninguna planta que hubiera visto hasta entonces. Crecían muy cerca unas de otras. Tenían unos cuatro pies de altura, con una sola flor en cada tallo... una flor más grande que la cabeza de un hombre, con largos pétalos pulposos, muy cerca unas de otras. Aquellos pétalos, de un color rojo carmesí, parecían

heridas abiertas. Los tallos eran tan gruesos como el puño de un hombre, incoloros, casi transparentes. Las hojas de un verde venenoso tenían la forma de puntas de lanza, marchitándose en largas colas serpentina. Su aspecto era repugnante, y me pregunté lo que camuflaría su densidad.

Todos mis instintos, desarrollados por una vida salvaje, estaban fuertemente excitados. Sentía un peligro oculto, exactamente igual al que habría sentido ante un león emboscado, antes incluso de que mis sentidos lo percibieran. Estudié de cerca las compactas hojas, preguntándome si ocultarían alguna serpiente inmensa. Mis narices se dilataron al buscar un olor, pero el viento no soplaba en mi dirección. Sin embargo, había algo anormal en aquel inmenso jardín. Aunque el viento del norte lo atravesaba, ninguna flor se movía, ninguna hoja se agitaba. Permanecían inmóviles y sombrías, como aves de presa de lánguidas cabezas. Tuve la extraña sensación de que me observaban como criaturas vivientes.

Hubiera podido decirse que era el paisaje visto en un sueño. A ambos lados, los acantilados azules se elevaban hacia un cielo desprovisto de nubes. A lo lejos, el lago se sumía en una tranquilidad dormida y la torre, de un verde fantástico, se alzaba en medio de aquel campo de un color rojo lívido.

Y había otra cosa... Aunque el viento soplase en dirección contraria, sentía manar de las flores un olor, una exhalación de cubil... de muerte, podredumbre y corrupción.

Me agazapé bruscamente, permaneciendo a cubierto. Había vida en el castillo. Una silueta emergió de la torre. Se acercó al parapeto, se inclinó por encima y miró hacia el valle. Era un hombre, pero un hombre como nunca había soñado, ¡ni siquiera en una pesadilla!

Era alto y robusto. Su piel era negra, con la tintura del ébano pulido. Pero los rasgos que hacían de él una pesadilla humana eran las alas de murciélago que sobresalían por encima de sus hombros aun estando plegadas. Sabía que sus alas eran auténticas: aquel hecho resultaba evidente e indiscutible.

Yo, James Allison, he meditado largamente sobre aquel fenómeno del que fui testigo con los ojos de Hunwulf. Aquel hombre alado, ¿era solamente un monstruo, un ejemplo de una aberración de la naturaleza viviendo en una soledad y desolación inmemoriales? ¿O bien era el superviviente de una raza olvidada que había aparecido, reinado y extinguido antes de la llegada del hombre tal y como nosotros lo conocemos? Quizá el pueblo moreno de las colinas habría podido responder a aquellas preguntas, pero carecíamos de un lenguaje común. Sin embargo, me inclino por esta última hipótesis. Los hombres alados se encuentran muy frecuentemente en la mitología; se les halla en las leyendas populares de

numerosas naciones y numerosas razas. Tan lejos como el hombre puede remontarse en el pasado gracias a los mitos, crónicas y leyendas, encuentra siempre historias de arpías y dioses alados, de ángeles y demonios. Las leyendas son los reflejos deformados de realidades preexistentes. Estoy persuadido de que en otros tiempos hubo una raza de hombres alados de piel oscura que reinó en el mundo preadánico y de que yo, Hunwulf, encontré al último superviviente de aquella raza en el valle de las flores rojas.

Estos pensamientos los formulo como James Allison, con mi saber moderno que es tan imponderable como mi ignorancia moderna.

Yo, Hunwulf, no me daba a tales especulaciones. El escepticismo moderno no formaba parte de mi naturaleza, y no pretendía racionalizar lo que parecía no coincidir con un universo natural. No reconocía ningún dios, excepto Ymir y sus hijas, pero no ponía en duda la existencia —como demonios— de otras deidades, veneradas por otras razas. Seres sobrenaturales de toda especie estaban en pleno acuerdo con mi concepto de la vida y del universo. Creía tanto en la existencia de dragones, espíritus y diablos como en la de leones, búfalos y elefantes. Aceptaba aquella aberración de la naturaleza como un demonio sobrenatural, y no me preocupaba en lo más mínimo ni por sus orígenes ni por su procedencia. Tampoco me sentía dominado por un

pánico provocado por un terror supersticioso. Yo era un hijo de Asgard que no temía ni a hombres ni a demonios, y confiaba más en la fuerza demoledora de mi hacha de sílex que en las plegarias de los sacerdotes y los encantamientos de los brujos.

Pero no me lancé inmediatamente a la descubierta para ir al asalto de la torre. La prudencia instintiva de la vida salvaje era mía, y no veía ningún medio de escalar los muros del castillo. El hombre alado no necesitaba puertas, pues entraba, por todas las evidencias, por arriba, y la superficie lisa de los muros parecía desafiar al escalador más avezado. Pero pronto se me presentó un medio para acceder a lo alto de la torre. Dudaba, esperando a ver si otros seres alados se presentaban ante mí, aunque tuviese el sentimiento inexplicable de que aquel era el único de su especie en todo el valle... quizá en todo el mundo. Mientras me mantenía al acecho, oculto entre los árboles, observando, le vi apartar los codos del parapeto y estirarse con la ligereza de un enorme felino. Luego atravesó la galería circular y penetró en la torre. Un grito sordo retumbó en el aire y me tensé, aunque descubrí que no era el grito de una mujer. No tardó en aparecer el sombrío dueño del castillo, arrastrando tras él una silueta más pequeña... una forma que se retorció, se debatía y lanzaba lastimeros gritos. Vi que se trataba de un hombrecillo moreno, muy parecido a los habitantes de la aldea de la montaña, capturado, no tenía dudas, del mismo modo que lo había sido Gudrún.

Mantenido entre los brazos de su gigantesco adversario, parecía un niño. El hombre negro desplegó las inmensas alas y echó a volar desde el parapeto, llevado a su cautivo como un cóndor que llevase un corderillo. Planeó por encima del campo de flores y yo me agazapé en un refugio de hojarasca, mirando estupefacto el extraño espectáculo.

El hombre alado, planeando en lo alto del cielo, lanzó un grito raro y fantástico. Fue respondido de un modo terrible. El estremecimiento de una vida horrible recorrió el campo encarnado que se extendía bajo él. Las grandes flores rojas temblaron, se abrieron, desplegaron los pétalos

carnosos, parecidos a bocas de serpientes. Los tallos parecieron distenderse y alzarse hacia el cielo con impaciencia. Las largas hojas se levantaron y estremecieron, produciendo un sonido curiosamente funesto, como un serpentín de campanas. Un ligero silbido capaz de poner la carne de gallina retumbó por todo el valle. Las flores suspiraban, tendiéndose hacia lo alto. Con una risa diabólica, el hombre alado dejó caer a su cautivo, que seguía debatiéndose vanamente.

Con el aullido de un alma condenada, el hombre moreno cayó rápidamente, aplastándose entre las flores. Las plantas se lanzaron sobre él con un estremecido silbido. Sus tallos espesos y flexibles se curvaron, como cuellos de serpientes, y sus pétalos se cerraron sobre la carne. Un centenar de flores se asieron a él como los tentáculos de algún gigantesco pulpo, sofocándole y machacándole. Sus gritos agónicos llegaron hasta mi, ensordecidos; estaba completamente cubierto por las flores que se abatían silbando sobre él. Las que se encontraban lejos de su alcance se agitaban y retorcían furiosamente como si quisieran arrancar sus propias raíces en su deseo por reunirse con sus congéneres. En toda la pradera las grandes flores rojas se inclinaban y retorcían hacia el lugar donde la siniestra batalla se desarrollaba. Los gritos disminuyeron y fueron siendo cada vez más débiles hasta desaparecer. Un terrible silencio reinó en todo el valle. El hombre negro volvió a la torre con un vuelo apacible y desapareció en su interior.

Poco después, las flores se fueron apartando una tras otra de su víctima que quedó tendida, blanca e inmóvil. Sí, su palidez era peor que la de la muerte. Se habría dicho que era una estatua de cera, una efigie de mirada quieta, a la que toda gota de sangre le hubiera sido absorbida. Y una sorprendente transformación era visible en las flores que había en las proximidades del cuerpo. Los tallos ya no eran incoloros; estaban hinchados y teñidos de un rojo sombrío, como bambúes transparentes, estallando de sangre fresca.

Impulsado por una curiosidad insaciable, abandoné furtivamente mi refugio entre los árboles y me deslicé has-

ta las mismas lindes del campo encarnado. Las flores silbaron y se inclinaron hacia mí, dilatando los pétalos como el capuchón de una cobra excitada. Elegí una flor alejada de las demás, corté el tallo de un hachazo y la criatura se derrumbó por el suelo, retorciéndose como una decapitada serpiente.

Cuando sus movimientos cesaron, me incliné sorprendido sobre ella. El tallo no era hueco como había supuesto... es decir, hueco como un bambú seco. Estaba atravesado por una red de venas, parecidas a filamentos; algunos estaban vacíos, otros exudaban una savia incolora. Las colas que unían las hojas al tallo eran notablemente tenaces y ligeras. Las propias hojas estaban bordeadas de espinas curvadas, como si fueran acerados colmillos.

Cuando aquellas espinas se hundían en la carne, la víctima se veía forzada a arrancar la planta entera, a partir de las raíces, si quería escapar.

El pétalo era tan ancho como mi mano y tan grueso como una porra armada con clavos. En el borde interno, cada uno de ellos estaba recubierto de innumerables y minúsculas bocas, no más grandes que la cabeza de un alfiler. En el centro, en el lugar que debía haber ocupado el pistilo, había una punta arpada, cuya textura recordaba la de una espina, con estrechos canales que unían los cuatro bordes dentados.

Una vez terminadas mis investigaciones de aquella horrible parodia de vegetación, levanté súbitamente los ojos, justo a tiempo de ver reaparecer sobre el parapeto al hombre alado. No pareció sorprendido al verme. Gritó algo en una lengua desconocida e hizo un gesto burlón mientras yo me quedaba inmóvil como una estatua, asiendo fuertemente el hacha. No tardó en dar media vuelta y penetrar en el interior de la torre, como lo había hecho antes. Y, al igual que antes, volvió llevando a una cautiva. Mi furor y mi odio casi se sumergieron en el torrente de alegría que se desbordó en mi al ver que Gudrún estaba viva.

Pese a su fuerza ligera, que era la de las panteras, el hombre negro mantenía a Gudrún con la misma facilidad

con que había sujetado al hombrecillo moreno. Levantando su cuerpo blanco, que no dejaba de debatirse en el aire por encima de la cabeza del ser alado, me la mostró mientras lanzaba gritos sarcásticos. Los rubios cabellos de Gudrún caían sobre los blancos hombros, y se agitaba vanamente y me gritaba, dominada por un terror y un horror extremos. Raramente una mujer Aesir conoce un terror tan abyecto como el que se había apoderado de Gudrún. Medí el abismo de la diabólica conducta de su raptor por sus gritos desenfrenados.

Pero me quedé inmóvil. Si hubiera valido que para ayudarla hubiese tenido que hundirme en el interior de aquel pantano rojo como el infierno, aceptando ser apresado, traspasado y chupada toda mi sangre por aquellas flores diabólicas, lo hubiese hecho. Pero aquello no habría ayudado en nada. Mi muerte, solamente, la habría privado de su único defensor. Así que me quedé inmóvil mientras Gudrún se retorció y sollozaba, mientras las risotadas del hombre negro hacían desbocarse en mi cerebro las rojas oleadas de la demencia. En un momento, hizo un gesto como de arrojarla entre las flores. Mi control de acero estuvo a punto de ceder y de impulsarme en aquel mar rojizo e infernal. Pero sólo era un simulacro. No tardó en arrastrarla de nuevo a la torre y lanzarla a su interior. Luego volvió al parapeto, apoyando en él los codos y quedándose en aquella postura para observarme. Aparentemente, jugaba conmigo como un gato hace con un ratón antes de matarlo.

Sin embargo, con el hombre negro todavía acechándome, volví la espalda y me hundí en el interior del bosque. Yo, Hunwulf, no era un pensador, al menos no en el sentido que lo entienden los hombres modernos. Vivía en una época en la que las emociones se traducían por el golpe del hacha de sílex más que por los elaborados productos del intelecto. Y, pese a todo, yo no era el animal desprovisto de inteligencia que el hombre supone que debía ser. Poseía un cerebro humano, estimulado por la eterna lucha de la existencia y la supremacía.

Sabía que no podía franquear vivo la banda rojiza que rodeaba el castillo. Antes de que pudiera dar una docena de pasos, una multitud de puntas dentadas se habrían hundido en mi carne y sus bocas ávidas chuparían la sangre de mis venas para alimentar su apetito demoníaco. Incluso mi energía de tigre me sería inútil para intentar abrirme camino entre ellas.

El hombre alado no me siguió. Mirando por encima del hombro, le vi acodado solemnemente en la misma posición. Cuando sueño, como James Allison, los sueños de Hunwulf, esta imagen se encuentra como grabada en mi mente. Veo la silueta de gárgola,

con los codos plantados en el parapeto, como un meditabundo diablo medieval, agazapado sobre las almenadas murallas del Infierno.

Franqueé las gargantas del valle y penetré en el que había más allá, en el que los árboles se diseminaban y los mamuts seguían las corrientes de agua con su pesado deambular. Me detuve tras sobrepasar a la manada y, sacando dos piedras de sílex de la mochila, me agaché e hice saltar una chispa hacia la seca hierba. Yendo rápidamente de un sitio para otro, eligiéndolos cuidadosamente, encendí una docena de hogueras, dispuestas en un amplio semicírculo. El viento del norte las atizó, las hizo propagarse y las empujó ante él. En pocos instantes, una muralla de llamas avanzó con rapidez hacia el fondo del valle.

Los mamuts dejaron de comer, levantaron las grandes orejas y lanzaron barrites de alarma. No temían más que una cosa en el mundo: ¡el fuego! Empezaron a batirse en retirada hacia el sur, las hembras empujando a las crías ante ellas; los machos barritando tan fuerte como harán las trompetas en el Juicio Final. Con un gruñido de tormenta, el fuego extendiéndose acelerado, los mamuts huían ante la conflagración precipitadamente, en desorden. Era un terrible huracán de carne, un terrible temblor de tierra, huesos y músculos devastando y aplastándolo todo a su paso. Los árboles estallaban y caían ante ellos, el suelo temblaba bajo sus patas violentas. Tras ellos llegaba el rápido fuego. Y, justo detrás, iba yo, siguiendo las llamas tan de cerca que

la tierra humeante me quemaba las sandalias de piel ciervo.

Atravesaron el estrecho gollete con un gruñido retumbante, nivelando los espesos bosquecillos como una guadaña gigantesca. Los árboles eran arrancados y desarraigados; era como si un tornado se hubiera abismado por el pasadizo.

Con un trueno ensordecedor de sus patas machacando la tierra entre barrites, se desbocaron hacia el mar de flores rojas, como una devastadora tempestad. Las plantas demoníacas habrían hecho caer a un solo mamut aislado, pero, bajo el impacto de la manada entera, parecían flores ordinarias. Los mastodontes, enloquecidos por la furia, las aplastaron por completo, las patearon, las machacaron, las abatieron, las hicieron jirones, hundiéndolas en la tierra, que absorbió sus humores.

Temblé por un instante, temiendo que aquellos brutos continuaran su loca carrera hacia el castillo y que este fuera incapaz de soportar su asalto fatal. Evidentemente, el hombre alado compartía mis temores, pues se lanzó enérgicamente desde lo alto de la torre y voló rápido hacia el cielo, dirigiéndose hacia el lago. Pero uno de los machos se dio de cabeza contra la muralla, rebotó sobre la superficie uniforme, lisa y sin curvas, y embistió contra el que le seguía inmediatamente y el rebaño se dividió en dos. Sobrepasaron mugiendo la torre, rodeándola por los lados. Los mastodontes pasaron tan cerca de ella que sus flancos velludos se rasparon contra las murallas. Bajaron a lo largo del campo encarnado y se dirigieron en medio del estruendo de los truenos hacia el lejano lago.

El fuego alcanzó el lindero de los árboles y se apagó por sí solo. Los restos aplastados y atestados de savia de las plantas rojas no ardían. Los árboles, sin raíces o aún en pie, humeaban y crepitaban, devorados por las llamas. Ramas ardientes llovían a mi alrededor mientras me abalanzaba a través de los árboles. Luego corrí hacia el gigantesco guadañazo que la carga de la manada había producido en el lívido campo.

Mientras corría le grité a Gudrún, quien me respondió.

Su voz sonaba ensordecida y acompañada por un martilleo. El hombre alado la había encerrado en la torre.

Cuando llegué a la base de las murallas del castillo, pisoteando lo que quedaba de las flores rojas y los tallos serpentinos, desenrollé la cuerda de cuero en bruto, la hice girar y envié la lazada hacia arriba, apuntando a uno de los morlones del parapeto almenado. No tardé en trepar a pulso por ella, agarrándola entre los dedos de los pies, hiriéndome codos y dedos contra el luso muro mientras permanecía suspendido en el aire.

Estaba a menos de cinco pies del parapeto cuando fui galvanizado por un batir de alas cerca de mi cabeza. El hombre negro se abatió desde lo alto del cielo y se posó en la galería. Tuve una buena vista suya cuando se inclinó por encima del parapeto. Sus rasgos eran rectos y regulares; no había en él ninguna sugerencia de rasgos negroides. Sus ojos eran aberturas oblicuas y los dientes le brillaban con un salvaje rictus de odio triunfal. Durante mucho, muchísimo tiempo, había reinado en el valle de las flores rojas, cobrando un tributo de vidas humanas a los desgraciados pobladores de las colinas, llevándose por los aires víctimas inocentes para que sirvieran de alimento a sus flores carnívoras, aquellos medio animales que eran sus subditos y sus protegidos. En aquellos momentos, yo estaba en su poder;

mi encarnizamiento y audacia no habían servido de nada. Un único golpe de la curva daga que empuñaba me enviaría al pie de la muralla, cayendo hacia la muerte. En alguna parte, Gudrún, viendo en qué peligro me encontraba, lanzaba gritos de bestia salvaje. Luego, una puerta se rompió con un estrépito de paneles en explosión.

El hombre negro, dedicado a su demoníaco plan, apoyó el borde acerado de la hoja contra la cuerda de cuero... luego, por su espalda, un brazo blanco y vigoroso se cerró sobre su cuello y fue violentamente echado hacia atrás. Por encima de sus hombros pude ver la cara magnífica de Gudrún, sus hirsutos cabellos, sus ojos dilatados por el horror Y la rabia. El hombre negro se volvió con un rugido, luchando contra su presa. La arrancó de su cuello y la tiró

contra la torre con tal violencia que Gudrún quedó inmóvil, medio aturdida. Luego, se volvió hacia mí. Pero, en el mismo instante, yo terminaba de trepar ya hasta el parapeto y saltaba hacia la galería empuñando el hacha.

Dudó por unos instantes; medio desplegó las alas. Aún así la daga, preguntándose si debía batirse o huir por el aire. Por la talla, era un gigante, y sus músculos destacaban como surcos ribeteados por todo su cuerpo. Pero dudaba, tan inseguro como un hombre enfrentado a una bestia.

Yo no dudé. Con un rugido que me nació en el fondo de la garganta, salté hacia adelante y eché hacia atrás el hacha con toda mi fuerza de coloso. Con un grito estrangulado levantó los brazos. Pero el filo del hacha se hundió entre ellos silbando y le aplastó el cráneo, reduciéndolo a sangrientos fragmentos.

Me volví hacia Gudrún. Se arrodilló titubeante y, luego, me echó los brazos al cuello en un frenético abrazo de amor y miedo, abriendo los ojos de forma desorbitada y mirando el lugar en que yacía el alado señor del valle. La pulpa enrojecida que había sido su cabeza se bañaba en un océano de sangre y cerebro.

A menudo he deseado que fuera posible reunir las diversas vidas que han sido la mía en el interior de un único cuerpo, aliando las experiencias de Hunwulf con el saber de James Allison. Si hubiera podido ser así, Hunwulf habría franqueado la puerta de ébano que Gudrún había hecho saltar en pedazos con un sobresalto de desesperada energía. Habría penetrado en aquel salón fantástico que se atisbaba entre los dislocados paneles. Aquella habitación estaba atestada de muebles extraños y de anaqueles cubiertos de rollos de pergamino. Habría desplegado aquellos rollos y se habría inclinado sobre los caracteres hasta haberlos descifrado y, quizá, leído las crónicas de aquella raza extraña de la que acababa de matar a su último superviviente. Seguramente su historia era más rara que los sueños engendrados por el opio y tan maravillosa como la narración de aquella Atlántida que se tragaron los mares en tiempos remotos.

Pero Hunwulf no poseía tal curiosidad. Para él, la torre, la habitación de los muebles de ébano y los rollos de pergamino eran emanaciones de la brujería, cosas carentes de sentido e inexplicables, cuyo significado residía en su propio carácter diabólico. Aunque la solución del misterio se hallase al alcance de su mano, estaba tan inmensamente alejado de ella como de James Allison, que no debía nacer más que al filo de los milenios.

Para mí, como Hunwulf que era, el castillo no resultaba ser más que una trampa monstruosa. Sólo sentía por él una sola emoción y un solo deseo: abandonarlo lo antes posible.

Con Gudrún agarrándose a mí, me deslicé hasta el suelo, luego solté la cuerda con un hábil movimiento de torsión y la volví a enrollar. Nos alejamos, tomados de la mano, y seguimos el camino abierto por los mamuts que se perdían en la distancia. Nos dirigimos hacia el lago azulado en el extremo sur del valle y hacia la embocadura de los acantilados que se alzaban más allá.

## SONYA LA ROJA

—¿HAN SIDO ESOS PERROS convenientemente vestidos y cebados?

—Sí, Protector de los Creyentes.

—Pues que los traigan y que se arrastren ante la presencia.

Y fue de aquel modo como los embajadores, pálidos tras los muchos meses de prisión, fueron conducidos ante el trono de Solimán el Magnífico, sultán de Turquía, y el monarca más poderoso en un tiempo de monarcas poderosos. Bajo el gran domo púrpura de la sala real brillaba el trono ante el que temblaba el mundo entero... revestido de oro y con perlas incrustadas. La fortuna en gemas de un emperador adornaba el palio de seda del que colgaba una red de perlas brillantes rematada con un festón de esmeraldas. Aquellas joyas formaban como un halo de gloria por encima de la cabeza de Solimán. Sin embargo, el esplendor del trono palidecía ante la presencia de la centelleante silueta que en él se sentaba, ataviada de pedrerías y con un turbante cuajado de diamantes y rematado con una pluma de garza. Sus nueve visires se encontraban cerca del trono, en actitud humilde. Los soldados de la guardia imperial se alineaban ante el estrado... Solaks con armadura, plumas negras, blancas y escarlatas ondeando por encima de los dorados cascos.

Los embajadores de Austria se quedaron pasablemente impresionados... tanto más cuando habían tenido nueve largos meses para reflexionar en el siniestro Castillo de las Siete Torres que dominaba el Mármara. El jefe de los em-

bajadores se tragaba la cólera y disimulaba el rencor que sentía bajo una máscara de sumisión... una extraña capa reposaba en los hombros de Habordansky, general de Fernando, archiduque de Austria. Su cabeza, de duras facciones, parecía una incongruencia entre aquellos ropajes de seda brillante —un presente del despreciable sultán— que parecían más un disfraz, estirando el cuello mientras le llevaban ante el trono unos robustos jenízaros que le sujetaban firmemente por los brazos. Así se presentaban ante el sultán los enviados de los países extranjeros desde aquel lejano día en Kossova en que Milosh Kabilovitch, caballero de la mutilada Servia, matase a Murad el Conquistador con una daga oculta entre sus vestimentas.

El Gran Turco miró a Habordansky con poca consideración. Solimán era un hombre alto y delgado, de nariz fina y aguileña, de boca delgada y recta, cuya dureza apenas era ablandada por el colgante mostacho. La única semejanza con la debilidad residía en el cuello delgado y notablemente largo, pero aquella aparente debilidad era desmentida por las duras líneas de su cuerpo delgado y por el brillo de sus ojos negros.

Había en él algo más que un rescoldo de sangre tártara... un justo título, pues era tanto hijo de Selim el Cruel como de Hafsza Khatun, princesa de Crimea. Nacido para la púrpura, heredero de la mayor potencia militar del mundo, llevando el casco de la autoridad y envuelto en el manto del orgullo, no reconocía en nadie que estuviera por



debajo de los dioses a su par.

Bajo su mirada de águila, el viejo Habordansky agachó la cabeza para disimular la rabia feroz que le brillaba en la mirada. Nueve meses antes, el general había llegado a Estambul como representante de su señor, el archiduque, con propuestas de tregua y para poder disponer libremente de la corona de hierro de Hungría, arrancada de la cabeza del rey Luis, muerto en el sangrante campo de batalla de Mo-hacs, donde los ejércitos victoriosos del Gran Turco le habían abierto el camino que le conduciría directamente hacia Europa.

Otro embajador le había precedido... Jerónimo Lasczky, conde palatino de Polonia. Habordansky, con la brusquedad de su raza, había reclamado la corona de Hungría para su señor, provocando con ello las iras de Solimán. Lasczky había pedido de rodillas la misma corona, como un mendicante, para entregársela a sus compatriotas en Mohacs.

Lasczky había sido cubierto de honores, de oro y promesas de protección. A cambio, había tenido que dar tales prendas que atemorizaban su alma de ladrón... vendiendo a los subditos de su alianza para que fuesen convertidos en esclavos... abriendo la ruta al sultán a través de los territorios sometidos hasta conducirlo al mismísimo corazón de la Cristiandad.

Todo aquello había llegado a oídos de Habordansky, que espumeó de rabia en la prisión a que le había enviado la feroz cólera del sultán. En aquellos momentos. Solimán miraba con desdén al viejo y fiel general. Prescindió de la formalidad habitual de dirigirse a él por mediación de su Gran visir. Un turco de sangre real nunca habría reconocido que hablaba alguna de las lenguas francas, pero Habordansky entendía el turco. Las observaciones del sultán fueron breves y sin preámbulos.

—Informa a tu amo que ya estoy listo para visitar sus tierras, y que si no quiere encontrarse conmigo ni en Mo-hacs ni en Pest, yo mismo iré a buscarle a las murallas de Viena.

Habordansky se inclinó, sin responder, temiendo que su cólera explotase. Ante un gesto despectivo de la mano imperial, un oficial de la corte avanzó y le entregó al general una pequeña bolsa dorada con doscientos ducados. Cada miembro de su escolta, esperando pacientemente al otro lado de la sala, vigilados por las lanzas de los jenízaros, fue recompensado del mismo modo.

Habordansky murmuró una frase de agradecimiento;

sus manos nudosas se crispaban en el regalo con un inútil ^or. El sultán sonrió ligeramente, plenamente consciente de que el embajador le habría tirado de buena gana las monedas a la cara... si se hubiera atrevido. Levantó la mano a modo de despedida, pero se detuvo súbitamente al dirigir la mirada a los hombres que formaban el séquito del general... o, más exactamente, a uno de los hombres. Aquel hombre era mucho más alto que cualquier otro que hubiera en la sala. Robusto. Llevaba desgarradamente los ropajes turcos con que le habían disfrazado. El sultán hizo un gesto y le llevaron ante él, sólidamente sujeto por los soldados.

Solimán le consideró largamente. El traje turco y el voluminoso *khalat* no conseguían ocultar las duras marcas de su cuerpo firme y musculoso. Sus cabellos rojizos estaban

cortados casi al rape; el rubio bigote caído enmarcaba un mentón decidido. Los ojos azules parecían extrañamente velados; era como si aquel hombre se hubiera dormido en pie, con los ojos abiertos.

—¿Hablas turco? —preguntó el sultán.

Solimán le hacía a aquel hombre el sorprendente honor de dirigirse directamente a él. A pesar de toda la pompa de la corte otomana, el sultán aún conservaba algo de la naturalidad de sus ancestros tártaros.

—Sí, Su Majestad —respondió el franco.

—¿Quién eres?

—Me llamo Gottfried von Kaimbach.

Solimán frunció el ceño. Inconscientemente, sus dedos llegaron hasta su hombro donde, bajo la túnica de seda, pudo notar los labios de una vieja herida.

—Nunca olvido una cara. He visto la tuya antes de ahora... en circunstancias tales que se ha grabado en mi memoria. Sin embargo, no consigo recordar cuáles fueron aquellas circunstancias.

— Estuve en Rodas —respondió el germano.

—Hubo muchos hombres en Rodas —respondió secamente Solimán.

—En efecto —admitió von Kaimbach tranquilamente—. De L'Isle Adam estuvo allí.

Solimán se tensó y sus ojos brillaron al oír el nombre del Gran Maestro de los Caballeros de San Juan, cuya encarnizada defensa de la ciudad de Rodas le había costado

al turco sesenta mil hombres. Decidió, no obstante, que aquel franco no parecía lo bastante sutil como para que su observación implicase alguna pérfida burla. Despidió a los embajadores con un gesto de la mano.

Empujados por los guardias, se alejaron de la Presencia, refulando, y el incidente concluyó. Los francos dejarían Estambul celosamente guardados y conducidos hasta la más próxima frontera del Imperio. La advertencia del turco no tardaría en llegar hasta el archiduque y, haciendo buen caso de ella, los ejércitos de la Puerta Sublime se pondrían en marcha.

Los oficiales de Solimán sabían que el Gran Turco no se contentaría con poner a Zapoia, aquel patán, en el conquistado trono de Hungría. Las ambiciones de Solimán abarcaban toda Europa... todo aquel Frankistán testarudo que, durante siglos, no había hecho otra cosa que enviar hacia Oriente hordas que cantaban y saqueaban. Los pueblos de Oriente, de naturaleza inconstante y fantasiosa, habían parecido varias veces maduros para la conquista musulmana, y si bien nunca habían logrado la victoria, tampoco habían sido conquistados.

El mismo día en que los embajadores austríacos dejaron Estambul, Solimán, meditando sobre su trono, levantó la cabeza de finas facciones y le hizo a su Gran visir un gesto con la mano. El visir se acercó confiado. El Gran visir siempre estaba seguro de la aprobación de su señor. ¿Acaso no era su compañero en la bebida y amigo de la infancia del sultán?

Ibrahim sólo tenía un rival que le disputara el favor de su amo... la joven rusa de cabellos rojizos, Khurrem la Alegre, la misma que toda Europa conocía como Roxelana. Los mercaderes de esclavos la habían arrebatado de casa de su padre, en Rogatino, y había conseguido convertirse en la favorita del 1-serrallo del sultán.

—Acabo de acordarme de dónde he visto a ese infiel —dijo Solimán—. ¿Te acuerdas de la primera carga de los Jinetes en Mohacs?

Ibrahim tembló ligeramente ante aquella mención.

—Oh, Protector de los Creyentes, ¿cómo podría olvidar el día en que un infiel vertió la divina sangre de mi amo?

—Pues recordarás que treinta y dos caballeros, los paladines de los nazarenos, cargaron impetuosamente contra nosotros, aceptando cada uno de ellos el tener que dar su vida para acabar con mi noble persona. ¡Por Alá, cargaron como hombres que fueran a su boda! Sus potentes destreiros y sus largas lanzas derribaban y atravesaban a cuantos querían frenarles; sus armaduras desbarataban el más fino acero. Pero cayeron cuando retumbaron los fusiles de pedernal. Sólo quedaron tres a caballo... el caballero Marczali y dos compañeros de armas. Aquellos paladines segaron a mis solaks como si fueran trigo maduro... pero Marczali y uno de sus compañeros cayeron... casi a mis plantas.

Solimán siguió hablando.

—Pero aún quedaba un jinete. El casco de visera se había caído de sobre su rostro y la sangre chorreaba por todas las juntas de su armadura. Lanzó su caballo recto hacia mí, haciendo girar la espada con las dos manos. ¡Juro por la barba del Profeta que la muerte estuvo tan cerca de mí que pude sentir en la nuca el ardiente aliento de Azrael! Su espada centelleó como un rayo y se abatió sobre mi casco... el golpe medio me aturdió y empecé a sangrar por la nariz... Pero desvió el golpe y la espada me hendió la coraza en el hombro y me hizo esta herida que hoy todavía, cuando llegan las lluvias, me sigue molestando. Los jenízaros que le rodeaban por todos lados cortaron los corvejones de su caballo y cayó a tierra al tiempo que el animal. Los solaks que habían sobrevivido me apartaron de la batalla. Entonces apareció el ejército húngaro. No pude ver lo que le ocurrió a aquel caballero. Pero hoy he podido volver a verle.

Ibrahim se sobresaltó y dejó escapar una exclamación de incredulidad.

—No, no puedo equivocarme... reconocí sus ojos azules. Cómo lo hizo, lo ignoro, pero sé que ese germano, Gottfried von Kaimbach, es el mismo caballero que me hirió en Mohacs.

—Pero, Defensor de la Fe —protestó Ibrahim—, las cabezas de todos aquellos caballeros fueron empaladas ante tu real tienda.

—Y las conté y nada dije entonces para evitar que los hombres pensasen que debía hacer caer sobre ti mi cólera —respondió Solimán—. Había solamente treinta y una cabezas. La mayoría estaban tan mutiladas que apenas podía ver sus rasgos. Pero, de un modo u otro, ese infiel que fue capaz de herirme escapó de la matanza. Me gustan los hombres valientes, pero mi sangre no es lo suficientemente vulgar como para un infiel pueda verterla con toda impunidad para que la chupen los perros. Ocupate de ello.

Ibrahim se inclinó respetuosamente y se retiró. Atravesó largos corredores y entró en una habitación embaldosada de azul; las ventanas, de arcadas de oro, daban a espaciosa galerías ensombrecidas por plataneros y cipreses, refrescadas por el borboteo del agua en fuentes de argentino sonido. Dio una orden y no tardó en reunirse con él Yaruk Khan, un tártaro de Crimea, una silueta imponente de ojos oblicuos, con una armadura de cuero lacado y bronce pulido.

—Yaruk —dijo el visir—, ¿ha visto tu mirada velada por el *koumis* al germano, a ese hombre alto al servicio del emir Habordansky... aquel cuya cabellera era tan roja como las crines de un león.

—Hablas de ese, *noyon*, al que llaman Gombuk.

—El mismo. Lleva contigo un *chambul* de tus perros y alcanza a los francos. Vuelve con ese hombre y serás ampliamente recompensado. Las personas de los embajadores son sagradas, así que este asunto no es oficial —comentó cínicamente.

—¡Oír es obedecer!

Con un saludo tan profundo como el que hubiera concedido al mismísimo sultán, Yaruk Khan salió de la sala "eculando, dejando en soledad al segundo personaje del Imperio.

Volvió unos días más tarde, manchado de barro y agotado por la larga cabalgada, pero sin la presa. Ibrahim lanzó sobre él una amenazante mirada. El tártaro se postró ante los cojines de seda en los que se sentaba el Gran visir, en la sala azul de ventanas con arcadas de oro.

—Gran Khan, no dejes que tu cólera se abata sobre tu esclavo. ¡No ha sido culpa mía, te lo juro por las barbas del Profeta!

—Siéntate sobre los cuartos traseros y cuéntame tu historia —ordenó Ibrahim con deferencia.

—Esto es lo que pasó, señor —empezó Yaruk Khan—. Partí al galope. Los francos y su escolta me llevaban una considerable ventaja, pues habían viajado durante toda la noche sin detenerse. Sin embargo, conseguí alcanzarles al día siguiente, a mediodía. ¡Mas Gombuk ya no se encontraba entre ellos! Cuando me informé sobre él, el paladín Habordansky, por toda respuesta, profirió una serie de juramentos tan sonoros como el estallido de un cañón. Les pregunté a algunos de los miembros de la escolta que hablaban el mismo lenguaje que esos infieles y supe cuanto había pasado. Sólo me gustaría que mi señor recordase que no hago más que repetir las palabras de los spahis de la escolta, que son hombres sin honor y que mienten como...

—Un tártaro —concluyó Ibrahim. Yaruk Khan recibió el cumplido con una amplia sonrisa parecida a la mueca de un perro; luego, prosiguió.

—Mira lo que me dijeron. Al alba, Gombuk separó su caballo de los demás y el emir Habordansky le preguntó la razón. Gombuk se echó a reír como hacen los francos —¡ja, ja, ja!— y le contestó: "¡Ha sido muy ventajoso servirte! He podido descansar durante nueve meses en una prisión turca y Solimán me ha dado un salvoconducto hasta la

frontera. ¡Ya no tengo por qué acompañarte!”. “Perro”, le contestó el emir. “Una guerra está a punto de empezar y el archiduque necesitará tu espada”. “¡Qué el Diablo se lleve al archiduque!”, le respondió Gombuk. “Si Zapoia es un perro por no haber intervenido en Mohacs y haber permitido con ello que nos despedazaran, a nosotros y a nuestros aliados, Fernando no lo es menos. Cuando estaba sin blanca, puse mi espada a su servicio. Ahora que tengo doscientos ducados y estas ropas que puedo venderle a cualquier judío por un buen montón de monedas de plata, que el Diablo me lleve si vuelvo a desenvainar la espada por alguien mientras me quede un ducado. Pienso ir a la más próxima taberna cristiana; ¡tú y el archiduque podéis iros al mismísimo Infierno!”. El emir le maldijo y le imprecó. Gombuk se alejó riendo —¡ja, ja, ja!— y cantando una canción sobre una cucaracha llamada...

—¡Basta!

Los rasgos de Ibrahim estaban tan negros como su rabia. Se tiró violentamente de la barba pensando que aquella alusión a Mohacs confirmaba las sospechas de Solimán. Aquel asunto de las treinta y una cabezas —cuando debían haber sido treinta y dos— era algo que ningún sultán turco olvidaría jamás. Personajes de alta alcurnia habían perdido el puesto... y la cabeza, por cuestiones más insignificantes. El modo que había tenido Solimán de comportarse demostraba su casi increíble indulgencia y consideración hacia su Gran visir; pero Ibrahim, pese a su vanidad, era un hombre perspicaz y no deseaba que ninguna sombra, ni la más ligera, se interpusiera entre él y su soberano.

—¿No podías seguir su pista, perro? —preguntó.

—Por Alá —juró inquieto el tártaro— que iba a la velocidad del viento. Franqueó la frontera llevándome varias horas de ventaja. Le seguí tanto como me atreví...

—Basta de excusas —le interrumpió Ibrahim—. Busca a Mikhal Ogiu y dile que venga.

El tártaro se fue dando las gracias. Ibrahim no solía ser tan tolerante cuando un hombre fracasaba en la misión encomendada.

El Gran visir meditaba sombríamente, sentado en los cojines de seda, cuando la sombra de dos alas de buitre se

extendió sobre el suelo de mármol. La delgada silueta de aquel a quien había enviado a buscar se inclinó ante él. El personaje cuyo solo nombre hacía temblar de horror a toda Asia occidental hablaba con voz dulzona y se movía con la ligereza de un gato; pero el mal absoluto de su alma se transparentaba en cada una de sus siniestras facciones y hacía brillar sus ojos oblicuos y estrechos.

Era el líder de los akinji, jinetes crueles cuyas incursiones repartían el terror y la desolación por todas las regiones situadas más allá de las fronteras del Gran Turco. Llevaba la coraza y el casco recubiertos de gemas; las grandes alas de buitre habían sido fijadas a las hombreras de su cota de malla dorada. Aquellas alas se desplegaban al viento cuando lanzaba al galope su caballo; las sombras de la muerte y la destrucción se agazapaban bajo sus plumas. Era la punta de la cimitarra de Solimán, el más ilustre asesino de una nación de asesinos, quien se hallaba en presencia del Gran visir.

—No tardarás en preceder a los ejércitos de nuestro señor por las tierras de los infieles —le anunció Ibrahim— Recibirás la misma orden de siempre: golpear y no perdonar a nadie. Devastarás los campos y los viñedos de los cafaros, incendiarás sus aldeas, asaetearás a sus hombres y prenderás a sus mujeres. Las tierras que haya ante nuestros ejércitos victoriosos chillarán de dolor bajo tu talón de acero.

—Son noticias muy agradables de oír. Favorito de Alá —respondió Mikhal Ogiu con su voz suave y delicada.

—Sin embargo, hay una orden dentro de otra orden —prosiguió Ibrahim, mirando fijamente al akinji—. ¿Conoces al germano von Kaimbach? —Sí... Gombuk, como le llaman los tártaros.

—En efecto... Mi orden es la siguiente: sean cuantos sean los que combatan o huyan, vivan o mueran... ese hombre no debe vivir. Búscale y desenmascárale, esté donde esté, aunque tu búsqueda te lleve a las orillas del Rin. Cuando me traigas su cabeza, tu recompensa será tres veces tu peso en oro.

—Oír es obedecer, señor. Dicen que se trata del hijo errante de una noble familia germana rechazado por los suyos. Su pérdida sólo será lamentada por el vino y las mujeres. Hay quien afirma que fue en otros tiempos Caballero de San Juan antes de tener que dejar la Orden por sus borracheras y...

—Procura no subestimarle —cortó Ibrahim con tono severo—. Puede que sea un borracho, pero no se puede despreciar a un hombre que luchó al lado de Marczali. ¡No lo olvides!

—No habrá madriguera en la que pueda ocultarse para escapar de mí. Favorito de Alá —declaró Mikhal Ogiu—. No habrá noche lo bastante oscura, ni bosque lo bastante espeso como para ocultarle. Si no te traigo su cabeza, que él te envíe la mía.

—¡Basta! —dijo Ibrahim con una sonrisa, tirándose de la barba de contento—. Puedes retirarte.

La siniestra silueta de alas de buitre salió de la sala azul con paso ligero y silencioso. Ibrahim no tenía la menor duda de que acababa de dar los primeros pasos de una lucha encarnizada que se desarrollaría durante años y en países lejanos... una guerra feroz y cruel cuyos negros torbellinos cubrirían los tronos, los reinos y a las mujeres de roja cabellera más bellas que las llamas del Infierno.

EN UNA PEQUEÑA CHOZA de techo de caña, en una aldea situada en las proximidades del Danubio, sonoros ronquidos se elevaban del camastro de paja en que yacía ina forma envuelta en una capa hecha jirones. Era el paladín Gottfried von Kaimbach que dormía el sueño de la inocencia y del *ale*. El jubón de terciopelo, los bombachos

de seda, el *khalat* y las botas de ante, regalos del desdeñoso sultán, no se veían por ninguna parte. El paladín llevaba un justillo de cuero ajado y una herrumbrosa cota de malla. Unas manos le sacudieron y le sacaron del sueño. Juró en tono somnoliento.

—¡Despiértate, señor! ¡Oh, despiértate buen caballero... puerco... perro! ¿Vas a

levantarte de una maldita vez?

—Echame de beber, tabernero —murmuró el hombre todavía sumido en el sueño—. ¿Qué... quién...? ¡Ojalá y te muerdan los perros, Ivga! No me queda ni un solo aspro... ni una moneda. Se buena chica y déjame dormir.

La joven empezó a sacudirle y a moverle por los hombros.

—¡Oh, qué zafio! ¡De pie, te digo! ¡Y coge la pica! ¡Se está preparando algo!

—Ivga —musitó Gootfried apartándola—. Llévale al judío mi casco. Te pagará lo suficiente para que podamos emborracharnos de nuevo.

—¡Imbécil! —gritó la joven, desesperada—. ¡No es dinero lo que quiero! ¡Todo el Este está en llamas y nadie sabe la razón!

—¿Ha dejado de llover? —preguntó von Kaimbach, prestando, finalmente, cierto interés a lo que pasaba a su alrededor.

—Dejó de llover hace horas. Todavía puedes oír como gotea el chamizo. Toma la espada y sal a la calle. Todos los hombres de la aldea están borrachos perdidos, gracias a tus últimas monedas de plata, y las mujeres no saben ni qué pensar ni qué decir. ¡Ah!

Aquella exclamación salió de sus labios al tiempo que un extraño brillo aparecía súbitamente, reluciendo a través de las fisuras de las paredes de la cabana. El germano se puso en pie con un movimiento incierto, se ajustó rápidamente el cinto con que sujetaba la gran espada y se caló el abollado casco. Siguió a Ivga a la calle. Era una joven delgada. Descalza, llevaba por todo vestido un corto traje parecido a una túnica, cuyos largos desgarrones dejaban ver una buena extensión de carne blanca y reluciente.

La aldea parecía muerta e inanimada. No había luz en ninguna parte. El agua caía gota a gota de los alerones de caña de los tejados. Los charcos embarrados dispersos por la calle espejeaban sombríamente. El viento suspiraba y gemía de forma extraña a través de las ramas negras y húmedas por la lluvia de los árboles que rodeaban la aldehuela, como una tenebrosa muralla. Al sudeste, alzándose hacia un cielo plomizo, una luz púrpura y macilenta rasgaba las nubes frías y húmedas. Lloriqueando, Ivga se refugió en los brazos del germano.

—Voy a decirte lo que es eso, Ivga —le dijo a la joven observando fijamente el rojizo brillo del cielo—. Son los demonios de Solimán. Han atravesado el río y están incendiando las ciudades. Ya he visto antes esos reflejos en el cielo. De hecho, esperaba que todo esto hubiera pasado antes, pero esas satánicas lluvias que nos han anegado durante semanas deben haberles hecho retrasar el ataque. Sí, son los akinji, y no se detendrán a este lado de Viena. Escucha, vas a ir aprisa y sin hacer ruido hasta el establo que hay detrás de la cabana y me traes mi semental gris. Vamos a deslizarnos como ratas a través de esos demonios. Mi caballo podrá llevarnos a los dos sin esfuerzo.

—¡Pero los demás habitantes de la aldea...! —sollozó Ivga retorciéndose las manos.

—¡Bueno —dijo von Kaimbach—, que Dios les conceda el descanso a sus almas! Los hombres se bebieron mi *ale* de buena gana y las mujeres fueron bastante cariñosas... pero, por los cuernos de Satanás, ¡ese matalón gris no puede llevar a lomos toda una aldea!

—¡Vete tú si quieres! —replicó la joven—. ¡Yo me quedo para morir con los míos!

—Los turcos no te matarán —la hizo ver el germano—. Te venderán a algún viejo mercader de Estambul, gordo y grasicnto, que no hará otra cosa que pegarte. Yo no pienso quedarme aquí para que me corten la garganta, y tú...

Un grito horrible de la joven le hizo interrumpir el discurso. Se volvió vivamente y vio el más abyecto terror en los ojos desorbitados de Ivga. En el mismo momento,

una choza, al otro lado de la aldea, se derrumbó presa de las llamas; las cañas húmedas ardían lentamente. Un concierto de gritos y aullidos feroces siguió a la exclamación de la joven. A la luz de las llamas había siluetas que bailaban y gesticulaban salvajemente. Gottfried escrutó las sombras y vio formas que escalaban y cubrían la pequeña muralla de lodo que la ebriedad y la negligencia de los aldeanos habían dejado desamparada.

—¡Maldición! —gruñó—. Esos condenados ya están aquí. Se han acercado a la ciudad amparados por las sombras... ¡Deprisa, sigúeme!

Agarró la blanca muñeca de la joven para arrastrarla tras él. La joven gritaba y se debatía, intentando soltarse, arañándole como un gato salvaje, loca de miedo. En aquel preciso instante, el muro de adobe se derrumbó muy cerca de ellos. Cedió al recibir el impacto de una veintena de caballos; sus jinetes se lanzaron al galope por las callejas de la condenada aldea. Sus siluetas se recortaban nítidamente sobre el creciente resplandor del incendio. Las cabanas ardían por doquier; los gritos se alzaban mientras los invasores sacaban de las casas a las mujeres y a los hombres para rebanarles el cuello. Gottfried vio las delgadas siluetas de los jinetes, el brillo de las llamas reflejándose en las corazas; vio las alas de buitre en los hombros del que iba el primero. Reconoció a Mikhal Ogiu y vio cómo se alzaba en la silla y se lo señalaba a sus hombres con el dedo.

—¡Matadle, perros! —aulló el akinji. Su voz ya no era suave, sino estridente como el chirrido de un sable al ser desenvainado—. ¡Es Gombuk! ¡Quinientos aspros al hombre que me traiga su cabeza!

Lanzando un juramento, von Kaimbach se lanzó hacia las sombras de la cabana más próxima, arrastrando con él a la joven que no dejaba de gritar de miedo. En el momento en que saltaba, escuchó el chasquido seco de la cuerda de un arco. Ivga soltó un rauco lamento y se derrumbó flojamente a los pies del germano. A la macilenta luz del incendio, vio el extremo emplumado de una flecha que aún temblaba por debajo del corazón de la joven. Con un sordo

lamento, se volvió para enfrentarse a sus asaltantes, como un oso feroz rodeado de cazadores y dispuesto a librar un último combate. Permaneció en la misma postura durante unos instantes, con las piernas separadas, aspecto feroz, agarrando la inmensa espada con ambas manos. Luego, como un oso que evita combatir con los cazadores, dio media vuelta y huyó, rodeando la cabana. Las flechas silbaban a su alrededor; algunas rebotaron en las mallas de su cota. No hubo disparos. La cabalgada a través del bosque rezumante de lluvia había mojado las cazoletas de pólvora de los akinji.

Von Kaimbach rodeó la casucha, atento a los feroces aullidos que se oían tras él. Alcanzó la cuadra donde se hallaba su semental gris. Justo cuando llegaba a la puerta,



alguien gruñó como una pantera desde las sombras y se abrió paso hacia él ferozmente. Detuvo el golpe alzando la espada y contraatacó con toda la fuerza de sus poderosos hombros. La larga espada se abatió y rebotó sobre el pulido casco del akinji para atravesar las mallas del jubón. Cortó el brazo del hombre a la altura del hombro.

El musulmán se derrumbó con un gemido y el germano saltó por encima de la forma postrada sobre el suelo. El semental gris, loco de terror y excitación, relinchó estridentemente y se encabritó al tiempo que su dueño le saltaba a los lomos. No tenía tiempo de ensillar y embridar al animal. Gottfried clavó las espuelas en los estremecidos flancos del potente animal. Franqueó la puerta con la velocidad del rayo, derribando hombres a izquierda y derecha como si fueran simples bolos. El germano lanzó al caballo al galope hacia espacio abierto, iluminado por las llamas del incendio, entre las cabanas ardientes. El semental pisoteó los cuerpos que se encogían en el suelo, agitando a su jinete de la cabeza a los pies mientras franqueaba rápidamente los pantanos de agua enlodada.

Los akinji corrieron hacia el caballero fugitivo, disparando flechas y aullando como lobos. Los que iban montados se lanzaron tras él y los que aún estaban a pie echaron a correr hacia la muralla donde dejaron sus monturas.

Las flechas silbaban alrededor de la cabeza de Gottfried mientras guiaba a su corcel hacia el muro del oeste, que aún se alzaba en pie... y que era la única vía de escape que le quedaba. Era correr un riesgo inmenso, pues el terreno era resbaladizo y traidor y el caballo nunca había intentado un salto como aquel. Gottfried retuvo el aliento al sentir que el gran cuerpo que había bajo él tomaba impulso y se tensaba en plena carrera afrontando un salto casi imposible. Luego, con una torsión inconcebible de sus poderosos tendones, el semental saltó y franqueó el obstáculo con una escasa pulgada de margen.

Los perseguidores lanzaron aullidos de sorpresa y rabia y tiraron de las riendas de sus corceles. Aquellos hombres eran jinetes excelentes; pero no se atrevieron a intentar un salto tan peligroso. Perdieron un tiempo precioso buscando puertas o brechas en el muro de tierra. Cuando al fin salieron de la aldea, el bosque sombrío y susurrante, húmedo y chorreante de agua, se había tragado a su presa.

Mikhal Ogiu juraba como un demonio. Confiando el mando de sus akinji a su lugarteniente, Othman, y tras dar instrucciones de matar a todos los habitantes de la aldea, partió en busca del fugitivo, siguiendo su pista por los enlodados senderos del bosque a la luz de antorchas. Estaba decidido a atrapar a aquel hombre aunque la caza le llevase ante los muros de Viena.

PERO TAL NO ERA LA VOLUNTAD de Alá y Mikhal Ogiu no atrapó al germano en el bosque sombrío y rezumante de agua. Gottfried von Kaimbach conocía la región mejor que sus perseguidores; a pesar de su ardor, no tardaron estos en perder su pista en las tinieblas.

El alba encontró a Gottfried avanzando por un país

devastado y golpeado por el terror. Las llamas de un mundo ardiente iluminaban el horizonte, desde el este hasta el sur. La llanura estaba cuajada de fugitivos, titubeantes bajo el pesado fardo de sus irrisorias pertenencias, empujando ante ellos un ganado mugiente y atemorizado, como si fueran gente huyendo del fin del mundo. Las

torrenciales lluvias que habían dado una falsa promesa de seguridad no eran capaces ya de retener el inexorable avance de los ejércitos del Gran Turco.

Con un cuarto de millón de hombres, el sultán destruía las marcas orientales de la Cristiandad. Mientras Gottfried había estado de parranda en las tabernas de las ciudades aisladas, emborrachándose con el dinero regalado por el sultán, Pest y Buda habían caído. Los soldados germanos que defendían la última de aquellas ciudades habían sido masacrados por los jenízaros, pese a la promesa de Solimán de perdonarles... Solimán, al que los hombres llamaban el Generoso.

Mientras Fernando, los nobles y los arzobispos se querellaban en la Dieta de Espira, sólo los elementos parecían luchar en favor de la Cristiandad. La lluvia caía a mares; los turcos avanzaban penosamente pero con obstinación, pese a los ríos desembocados que transformaban llanuras y bosques en pantanos llenos de barro. Se ahogaban en las aguas de los tumultuosos ríos salidos de su cauce y perdían enormes cantidades de municiones, vituallas y equipo cuando se hundían sus barcos, se derrumbaban los puentes y sus carros se atascaban. Pero, sin embargo, no dejaban de avanzar, empujados por la implacable voluntad de Solimán. En aquellos momentos, en aquel mes de setiembre de 1529, pisoteando los escombros de Hungría, los turcos se abalanzaban sobre Europa mientras los akinji —los Devastadores— asolaban el país, como un viento furioso que precediera a la tormenta.

Todo aquello lo supo Gottfried en parte gracias a los fugitivos mientras guiaba su extenuado caballo hacia la ciudad, el único refugio posible para aquellos millares de seres agotados. Tras él, el cielo se teñía de rojo por las lla-

mas; el viento llevaba débilmente hasta sus oídos los gritos de los desgraciados que eran masacrados por los akinji. A veces, incluso podía ver las masas negras y hormigueantes de los crueles jinetes. Las alas del buitre se extendían horriblemente sobre aquella región mutilada; su sombra recubría Europa entera. El Destructor surgía de nuevo del Oriente misterioso de sombras azuladas, como sus hermanos lo habían hecho antes que él... Atila... Subotai... Bayazid... Mohammed el Conquistador. Sin embargo, nunca antes una tormenta como aquella había amenazado Europa.

Ante las desplegadas alas del buitre, el camino se cubría de fugitivos gimientes. A sus espaldas, roja y silenciosa, se extendía una ruta sembrada de cuerpos mutilados que ya no podían gemir. Los asesinos se encontraban a menos de media hora de camino cuando Gottfried von Kaimbach, a lomos de su extenuado corcel, franqueó las puertas de Viena. Desde hacía varias horas, todos los que se amontonaban en las murallas estaban oyendo los lamentos que el viento llevaba hasta ellos lúgubrementemente. Ya podían ver a lo lejos cómo el sol se reflejaba en las puntas de las lanzas mientras los jinetes al galope se lanzaban desde las colinas hasta la llanura que rodeaba la ciudad. Vieron que las espadas resplandecían como guadañas entre trigo maduro.

Von Kaimbach entró en una ciudad en ebulición. Los habitantes gritaban y se amontonaban alrededor del conde Nikolás Salm, el viejo guerrero de setenta años, quien estaba encargado de la guarnición de Viena, y de sus oficiales, Roggedendrof, el conde Nikolás Zrinyi y Paúl Bakics. Salm trabajaba movido por un ansia frenética, haciendo derribar las casas próximas a las murallas y utilizando sus materiales para consolidar los

muros, antiguos y poco consistentes. En ningún lugar su espesor sobrepasaba los seis pies; numerosos paneles estaban rajados y amenazaban con derrumbarse. La empalizada exterior era tan frágil que la habían bautizado como Stadzaun... el seto de la ciudad.

Sin embargo, bajo la frenética dirección del conde Salm, los galvanizados defensores habían edificado un nuevo muro, de veinte pies de alto, que llegaba desde la puerta de Stuben a la de Karnthner. Fosos, al lado de los antiguos, fueron excavados y nuevas murallas fueron construidas desde el puente levadizo hasta la Puerta de Salz. Las vigas fueron arrancadas de los tejados para disminuir los riesgos de un incendio y los adoquines levantados para aligerar el impacto de los cañonazos.

Los alrededores de la ciudad fueron desalojados. Habían sido incendiados para que no sirvieran de refugio a los asaltantes. Durante todos aquellos preparativos, incluso cuando los akinji llegaron al galope, hubo incendios declarándose por toda la ciudad, lo que añadió mayor confusión a la ya reinante.

¡Era como el infierno y el caos! En medio de aquel tumulto, cinco mil desafortunados civiles —viejos, mujeres y niños— fueron impacablemente rechazados por las puertas y dejados a su suerte. Sus gritos, cuando los akinji cayeron sobre ellos para hacerles pedazos, enloquecieron de terror a los que habíanse refugiado tras las murallas.

Aquellos demonios llegaban a millares. Franquearon la cresta de las colinas para lanzar sus caballos a la bajada de las pendientes y arrojarlos contra la ciudad, en grupos desordenados, como buitres que se reunieran alrededor de un camello moribundo.

Menos de una hora después de la primera oleada de atacantes, no quedaba ni un solo cristiano vivo más allá de las murallas salvo aquellos que, sujetos con cuerdas atadas a los pomos de las sillas de los caballos, corrían como condenados para no caer y ser arrastrados hasta morir.

Los salvajes jinetes galoparon alrededor de las murallas, aullando y disparando flechas. Los hombres apostados en las torres reconocieron al terrible Mikhal Ogiu gracias a las alas de la coraza. Observaron que iba de un montón a otro de cadáveres, examinándolos con avidez. Tirando de las riendas de su caballo, miró interrogativamente hacia los Parapetos.

Mientras tanto, procedente del oeste, un grupo de niercenarios germanos y españoles se había conseguido abrir camino a través de las filas de los despiadados akinji.

Entraron en la ciudad entre las aclamaciones de la multitud. Felipe el Palgrave marchaba a su cabeza.

Gottfried von Kaimbach, apoyándose en la espada, les observó al pasar. Portaban centelleantes corazas y cascos con cimbras adornadas con plumas; largos mosquetes colgaban de sus hombros; pesadas espadas de dos manos se ceñían con correas a sus espaldas recubiertas de acero. Gottfried contrastaba con ellos vivamente, pues su cota de malla estaba oxidada, su equipo pasado de moda, cogido un poco por doquier, mal ataviado... parecía ser alguna forma surgida del pasado, herrumbrosa y macilenta, que observase el avance de una nueva generación, más brillante. Sin embargo, Felipe le reconoció y le saludó cuando la columna pasó junto a él.

Von Kaimbach se dirigió hacia las murallas, donde los cañoneros tiraban con parsimonia contra los akinji, que mostraban cierta disposición para lanzarse al asalto de las murallas y lanzaban cuerdas con nudos corredizos hacia los morlones del parapeto. Pero, mientras avanzaba hacia su destino, se enteró de que Salm estaba reclutando nobles y soldados para cavar fosas y emplearles en nuevos trabajos de parapetaje. Buscó refugio en una taberna a cuyo tabernero, un valaquiano patizambo, obligó a fiarle. Empezó a beber y, al poco, estaba en un estado que nadie habría sido capaz de pedirle que ayudase a nada.

Cañonazos, detonaciones y gritos llegaban hasta sus oídos, pero les concedía poca atención. Sabía que los akinji, una vez acabada la masacre, seguirían su camino para asolar la región que se extendía más allá de la ciudad. Supo, por las conversaciones de los clientes de la taberna, que Salm tenía veinte mil piqueros, dos mil jinetes y mil voluntarios —estos últimos, todos vieneses— que oponer a las armadas de Solimán, así como setenta piezas de artillería... cañones, bombardas y culebrinas.

Las noticias sobre los efectivos del Gran Turco helaban de terror todos los corazones... excepto el de von Kaimbach. A su modo, era un fatalista. Sin embargo, descubrió algo de su desaparecida conciencia en el *ale*; poco después, meditaba sobre las personas a quienes aquellos malditos vieneses habían expulsado y condenado a una muerte atroz. Cuanto más bebía más melancólico estaba; lágrimas de embriaguez goteaban de las puntas de su caído mostacho.

Con un movimiento incierto, finalmente, se levantó y agarró la larga espada con la confusa intención de retar a duelo al conde Salm por aquel asunto. Concluyó con unos mugidos con las inoportunas reclamaciones del valaquiano y salió a la calle dando tumbos. Las torres y los campanarios se agitaban vertiginosamente ante sus propios ojos; todo el mundo le empujaba y le echaba a un lado mientras corrían en todas direcciones. Felipe el Palgrave surgió ante él con un chasquido de la armadura; las caras morenas y delicadas de sus españoles contrastaban sorprendentemente con los rasgos duros y rubicundos de los lansquenets.

—¡Qué vergüenza, von Kaimbach! —dijo Felipe severamente—. Los turcos están a la puerta y tú ocultas la jeta dentro de un cubilete de *ale*.

—¿De qué jetas y de qué cubiletes de *ale* estás hablando? —preguntó Gottfried, titubeando y describiendo un semicírculo errático al tiempo que intentaba desenvainar la espada—. ¡Qué el Diablo te lleve, Felipe! Te voy a abrir el cráneo por lo que acabas de decir...

El Palgrave ya había desaparecido. Gottfried se encontró al fin sobre la Torre de Karnthner, aunque no era capaz de recordar cómo había llegado hasta allí. Lo que vio le despejó de forma inmediata. Los turcos estaban efectivamente a las puertas de Viena. La llanura estaba recubierta de tiendas... treinta mil, afirmaban algunos, jurando que, desde lo más alto del orgulloso campanario de la catedral de San Esteban, un hombre no podía ver dónde acababa el campamento. Cuatrocientos navios otomanos se balanceaban en las aguas del Danubio. Gottfried escuchó como los hom-

bres maldecían a la flota austríaca, anclada e inmovilizada pues sus marineros, que llevaban ya mucho tiempo sin recibir el sueldo, se habían negado a efectuar las maniobras de desatraque. También se enteró que Salm no había respondido a la oferta de rendición de

Solimán.

En aquel momento, en parte para demostrar su poder y en parte para impresionar por el terror a los cafaros, el Gran Turco dio orden a su ejército de ponerse en marcha. Sus soldados avanzaron en cerradas y ordenadas columnas desfilando ante los muros de la antigua ciudad antes de empezar con el asedio propiamente dicho. Aquel espectáculo bastaba para impresionar al más valiente de los hombres. El sol, descendiendo lentamente por el horizonte, hacía brillar los cascos pulidos, las guardas adornadas con joyas de los sables, las puntas de las lanzas. Era como si un río de centelleante acero se desbordara lentamente, de un modo terrible, frente a las murallas de Viena.

Los akinji, que habitualmente formaban la vanguardia del ejército, habían seguido su camino. En su puesto cabalgaban los tártaros de Crimea, inclinados en sus sillas de pomo puntiagudo y riendas estrechas. Sus cabezas de gnomos iban protegidas por cascos de hierro; sus cuerpos magros se revestían con corazas de bronce y petos de cuero lacado. Tras ellos avanzaban los azabs, la infantería irregular, kurdos y árabes en su mayor parte, formando un grupo abigarrado y salvaje. Luego, sus hermanos, los delis —los descerebrados—, hombres feroces a lomos de poneys robustos, fantásticamente adornados con pieles y plumas. Los jinetes llevaban bonetes y capas de piel de leopardo; los largos cabellos les caían desgreñados y grasientos sobre los hombros y, por encima de las barbas trenzadas, les brillaban unos ojos que mostraban la locura del fanatismo y del *bhang*.

Les seguía el grueso del ejército. Primero, los beys y los emires con sus propios hombres... jinetes e infantes de los feudos de Asia Menor. Luego, los spahis, la caballería pesada, sobre magníficos sementales. Y, por último, la verdadera fuerza del imperio turco... la más terrible organiza-

ción militar del mundo... los tan temidos y odiados jenízaros.

Los hombres les escupieron desde las murallas, movidos por negro furor, al reconocer en ellos a miembros de su propia raza. Pues los jenízaros no eran turcos. Salvo pocas excepciones —cuando sus padres turcos conseguían colar a sus hijos entre aquellas terribles legiones para ahorrarles la vida agotadora del campesinado—, aquellos hombres eran hijos de cristianos... griegos, servios, húngaros... educados desde la infancia e instruidos en el arte militar para poder engrosar las huestes del Islam. Y los jenízaros no reconocían más que a un solo amo, el sultán, y un solo oficio... masacrar.

Sus imberbes facciones contrastaban vivamente con las de sus amos. Muchos tenían los ojos azules y cabellos rubios. Pero en la cara de todos ellos se podía leer la implacable ferocidad de su tarea... aquella para la que habían sido educados. Bajo sus mantos de color azul oscuro brillaban las más finas cotas de malla; muchos de ellos llevaban cascos de hierro bajo sus curiosos sombreros altos y puntiagudos, de los que colgaba una pieza de tela, blanca y similar a la manga de un vestido, por la que pasaba una argolla de cobre. Largas plumas de aves del paraíso adornaban igualmente los curiosos tocados.

Además de las cimitarras, pistolas y dagas, cada jenízaro llevaba al hombro un mosquete. Los oficiales llevaban al alcance de la mano un pequeño recipiente con brasas para encender las mechas. Recorriendo aquellas huestes rápidamente, los derviches iban y venían, vestidos solamente con *kalpaks* de piel de camello y extraños faldellines verdes con perlas de ébano, exhortando a los Creyentes. Músicos militares —un invento turco—

avanzaban al lado de las columnas entre el estallido de los timbales y la melopea de los laúdes. Por encima de aquel océano que se enfurecía lentamente, flotaban y ondeaban las banderas... el estandarte púrpura de los spahis, la blanca bandera de los jenízaros con un sable de oro de doble hoja, y los estandartes con colas de caballo de los grandes dignatarios... siete el sultán,

seis el Gran visir, tres el *agha* de los jenízaros. Solimán demostraba su potencia de aquella manera ante las consternadas miradas de los cafaros.

Pero la mirada de von Kaimbach se fijaba en otra cosa: en los grupos que penaban por poner a punto la artillería del sultán. Sacudió la cabeza con estupor.

— ¡Medias culebrinas, fi.lcones y falconetes! —gruñó—. ¿Dónde diablos está toda esa artillería de la que el sultán está tan orgulloso;

—¡En el fondo de Danubio! —respondió un piquero húngaro con una mueca feroz, acompañando la respuesta con un salivazo—. Wulf Hagen consiguió hundir esa parte de la flota del sultán. El resto de su artillería real se ha entrampado en las llanura, dicen, a causa de las lluvias.

Una ligera sonrisa erizó los bigotes de Gottfried.

—¿Qué promesa le ha hecho Solimán a Salm?

—Qué desayunará en Viena pasado mañana... el día veintinueve.

Gottfried sacudió la cabeza lentamente.

EL ASEDIO COMENZO entre el gruñido de los cañones, el silbido de las flechas y las terribles salvas de los mosquetes. Los jenízaros cargaron contra las afueras en ruinas de la ciudad, donde inmensos pedazos de pared todavía en pie ofrecían un cierto abrigo. Poco después del alba, avanzaron en orden, cubiertos por tropas irregulares y precedidos por una andanada de flechas incendiarias.

En una de las torretas del muro amenazado, apoyado en la gran espada y retorciéndose el mostacho pensativamente, Gottfried von Kaimbach observaba cómo se llevaban a un artillero de Transilvania; su cerebro rezumaba por

un agujero en la sien. Un mosquete turco había hablado muy cerca de las murallas.

La artillería de campaña del sultán aullaba, como perros de raucos ladridos, haciendo volar fragmentos de piedra de los parapetos. Los jenízaros avanzaban, ponían una rodilla en tierra, disparaban y recargaban mientras volvían a avanzar. Las balas golpeaban en los merlones y rebotaban, silbando rabiosas por encima de las cabezas de los defensores. Un proyectil se estrelló en la cota de malla de Gottfried, arrancándole un furioso gruñido. Volviéndose hacia el cañón cuyo servidor había sido muerto, tuvo ocasión de ver una silueta pintoresca e inesperada inclinada sobre la enorme culata.

Era una joven vestida de un modo increíble. Pero von Kaimbach estaba acostumbrado a la extravagancia indumentaria de las jóvenes elegantes del reino de Francia. Era alta, magnífica y, aunque delgada, de una fortaleza enorme, Por debajo de un casco de acero escapaban unos cabellos rebeldes que la caían sobre unos hombros anchos como una cascada de oro rojizo centelleando al sol. Altas botas de cuero cordobés le llegaban hasta

la mitad del muslo y en ellas llevaba introducidos los anchos pantalones. Llevaba una fina coraza anillada, de fabricación turca, metida por entre los pantalones. El delgado talle era ceñido por un ancho cinturón de seda verde en el que llevaba cruzadas dos pistolas y una daga y del que colgaba un largo sable de Hungría. Una capa escarlata colgaba indolentemente de sus hombros.

Aquella sorpréndete silueta inclinada sobre el cañón estaba apuntando —con gestos que indicaban algo más que una familiaridad pasajera— hacia un grupo de turcos, ocupados en maniobrar la cureña de un cañón, para ajustar el tiro.

—¡Eh, Sonya la Roja! —gritó un soldado agitando la Pica—. ¡Mándalos al infierno!

— ¡Confía en mí, camarada! —replicó la joven aproximando la mecha inflamada al orificio de la culata—. Aun-Que habría preferido tener a Roxelana por blanco...

Una terrible detonación cubrió sus palabras; un torbellino de humo cegó a todos los que encontraban en la to-rreta. El terrible retroceso del cañón, cargado hasta la misma boca, proyectó hacia atrás a su servidora. La joven cayó de espaldas, pero no tardó en levantarse, como un muelle, para precipitarse hacia los miradores de la muralla. Atisbo ávidamente a través de las nubes de humo. Cuando se disipó, reveló los restos sanguinolentos de los cañoneros turcos. La enorme bala, más grande que la cabeza de un hombre, se había estrellado en el centro del grupo que maniobraba el falconete. Sus servidores yacían por el suelo, con el cráneo hecho papilla por el impacto o el cuerpo destrozado por los fragmentos de acero de su reventado cañón. Alegres exclamaciones se alzaron desde los torreones. La joven llamada Sonya la Roja lanzó un aullido de sincera alegría y esbozó unos cuantos pasos de un baile cosaco.

Gottfried se acercó contemplando con una admiración sin disimulos el espléndido movimiento de los senos de la joven bajo la ligera cota de mallas, la curvatura de sus anchas caderas y sus miembros redondos. Tenía la misma postura que un hombre, orgullosamente plantada, con las piernas separadas y los pulgares metidos en el cinturón. Sin embargo, todo proclamaba en ella que se trataba de una mujer. Echóse a reír cuando le vio. Gottfried notó lleno de fascinación las luces que brillaban en sus ojos y el color que cambiaba de un momento a otro. La joven se echó hacia atrás las rebeldes mechadas del cabello con una mano manchada de pólvora. A von Kaimbach le sorprendió ver el color claro y rosado de su piel allí donde no estaba sucia.

—¿Por qué lamentaste no tener a Roxelana como blanco? —preguntó.

—¡Porque esa gata es mi hermana! —respondió Sonya. En aquel instante, un grito poderoso tronó por encima de las murallas. La joven se sobresaltó, como una bestia salvaje, y sacó vivamente la espada como si se tratase de un largo relámpago de plata.

—¡Ese grito! —exclamó—. ¡Los jenízaros!

Gottfried se precipitó hacia el parapeto. También él había escuchado antes el terrible aullido, capaz de helar la sangre, de los jenízaros lanzándose al ataque. Solimán estaba decidido a no perder el tiempo con aquella ciudad que le obstaculizaba el avance hacia una Europa indefensa. Contaba con derrumbar los frágiles muros y apoderarse de Viena en el primer asalto. Los *bashi-bazouki* —las tropas irregulares— murieron como moscas cubriendo el avance del grueso de la armada. Los jenízaros pasaron por encima de sus

cadáveres y se lanzaron contra Viena. Subieron al asalto, bajo el disparo de los cañones y las salvas de los mosquetes, franqueando los fosos con ayuda de escalas que usaban como puentes. Cayeron a cientos ante el fuego cruzado de los cañones vieneses. Pero llegaron al pie de las murallas. Las pesadas balas de los cañones pasaban silbando por encima de sus cabezas para causar horribles pérdidas en la retaguardia de sus fuerzas.

Los mercenarios españoles, armados con mosquetes, apuntaban casi en vertical y cobraban un inmenso tributo. Pero, al fin, las escalas fueron apoyadas en los muros. Los soldados, dominados por una locura sanguinaria, empezaron a trepar hacia las almenas cantando. Las flechas silbaron, atravesando a los defensores. Desde detrás, las piezas artilleras turcas retumbaban destruyendo tanto a aliados como a enemigos. Gottfried, protegiéndose tras un merlón, fue derribado por un súbito y terrible impacto. Una bala había golpeado directamente en la almena, matando de golpe a media docena de defensores.

Gottfried se levantó, medio aturdido, entre los cascotes y los cadáveres. Vio una marea humana que subía al asalto de las murallas, caras gesticulantes y exaltadas de ojos brillantes como de perro rabioso, y sables tan centelleantes como los rayos del sol en un lago. Separando las piernas y plantando sólidamente los pies en el suelo, blandió la pesada espada y la abatió violentamente. Le sobresalía la crispada mandíbula, tenía el bigote erizado por el furor. La hoja, de cinco pies de larga, hundió cascos de acero y cráneos, atravesó escudos y hombreras de hierro. Los hombres

cayeron de las escalas, con los dedos inertes resbalando por los ensangrentados travesanos;

Pero, a ambos lados, penetraban por el agujero. Un grito terrible anunció que los turcos habían llegado al muro. Pero ningún hombre se atrevió a abandonar su puesto para dirigirse hacia el lugar amenazado. Los sorprendidos defensores tenían la impresión de que Viena estaba rodeada por un centelleante y agitado océano rugiente que subía por momentos para anegar las condenadas murallas.

Retrocediendo para evitar ser rodeado, Gottfried gruñía y golpeaba a derecha e izquierda. Sus ojos ya no estaban velados; ardían siniestramente, como carbunclos. A sus pies yacían tres jenízaros; su espada zumbada enfrentándose a un bosque de cimitarras. Un tajo resbaló sobre su bacinete, llenando su mirada de tinieblas llenas de fuego. Tambaleándose, contraatacó y sintió que su espadón cortaba y rompía huesos. La sangre le resbalaba por la mano y tuvo que arrancar la hoja con un brutal movimiento de torsión. Un aullido seco retumbó y alguien corrió a su lado. Escuchó el casquido de las cotas de malla al recibir los impactos de un sable brillante, como un rayo de plata, que golpeaba ante él.

Era Sonya la Roja que acudía en su socorro. Luchaba tan feroz y peligrosamente como una pantera. Sus asaltos se sucedían tan rápidamente que la mirada no era capaz de seguirlos; su espada creaba rayos de fuego blanco y los hombres se derrumbaban como la mies segada por la guadaña del campesino. Lanzando un sordo rugido, Gottfried se puso a su lado, cubierto de sangre y terrible, balanceando la espada. Ante aquel irresistible asalto, los musulmanes tuvieron que retroceder. Dudaron un instante, en el mismísimo borde del parapeto, y luego saltaron hacia las escalas y cayeron aullando al vacío.



Un río de juramentos salía de los labios de Sonya. Reía salvajemente, mientras su sable cantaba y atravesaba los cuerpos, haciendo correr sobre las piedras una marea de sangre. El último turco que quedaba en la muralla lanzó un grito y paró un golpe frenéticamente cuando Sonya lanzó

un terrible tajo hacia él. Soltando la cimitarra, las manos del hombre se asieron desesperadamente a la hoja de la espada de Sonya, rezumante de sangre. Con un gemido, el hombre vaciló en el borde del parapeto; la sangre le salía a chorros de los dedos horriblemente desgajados.

—¡Idos al Infierno, tú y tu alma de perro! —dijo la joven riendo—. ¡Qué el Diablo te dé de comer!

Con un hábil giro y un movimiento brutal, liberó la espada, cortando los dedos del desgraciado. Con un sordo lamento, el musulmán cayó de espaldas hacia el vacío, con la cabeza por delante.

Los jenízaros retrocedían por doquier desordenadamente. Las piezas de artillería que habían enmudecido mientras se luchaba en las murallas volvieron a dejar oír su canción. Los españoles, apostándose en las almenas, contestaron al fuego con sus largos mosquetes.

Gottfried se acercó a Sonya la Roja. Jurando en voz baja, la joven limpiaba su sable.

—¡Por Dios, muchacha —dijo von Kaimbach, tendiendo hacia ella una mano maciza—, si no hubieras acudido en mi ayuda, creo que esta noche habría cenado en el Infierno! Te agradezco que...

—¡Agradéceselo al Diablo! —replicó Sonya con un tono áspero, apartando la mano con un golpe seco—. Los turcos ya habían plantado pie en el muro. ¡Ni te imagines que arriesgué mi vida por salvar la tuya, compañero!

Luego, volviéndose con desprecio, moviendo turbulentamente los pliegues de la capa, se alejó con grandes zancadas y abandonó las murallas, respondiendo decidida y blasfemamente a las bromas de los soldados. Gottfried la vio alejarse, con la cara convulsa. Un lansquenete le dio una amigable palmada en el hombro.

—¡Esa chica es un verdadero demonio! ¡Por los clavos de Cristo, es capaz de tirar debajo de la mesa al más empedernido bebedor y jura mejor que un español! ¡No es lo que se podría llamar una verdadera mujercita de su casa! ¡Atacar... combatir... matar! ¡Eso es lo que más le gusta en el mundo!

—Pero, ¿quién es, en nombre del Diablo? —rugió von Kaimbach.

—Sonya la Roja de Rogatino... es cuanto sabemos. Anda y pelea como un hombre... Sólo Dios sabe por qué. Jura que es la hermana de Roxelana, la favorita del sultán. Si los tártaros que raptaron a Roxelana se hubieran llevado a Sonya en su lugar, ¡por San Pedro!, Solimán no podría haberse hecho con ella. ¡Déjala tranquila, compañero, es una gata salvaje! ¡Vamos a bebemos unas jarras de *ale*!

Convocados por el Gran visir, los jenízaros tuvieron que explicar por qué razón el ataque, cuando el muro había sido alcanzado en un lugar, había fracasado. Juraron que habían tenido que enfrentarse a un demonio que había tomado la forma de una mujer de cabellera

roja ayudada por un gigante de coraza herrumbrosa.

Ibrahim pasó por alto la descripción de la mujer; pero la descripción del hombre despertó un recuerdo medio olvidado por su mente. Tras despedir a los soldados, mandó llamar al tártaro Yaruk Khan y le envió a buscar a Mikhal Ogiu —que se hallaba en la región circundante— para que le preguntase porqué no había hecho llegar a la tienda real cierta cabeza.

Solimán no desayunó en Viena la mañana del día veintinueve. Se encontraba en las alturas de Semmering, ante su espléndido pabellón lleno de pináculos dorados, con su guardia personal formada por quinientos solaks, observando cómo sus piezas de artillería daban suaves picotazos contra los débiles muros. Veía que sus tropas irregulares perdían la vida como si fueran una riada que quisiese llenar los fosos. Los zapadores excavaban la tierra como si fueran to-

pos, colocando minas y contraminas cada vez más cerca de los bastiones.

En la ciudad, los asediados no tenían ni un instante de reposo. Las murallas estaban siempre, día y noche, llenas de hombres. En cuevas, los vieneses vigilaban las ligeras vibraciones de unos guisantes colocados sobre tambores para descubrir los trabajos de zapa de los turcos, que cavaban bajo sus muros para colocar las minas. Así enterados, colocaban sus contraminas en consecuencia. Los hombres no combatían bajo tierra menos ferozmente que sobre ella.

Viena era una isla cristiana en un mar de infieles. Noche tras noche, los habitantes contemplaban el horizonte en llamas mientras los akinji saqueaban y devastaban el martirizado país. **De** vez en cuando llegaban noticias del mundo exterior... siempre llevadas por esclavos fugitivos que se refugiaban en la ciudad. Y siempre era para informarles de nuevas atrocidades. En la Alta Austria, no quedaba viva ni un tercio de la población; Mikhal Ogiu se estaba excediendo. Y se decía que buscaba a alguien en particular. Sus asesinos le llevaban las cabezas cortadas de los hombres para luego empalarlas ante su tienda. Miraba ávidamente los terribles restos y, luego, con desaprobación demoníaca, despedía a sus carniceros, encargándoles la comisión de nuevos horrores.

Aquellos relatos, en vez de aterrorizar y paralizar a los austríacos, les inflamaba, les galvanizaba y les llenaba de un furor demencial nacido de la desesperación. Las minas saltaban y abrían nuevas brechas y los mulsulmanes se volvían a lanzar al asalto. Pero todas las veces, los valerosos cristianos llegaban a las aberturas de los muros antes que ellos. **Y**, en la furiosa lucha cuerpo a cuerpo, ciegos, con la locura de las bestias salvajes, les hacían pagar en parte la deuda sangrienta que con ellos tenían los turcos.

Setiembre declinó lentamente y dio paso a octubre. Las hojas amarillearon en la *Wiener Waid*; los vientos empezaron a soplar portando los primeros fríos. Por la noche, los centinelas se estremecían de frío en lo alto de las murallas al sentir la mordedura del hielo. Pero las tiendas seguían rodeando la ciudad y Solimán seguía instalado en su magnífico pabellón mirando fijamente el frágil obstáculo que cerraba todos sus deseos imperiales. Nadie, a excepción de Ibrahim, se atrevía a hablarle. Su humor era tan sombrío como las frías noches que descendían insidiosamente de las colinas. El viento que gemía en el

exterior de su tienda era como un canto fúnebre para sus ambiciones de conquistador.

Ibrahim le observaba atentamente. Tras un asalto inútil que duró desde el amanecer hasta mediodía, llamó a los jenízaros y les ordenó retirarse a las casas en ruinas de las afueras de la ciudad para que descansasen. Luego, le encargó a un arquero que disparase una flecha hacia un barrio determinado de la ciudad donde, ciertas personas, esperaban, precisamente, aquel hecho.

Aquel día no hubo nuevos ataques. Las piezas de artillería que habían machacado la Puerta de Karnthner durante días fueron desplazadas y apuntadas al norte, para martillar sobre el Burgo. Cuando un asalto parecía inminente en aquella parte del muro, la mayor parte de los defensores era enviada allí. Pero el ataque no tuvo lugar; sin embargo, los cañones, hora tras hora, seguían tronando. Fuese cual fuese la causa, los soldados dieron gracias al cielo por aquella tregua. Titubeaban de fatiga, agotados por la falta de sueño y exasperados por las numerosas heridas.

Llegó la noche. La plaza mayor, el mercado de Am-Hof, era un hervidero de soldados observados con envidia por los habitantes de la ciudad. Acababan de descubrir una importante reserva de vino en las cuevas de un rico mercader judío. El judío esperaba haber triplicado sus beneficios cuando ya no quedase en la ciudad ni una gota de alcohol. Pese a sus oficiales, hombres casi medio locos hacían rodar los barriles por la plaza y, luego, los taladraban. Salm re-

nuncio a intervenir para evitar aquella borrachera general. La embriaguez es preferible, musitó el viejo soldado. Por los menos, los hombres no caerían al suelo vencidos por el agotamiento. Pagó al judío con sus propios ducados. Los soldados bajaron de las murallas como hormigas para beber hasta la saciedad.

A la luz de las antorchas y braseros, en medio de los gritos y canciones de los soldados totalmente borrachos —a las que, intermitente, un cañón hacia de coro—, von Kalm-bach hundió el casco en una barrica y lo sacó, lleno hasta el borde y goteante. Hundiendo el bigote en el precioso líquido, se inmovilizó cuando sus ojos, ya enturbiados, por encima del borde del casco, se posaron en una silueta orgullosamente plantada al otro lado del tonel. Una expresión de resentimiento se dibujó en su rostro. Sonya la Roja ya había hecho los honores a más de una barrica. Llevaba el casco ladeado por encima de los rebeldes cabellos, andaba aún más altiva que nunca y su mirada era más burlona que en otras ocasiones.

—¡Ja! —gritó despectivamente—. ¡Pero si es el matador de turcos que hunde la nariz en una jarra de vino, como es costumbre! ¡Qué el Diablo se lleve a todos los sedientos!

Dando prueba de muy buen juicio, hundió en el líquido púrpura un jarro con pedrerías incrustadas y lo vació de un trago. Gottfried se envaró con amargura. Ya había tenido con la joven una acalorada discusión; el desprecio de la joven le había herido en su amor propio.

—¿Por qué habría siquiera de mirarte, con la bolsa vacía y esa coraza herrumbrosa —se burló la joven el día anterior— cuando Paúl Bakics está loco por mí? ¡Déjame en paz, barril de cerveza, tonel de vino!

—¡Vete al Diablo! —replicó von Kaimbach—. Aunque tu hermana sea la amante del

sultán, no tienes por qué mostrarte tan altanera...

Al oír aquellas palabras, a Sonya le había dado un terrible acceso de cólera. Se separaron, dirigiéndose recíprocas imprecaciones. En aquel momento, y a juzgar por el brillo de sus ojos, Gottfried se dio cuenta de que la joven tenía intención de hacerle la situación muchísimo más desagradable.

—¡Imbécil! —gruñó von Kaimbach—. ¡Te voy a ahogar en este barril!

—¡Oh, no, tú te ahogará primero, borracho! —gritó la joven, soltando una brutal carcajada—. ¡Qué lástima que no seas tan valiente ante los turcos como ante un barril de vino!

—¡Ojalá y te devoren los perros del infierno, zorra! —rugió—. ¿Cómo voy a aplastarles el cráneo cuando ni siquiera atacan y les basta con disparar sus cañones? ¿Quieres que les tire la daga desde la muralla?

—Justo bajo la muralla, los hay a millares —replicó Sonya con la locura engendrada tanto por la bebida como por su fogosa naturaleza—. ¡Sólo hay que tener el estómago suficiente para ir a por ellos!

—¡Por Dios! —dijo el gigante, loco de rabia, sacando la espada—. ¡Ninguna joven estúpida me trata de cobarde, borracho o no! ¡Voy a salir a buscarles aunque tenga que ir solo!

Un fuerte clamor siguió a su bramido. La multitud, dominada por la bebida, estaba dispuesta a una acción tan insensata como aquella. Los toneles casi vacíos fueron derribados cuando los soldados desenvainaron las espadas torpemente y se dirigieron tambaleándose hacia las puertas de la ciudad.

Wulf Hagen se abrió paso entre ellos, repartiendo puñetazos a diestro y siniestro.

—¡Deteneos —rugió—, banda de borrachos! ¡Imbéciles! ¡No vais a salir en ese estado! ¡Parad...!

Le derribaron y le echaron a un lado violentamente para seguir avanzando como un torrente ciego y privado de razón.

\* \* \*

El alba empezaba a apuntar por las colinas del este. Un tambor empezó a sonar en alguna parte del extrañamente silencioso campamento turco. A los centinelas otomanos se les desorbitaron los ojos y descargaron los mosquetes para alertar al campamento, aterrorizados por la horda de cristianos —unos ocho mil— que vomitaba el estrecho puente levadizo blandiendo las espadas y las jarras de *ale*. Mientras franqueaban los fosos, con los labios espumeantes, una formidable explosión dominó el estrépito. Una sección del muro, muy cerca de la Puerta de Karn-thner, pareció arrancarse y echar a volar por los aires. Un inmenso clamor se elevó del campamento turco; pero los atacantes no se detuvieron.

Se dirigieron impetuosamente hacia los suburbios de la ciudad. Allí descubrieron a los jenízaros, no recién salidos de un pesado sueño, sino vestidos y armados, en pie, alineados

ordenadamente antes de atacar. Sin dudarlo, se lanzaron contra las filas medio formadas de los turcos. Aunque muy inferiores en número, su furor debido a la embriaguez y su rapidez fueron irresistibles. Ante las hachas que se abatían locamente y aquellas espadas que desgarraban de un modo salvaje, los jenízaros, absortos, retrocedieron a la desbandada. Las afueras de la ciudad se convirtieron en un verdadero matadero. Los hombres, en lucha cuerpo a cuerpo, cortaban y tajaban, tropezando con los cadáveres mutilados y los miembros seccionados. Solimán e Ibrahim, desde la altura de Semmering, asistieron a la huida de los invencibles jenízaros que corrían sin control hacia las colinas.

En el interior de la ciudad, los defensores trabajaban frenéticamente para reparar la gran brecha que la misteriosa explosión había abierto en el muro. Salm daba gracias al cielo por aquella insensata salida. Sin aquellos borrachos, los jenízaros habrían penetrado por el boquete antes incluso de que el polvo se hubiera posado.

El campo turco era presa de la mayor de las confusiones. Solimán corrió hacia su caballo y gritó sus órdenes a los spahis, conduciendo la carga personalmente. Formaron los escuadrones y luego bajaron las colinas en perfecta formación. Los soldados cristianos, que seguían persiguiendo a

sus enemigos en desbandada, fueron conscientes súbitamente del peligro que les amenazaba. Los jenízaros no dejaban de correr pero, desde los flancos, caía sobre ellos la caballería lo que les impediría cualquier vía de escape.

El miedo reemplazó a la temeridad debida a la embriaguez. Empezaron a replegarse. La retirada se convirtió en una carrera. Lanzando gritos de pánico, tiraron las armas y echaron a correr hacia el puente levadizo. Los turcos los siguieron hasta los fosos y, luego, intentaron perseguirlos por el puente levadizo hasta las puertas, que habían sido abiertas para recibir a los fugitivos. Sobre la explanada, Wulf Hagen y sus hombres se enfrentaron a los perseguidores y se batieron como demonios, impidiéndoles avanzar. La marea de fugitivos pasó a la altura de Wulf Hagen, corriendo hacia la seguridad. La caballería turca cayó sobre él como una roja oleada. El gigante recubierto de hierro fue devorado por un océano de lanzas.

Gottfried von Kaimbach no deseaba abandonar el campo de batalla. Pero, pese a sus amargos juramentos, fue arrastrado por sus compañeros. Tropezó y cayó; sus camaradas, dominados por el pánico, le pisotearon en la carrera hacia el puente. Cuando dejó de sentir los pisotones, levantó la cabeza y vio que se encontraba cerca del foso. Estaba rodeado por los turcos; todos sus compañeros habían huido. Levantándose corrió pesadamente hacia los fosos y se hundió en el agua, contra todo pronóstico, al tiempo que veía por encima del hombro cómo un musulmán se lanzaba tras él.

Volvió a la superficie, escupiendo y debatiéndose, y se dirigió hacia la orilla opuesta, pateando y levantando tanta espuma como un búfalo. El sanguinario musulmán iba tras él... un corsario de los Estados berberiscos, con tanta seguridad en el agua como en tierra firme. El empecinado germano no había soltado la espada y la coraza le retrasaba. Sin embargo, fue capaz de llegar a la orilla, a la que se agarró sin fuerzas e incapaz de defenderse. El corsario berberisco, como una tromba llegó sobre él, con una daga centelleando por encima del hombro desnudo. Pero alguien,

a su lado, lanzó un sonoro juramento. Una mano delicada apuntó una pistola hacia el

rostro del hombre. El árabe empezó a aullar cuando el disparó sonó; la cabeza desapareció, convertida en un amasijo de rojos jirones. Otra mano, fina P6i' o vigorosa, agarró al germano por la espalda de la coraza antes de que se hundiera en el lodo.

—¡Sube a la orilla, borracho! —chirrió una voz deformada por el esfuerzo—. No puedo levantarte si no me ayudas un poco... ¡Debes pesar una tonelada!

Soplando, sofocado y debatiéndose en el agua, Gottfried consiguió salir del foso, medio por sí mismo, medio gracias a la ayuda recibida. Manifestó sus deseos de tumbarse boca abajo para echar toda el agua que se había tragado, pero su salvador le incitó a levantarse lo antes posible.

—Los turcos empiezan a cruzar el puente y nuestros compañeros nos van a cerrar la puerta en las narices... ¡date prisa, si no, estamos perdidos!

Cuando hubieron cruzado la puerta, Gottfried miró a su alrededor como si despertase de un sueño.

—¿Dónde está Wulf Hagen? Le he visto defender el puente hace unos instantes con mucho valor.

—Ha muerto. Yace rodeado de veinte cadáveres turcos —le respondió Sonya la Roja.

Gottfried se sentó sobre los escombros de un muro derribado. Impresionado, agotado y todavía atontado por los vapores del alcohol y el furor guerrero, hundió la cara en las enormes manos y empezó a sollozar. Sonya, con aire visiblemente disgustado, le dio una patada.

—En el nombre de Satanás, camarada, no te quedes ahí sentado como un colegial al que acaban de dar un azote. Tú y toda esa banda de borrachos os habéis portado como un grupo de redomados imbéciles, pero ya es tarde para remediarlo. Ven, vamos a bebemos unas jarras de *ale* en la taberna valona.

—¿Por qué me sacaste del foso? —preguntó Gottfried.

— Porque un tipo como tú no es capaz de salir él solo de sus propios problemas. Me di cuenta hace ya tiempo que

necesitabas a alguien experimentado, como yo, para mantener viva tu vieja piel.

—¡Pero si creí que me despreciabas!

—Bueno, ¿acaso una mujer no tiene derecho a cambiar de opinión? —replicó Sonya secamente.

Desde las murallas, los piqueros rechazaron a los enfurecidos musulmanes y les expulsaron de la brecha medio reparada. En el pabellón real, Ibrahim le explicaba a su amo que el Diablo había inspirado, sin lugar a dudas, aquella salida de soldados borrachos en el momento preciso para arruinar los planes tan cuidadosamente preparados por el Gran visir. Solimán, loco de rabia, se dirigió a su amigo con voz cortante por primera vez en su vida.

—No. Has fracasado. Acabemos con tus intrigas. Allí donde la astucia se ha mostrado vana, la fuerza bruta prevalecerá. Envía un mensajero a los akinji; su presencia es

necesaria para reemplazar a los que han caído. Ordena que los ejércitos ataquen de nuevo.

Los asaltos precedentes no fueron nada comparados con la tormenta que se abatió entonces sobre las tambaleantes murallas de Viena. Día y noche, los cañones tronaban y flameaban. Las bombas explotaban en los techos de las casas y en las calles. No había quien pudiera reemplazar a los que morían en las murallas. El espectro del hambre acechaba en las calles, el miedo a la traición se arrastraba por los callejones como si fuera una capa sombría.

Minuciosas investigaciones permitieron establecer que la carga de explosivos que había destruido en parte el muro de Karnthner no había sido producto de los zapadores turcos. Se había hecho estallar una considerable cantidad de

pólvora bajo el mismo muro, en una galería excavada desde una cueva cuya localización se ignoraba, en el interior de la ciudad. Uno o dos hombres, trabajando secretamente, habían bastado para colocar la mina. Resultaba evidente que el bombardeo intensivo del Burgo estaba destinado únicamente a apartar la atención del muro de Karnthner para permitir a los traidores trabajar sin correr el riesgo de ser descubiertos.

El conde Salm y sus oficiales se enfrentaban a una tarea de Titanes. El viejo comandante, dando pruebas de una energía sobrehumana, subía a las murallas, exhortaba a los hombres desmoralizados, acudía en socorro de los heridos, combatía al lado de los más simples soldados, mientras la Muerte golpeaba implacablemente.

Pero si la Muerte cenaba en las murallas, se cebaba en la llanura. Solimán conducía a sus hombres al asalto tan implacablemente como si estuviera frente a su peor enemigo. La peste estaba entre ellos pues la devastada llanura no producía nada que comer. Los vientos fríos descendían ululando de los Cárpatos y los soldados se aterían en sus atavíos orientales. Durante las noches heladas, las manos de los centinelas se congelaban y el frío les pegaba los dedos a los cañones de los mosquetes. El suelo se volvió tan duro como el pedernal; los zapadores padecían lo indeble para poder cavar con las herramientas embotadas. La lluvia, mezclada con granizo, caía, apagando las velas, mojando la pólvora, transformando la llanura que rodeaba la ciudad en un agujero enlodado en el que el olor de los cadáveres en descomposición daba náuseas a los vivos.

Solimán temblaba, como si estuviera siendo dominado por la fiebre, mientras paseaba la mirada por el campamento. Veía a sus guerreros agotados y huraños, arrastrándose por la llanura de barro. Parecían fantasmas bajo un lúgubre cielo de plomo. El hedor de los soldados muertos —que se podían contar por millares— llegaba hasta sus narices. En aquel preciso instante, el sultán tuvo la impresión de contemplar una llanura grisácea, recubierta de muertos, donde los cadáveres de cuerpos sin vida se dedicasen a al-

gima inútil tarea, desplazándose lentamente, animados solamente por la inexorable voluntad de su amo. Durante un momento, el tártaro —la herencia de sus antepasados— dominó al turco. Tembló de miedo. Luego, sus finas mandíbulas se crisparon. Los muros de Viena se tambaleaban vertiginosamente, dañados y agrietados en una veintena de lugares. ¿Por qué se mantenían aún?

—Llamad al asalto. ¡Treinta mil aspros al primer hombre que llegue a las murallas!

El Gran visir abrió los brazos en un gesto de impotencia.

—Nuestros soldados han perdido todo su valor. Ya no pueden seguir soportando las inclemencias de este país helado.

—¡Pues que les lleven a los pies de las murallas a latigazos! —replicó Solimán con un tono feroz—. Esa ciudad es la puerta que abre el Frankistán. Es el último obstáculo para mis sueños de imperio. Debemos apoderarnos de ella. ¡Sólo así tendremos libre el camino!

Los tambores empezaron a retumbar por todo el campamento. Los extenuados defensores de la Cristiandad se levantaron y empuñaron las armas, galvanizados, comprendiendo instintivamente que el momento del combate decisivo había sonado.

Los oficiales del sultán condujeron las huestes musulmanas hacia los rugientes mosquetes y las espadas dispuestas a golpear. Los látigos restallaban y los hombres aullaban y blasfemaban de un lado a otro de la línea de batalla. Exasperados, subieron al asalto de las murallas medio derruidas, cuajadas de inmensas brechas, pero, sin embargo, aún capaces de albergar a hombres resueltos. Carga tras carga, los turcos se abalanzaron contra la ciudad, cubrieron los fosos, se aplastaron contra las murallas medio caídas. Todas las veces retrocedieron, abandonando tras ellos montones de muertos. La noche cayó, pero pasó inadvertida. En el seno de las tinieblas, iluminadas por los relámpagos del cañón y el brillo de las antorchas, la batalla continuó. Impulsados por la terrible voluntad de Solimán, los atacantes

lucharon durante toda la noche, sin obedecer la tradición musulmana.

El alba fue como la de Armagedón. Ante los muros de Viena se extendía una alfombra de muertos vestidos con acero. Sus plumas ondeaban al viento. Y entre los cadáveres titubeaban los atacantes, con los ojos hundidos, para luchar cuerpo a cuerpo contra los tenaces defensores.

Las olas de acero golpeaban y se rompían y volvían a romper, hasta que los propios dioses debieron quedar estupefactos ante la tenacidad de aquellos hombres, por su indiferencia ante los sufrimientos o la muerte. Era el Armagedón de las razas... Asia contra Europa. Alrededor de las murallas se agitaba un océano tumultuoso de rostros orientales... turcos, tártaros, kurdos, árabes, corsarios berberiscos... gruñendo, aullando, muriendo bajo las rugientes salvas de los mosquetes de los españoles, las picas de los austríacos, los golpes de los lansquenets germanos que manejaban las espadas de doble hoja como si fueran guadañas. Pero los que defendían los muros no eran más valerosos que los que se lanzaban a su asalto, tropezando en sus propios muertos.

Para Gottfried von Kaimbach la vida se había reducido a una sola cosa... subir y bajar la pesada espada. Defendiendo la amplia brecha cercana a la Torre de Karnthner, luchó hasta que el Tiempo perdió todo su significado. Durante largos siglos, rostros rabiosos surgieron ante él gesticulantes, caras de demonios; las cimitarras centelleaban ante su mirada, eternamente. No sentía las heridas, ni la fatiga extrema. Jadeando en medio del sofocante polvo, cegado por el sudor y la sangre, le entregaba a la Muerte su rojo tributo, dándose apenas cuenta de que a su lado una forma esbelta como una pantera abatía el arma y golpeaba... al comienzo con risas, imprecaciones y cantos... luego, en medio de un opresivo silencio.

Su identidad como individuo desapareció en aquel cataclismo de acero. Por un momento, fue vagamente consciente de que el conde Salm, que luchaba cerca de él, era



mortalmente alcanzado por una bomba que explotó en el parapeto. No se dio cuenta de que la noche se deslizase insidiosamente sobre las colinas, ni descubrió hasta el final que la marea de atacantes dudaba, disminuía y luego se retiraba. Sólo se dio cuenta, de un modo confuso, de que Ni-kolás Zrinyi le apartaba de la brecha llena de cadáveres, diciéndole:

—En el nombre de Dios, camarada, vete a dormir un poco. Les hemos rechazado... al menos, por el momento.

Descubrió que avanzaba por una calle estrecha y tortuosa, oscura y apartada. No tenía la menor idea de cómo había llegado hasta allí. Le parecía recordar vagamente una mano que se apoyaba en su hombro y que le sujetaba y guiaba. Sintió el peso de la armadura en los agotados hombros. No sabía decir si el ruido que llenaba sus oídos era el rugido del cañón o la sangre que le latía en las sienes. Tenía la impresión de que tenía que empezar a buscar a alguien... a alguien que le importaba mucho. Pero, en su espíritu, no había otra cosa que confusión. En alguna parte, en algún momento —parecía tan lejano—, un tajo le había golpeado en el casco. Mientras hacía un esfuerzo para reflexionar, le pareció sentir de nuevo el impacto de aquel terrible golpe y fue dominado por el vértigo. Se quitó vivamente el casco abollado y lo tiró a los adoquines de la calleja.

La mano volvió a tirarle del brazo. Insistentemente, una voz le rogó:

—Vino, señor... ¡bebe, bebe!

Se dio cuenta vagamente de una delgada silueta, revestida con una negra coraza, que le tendía una copa. Con una exclamación áspera, la tomó y hundió la cara en el líquido, bebiéndolo como un hombre que se muere de sed. Algo explotó en su cerebro. La noche se llenó con un millón de relámpagos brillantes, como si un polvorín hubiese estallado en su cabeza. Luego llegaron las tinieblas y el olvido.

Recobró lentamente el sentido, consciente de una sed torturadora, un violento dolor de cabeza y un extremo cansancio que parecía paralizarle los miembros. Tenía los pies y las muñecas sólidamente atados; estaba amordazado. Torciendo la cabeza para mirar hacia los lados, vio que se encontraba en una pequeña habitación, desnuda y polvorienta, de la que partía una escalera de caracol hecha de piedra. Dedujo que se encontraba en la parte inferior de una torre.

Dos hombres se inclinaban sobre una mesa groseramente tallada, en la que habían colocado una fuliginosa candela. Los dos eran delgados y tenían la nariz aquilina; llevaban trajes negros... asiáticos, sin lugar a dudas.

Gottfried estuvo atento a la conversación en voz baja que mantenían. Había aprendido numerosos idiomas a lo largo de sus correrías. Y pudo reconocer a los dos hombres... Tshoruk y su hijo, Rhupen, comerciantes armenios. Recordó que había visto a Tshoruk muy a menudo a lo largo de la semana anterior... de hecho, desde el día en que las bombardas de Solimán aparecieron en el campo de batalla. Evidentemente, el mercader se había pegado a él como una sombra por alguna desconocida razón. Tshoruk estaba leyendo lo que escrito en un pedazo de pergamino.

—Mi señor, aunque hiciera saltar el muro de Karn-thner en un momento poco propicio,

tengo, sin embargo, buenas noticias que darte. Mi hijo y yo hemos capturado al germano, a von Kaimbach. Mientras se alejaba de las murallas, agotado por los combates, le seguimos y luego le guiamos sutilmente hacia la torre en ruinas, en el lugar que tú ya conoces. Le hemos hecho beber un vino drogado y luego le hemos atado convenientemente. Que mi señor envíe al emir Mikhal Ogiu hasta el muro que se alza cerca de la torre y le pondremos en tus manos. Vamos a atarle a la antigua ballesta y a tirarle por encima del muro como si fuera un tronco.

El armenio tomó una flecha y empezó a enrollar el Pergamino alrededor del mástil. Lo ató con un delgado hilo de plata.

—Sube al techo y dispara la flecha hacia el mantelete, como de costumbre —le decía a su hijo Rhupen cuando este, interrumpiéndole, dijo:

— ¡Escucha! —y ambos se detuvieron. Los ojos les brillaban como los de las bestias dañinas caídas en una trampa... temerosos, pero vengativos.

Gottfried consiguió hacer resbalar la mordaza con movimientos de la boca. Oyó una voz familiar que le llamaba desde el exterior.

—¡Gottfried! ¿Dónde diablos estás? Von Kaimbach lanzó un rugido de león.

—¡Eh, Sonya! ¡En nombre del Diablo! ¡Atenta...! Tshoruk gruñó como un lobo y le golpeó salvajemente en la cabeza con el pomo de una cimitarra. Casi de forma instantánea, la puerta se derrumbó y voló hecha pedazos. Como en sueños, Gottfried vio la silueta de Sonya la Roja recortándose en el marco de la puerta, empuñando una pistola. Tenía aspecto tenso y huraño; sus ojos ardían como carbunclos. Había perdido el casco, y también la capa escarlata. Llevaba la coraza rota y llena de manchas oscuras, las botas arañadas, los pantalones de seda desgarrados y cubiertos de sangre.

Tshoruk graznó y se lanzó sobre ella, blandiendo la cimitarra. Antes de que pudiera golpear, Sonya la Roja aplastó el cañón de la vacía pistola contra el cráneo del armenio, que cayó como un buey. Desde el otro lado, Ru-phen intentó acuchillarla con una daga turca de hoja curvada. Soltando la pistola, Sonya la Roja agarró al joven oriental por el antebrazo. Actuando como en un sueño, obligó irresistiblemente a su adversario a retroceder, con una mano en la muñeca y la otra en la garganta. Mientras le estrangulaba lentamente, golpeó la cabeza del joven armenio contra el muro varias veces... de forma implacable. Los ojos de Ruphen no tardaron en convulsionarse y su mirada se hizo vidriosa. Le soltó como si fuera un fardo y se el mercader se quedó tendido en el suelo cuan largo era, inmóvil.

—¡Vive Dios! —murmuró con voz áspera.

Sonya la Roja titubeó unos instantes en el centro de la estancia, llevándose las manos a las sienes. Luego se acercó a Gottfried y, dejándose caer de rodillas, empezó a cortarle las ataduras. Sus gestos eran desmañados y el cuchillo cortó tanto las ataduras como la piel del germano.

—¿Cómo has podido encontrarme? —preguntó mientras se levantaba, todavía atontado.

Sonya la Roja se tambaleó hasta la mesa y se dejó caer sobre una de las sillas. Había un jarro de vino cerca de su codo. Lo tomó ávidamente y se lo bebió de un trago. Se limpió la boca con la manga del jubón y, acto seguido, consideró a Gottfried con aire de cansancio. Pero, sin embargo, no tardó mucho en recobrar su vigor.

—Te vi dejar las murallas y te seguí. Estaba tan agotada por la batalla que apenas me daba cuenta de lo que hacía. Vi cómo esos perros te cogían del brazo y te llevaban por las callejas desiertas. Luego, dejé de verte. Pero encontré tu casco, tirado en la calle. Empecé a llamarte. ¿Qué demonios significa todo esto?

Tomó la flecha abandonada sobre la mesa y se la desorbitó la mirada al ver el trozo de pergamino atado al mástil. Evidentemente, era capaz de descifrar los caracteres turcos; sin embargo, tuvo que leer el mensaje media docena de veces antes de su mente atontada por la fatiga descubriera lo que significaba. Su mirada se dirigió inmediatamente —y peligrosamente— hacia los hombres que había en el suelo. Tshoruk estaba recobrándose y medio se sentó, todavía atontado. Se palpó delicadamente la herida en el cuero cabelludo. Rhupen estaba tendido en el suelo, vomitando y gimiente.

—Atales, compañero —ordenó Sonya la Roja; y Gottfried obedeció.

Los dos armenios se dejaron maniatar sin decir palabra. Parecían aterrorizados por la presencia de Sonya la Roja.

—Esta misiva está dirigida a Ibrahim, el Gran visir —dijo bruscamente la joven—. ¿Por qué quiere la cabeza de Gottfried?

—Por una herida que le hizo al sultán, en Mohacs —murmuró Tshoruk con inquietud.

—Y fuiste tú quien hizo saltar la mina bajo el muro de Karthner —declaró Sonya la Roja con una sonrisa sin alegría—. Tú y tu infame retoño... ¡vosotros sois los traidores que buscábamos! ¡Sois peores que los perros!

Del cinturón sacó una pistola y la montó.

—Cuando Zrinyi esté al corriente de todo esto —siguió—, tu fin no será ni dulce ni rápido. Pero, primero, viejo cerdo, voy a darme el gusto de volarle la tapa de los sesos a tu maldito hijo... ante tus propios ojos...

El viejo armenio emitió un estrangulado grito.

—¡Dios de mis ancestros, piedad! ¡Mátame... tortúrame... pero perdona a mi hijo!

En aquel instante, un nuevo ruido desgarró el anormal silencio... una gran algarada de campanas al vuelo.

—¿Qué es eso? —rugió Gottfried, llevándose la mano a la vacía guarda.

—¡Las campanas de San Esteban! —gritó Sonya la Roja—. ¡Proclamando nuestra victoria!

Se lanzó hacia la quebrada escalera. Gottfried la siguió hasta lo alto de los peligrosos escalones. Salieron a un techo medio derruido y con numerosos agujeros. En la parte más sólida había una antigua máquina de guerra que servía para lanzar piedras, una reliquia de los tiempos pasados. Era evidente que había sido reparada no hacía mucho.

La torre dominaba un ángulo de la muralla en el que no había vigilantes. Un panel de muro antiguo, un foso y un declive natural del terreno hacían de aquel un lugar casi invulnerable.

Los espías habían podido intercambiar mensajes desde allí sin gran riesgo de ser descubiertos, y era fácil comprender por qué medio. En la parte baja de la pendiente, al alcance de un disparo de arco, se alzaba un enorme mantelete formado por pieles de toro armadas sobre una estructura de madera y que parecía abandonado al azar. Gottfried entendió que las flechas con mensajes se disparaban hacia aquel mantelete.

Sin embargo, de momento, no le dio mayor importancia a todo aquel asunto. Toda su atención se concentraba en el campamento turco. En él, una creciente luminiscencia hacía palidecer las primeras luces del alba; por encima del demencial tañido de las campanas se alzaba el sonido del crepitar de las llamas, al que se mezclaban gritos del más absoluto terror.

—¡Los jenízaros están quemando vivos a sus prisioneros! —exclamó Sonya la Roja.

— El amanecer del Juicio Final —murmuró Gottfried horrorizado por el espectáculo que contemplaba.

Desde la atalaya podía ver casi toda la llanura. Bajo un cielo plomizo, gris y frío, teñido por las primeras hices de un alba de color púrpura, la explanada estaba cuajada de cadáveres turcos hasta donde la vista podía alcanzar.

Y el ejército de supervivientes se dispersaba rápidamente. El gran pabellón de Solimán, en las alturas de Sem-mering, había desaparecido. Las demás tiendas estaban siendo rápidamente desmontadas y plegadas. La cabeza de la larga columna ya había desaparecido en la lejanía, avanzando hacia las colinas en aquel alba helada.

La nieve empezó a caer en ligeros copos.

—Han lanzado su último asalto la noche pasada —le dijo Sonya la Roja a von Kaimbach—. Vi cómo los azotaban sus oficiales y cómo gritaban de miedo ante nuestras espadas. Son seres de carne y hueso... estaban ya al límite de sus fuerzas.

La nieve siguió cayendo.

Los jenízaros, locos de rabia, se vengaban en sus prisioneros. Lanzaban a las llamas a hombres, mujeres y niños —vivos— ante la mirada sombría de su amo, el monarca al que llamaban el Magnífico, el Misericordioso. Y, durante la horrible matanza, las campanas de Viena no dejaron de sonar, como si sus gargantas de bronce fueran a estallar.

—¡Mira! —gritó Sonya la Roja agarrando a su compañero por el brazo—. ¡Los akinji forman la retaguardia!

Incluso a aquella distancia, podían ver dos alas de buitre yendo y viniendo entre las oscuras masas de soldados; la

incierta luz se reflejaba sobre un casco cuajado de joyas. Las manos manchadas de pólvora de Sonya la Roja se crisparon; se hundieron sus uñas rotas y arruinadas en las palmas de sus manos. Escupió un juramento cosaco tan corrosivo como una gota de vitriolo.

—¡Ese bastardo que ha hecho de Austria un desierto, se va! ¡Las almas de todos aquellos a

los que ha masacrado no parecen pesarle mucho en sus malditos hombros alados! ¡En cualquier caso, viejo amigo, no se lleva tu cabeza!

—Mientras él viva, nunca estará muy segura sobre mis hombros —murmuró el gigantesco germano.

Los penetrantes ojos de Sonya la Roja se convirtieron súbitamente en una delgada línea. Tomando a Gottfried del brazo y arrastrándolo tras ella, bajó los peldaños de la deshecha escalera de cuatro en cuatro. No vieron a Nicolás Zrinyi y a Paúl Bakics salir al galope por las puertas de la ciudad, seguidos por sus hombres vestidos con harapos, arriesgando la vida para ir a salvar a los prisioneros. El estrépito del acero retumbaba a lo largo de toda la columna. Los akinji se retiraban lentamente, librando un feroz combate en la retaguardia. Desdeñaban el coraje impetuoso de sus atacantes basándose en su superioridad numérica. Seguro en medio de sus jinetes, Mikhal Ogiu sonreía sardónicamente. Solimán, que avanzaba en el centro de la columna principal, no sonreía. Su rostro parecía la máscara de la muerte.

Tras bajar de la torre en ruinas, Sonya la Roja plantó un pie en una silla, luego, el mentón en el hueco de la mano, mirando fijamente los ojos de Tshoruk tamizados por el terror.

—¿Qué darías por poder salvar la vida? El armenio no respondió.

—¿Qué darías por salvar la vida de tu hijo?

El armenio se sobresaltó como si le hubieran picado.

—Perdona a mi hijo, princesa —gimió—. Te pagaré... todo lo que quieras... haré cualquier cosa.

Sonya la Roja pasó una pierna elegantemente por encima de la silla y se sentó.

—Quiero que le lleves un mensaje a un hombre.

—¿Quién es ese hombre?

—Mikahi Ogiu.

El mercader tembló y se pasó la lengua por los labios.

—Dime lo que debo hacer y serás obedecida —susurró.

—Perfecto. Vamos a soltarte y a darte un caballo. Tu hijo se quedará con nosotros como rehén. Si fracasas en tu misión, le entregaré a los vieneses para que se distraigan un rato...

El viejo armenio volvió a estremecerse.

—Pero, si cumples correctamente con tu misión, os dejaremos libres a los dos y mi compañero y yo nos olvidaremos de vuestra traición. Quiero que te reúnas lo antes posible con Mikhal Ogiu y le digas que...

\* \* \*

La columna turca avanzaba por el fango lentamente, entre los torbellinos de nieve. Los caballos agachaban las cabezas bajo el impulso de las ráfagas de viento helado. De un lado a otro de las diseminadas líneas, los camellos gritaban y gemían; los bueyes mugían

tristemente. Los hombres resbalaban en el barro, doblando la espalda bajo el peso de sus armas y equipo. La noche caía, pero no se dio ninguna orden de detenerse. Durante toda la jornada, el ejército en retirada había sido hostigado por los audaces coraceros austríacos que caían sobre ellos como avispas, liberando a los cautivos ante sus propias narices.

Solimán avanzaba entre sus solaks con el rostro severo. Anhelaba poner entre él y los lugares que habían presenciado su primera derrota el mayor espacio posible, pues sólo así podría olvidar que en ellos se pudrían los cuerpos de treinta mil musulmanes que le recordaban que sus ambiciones se habían reducido a la nada. Era el señor de Asia occidental, pero nunca sería el dueño de Europa. Aquellas débiles y despreciadas murallas habían salvado al mundo occidental de la dominación musulmana, y Solimán lo sabía. Los truenos de la potencia otomana resonaban por todo

el mundo, haciendo palidecer el esplendor de Persia y de la India mongola. Pero en Occidente, los bárbaros arios de rubios cabellos seguían invictos. No se había escrito que el Gran Turco pudiese reinar más allá del Danubio.

Solimán había visto que aquello se escribía con letras de fuego y sangre mientras estaba en las alturas de Semme-ring y asistía a la desbandada de sus guerreros, que huyeron de las murallas pese a los latigazos crueles de sus oficiales. Para preservar su autoridad, había tenido que dar órdenes de levantar el campamento... y aquello le abrasó la lengua como si fuera hiél, pero sus soldados estaban al límite y a punto de desertar. Avanzaba en silencio, rumiando sombríos pensamientos, sin dirigirle siquiera la palabra a Ibrahim.

A su modo, Mikhal Ogiu compartía el salvaje desconsuelo de su amo. Fue con feroz repugnancia como le dio la espalda al país que había devastado, como si él mismo fuese una pantera que, medio saciada, tiene que renunciar a una presa. Recordaba con satisfacción las ruinas calcinadas de las aldeas, las calles llenas de cadáveres, los aullidos de los hombres al ser torturados... los gritos de las jóvenes que se retorcían en sus brazos de acero. Y recordaba con el mismo placer los estortores de aquellas mismas mujeres entregadas a las manos manchadas de sangre de sus asesinos.

Sin embargo, estaba decepcionado y atormentado por la idea de no haber cumplido con su misión... el Gran visir estaba furioso y le había dirigido hirientes palabras. Había perdido el favor de Ibrahim. Para un hombre menos importante, aquello habría representado el hacha del verdugo. Para él, significaba que tendría que realizar alguna meritoria tarea para, con ella, poder ganar nuevamente la confianza del visir. En aquel estado mental, era un hombre tan peligroso y temerario como una pantera herida.

La nieve caía con grandes copos, aumentando las penalidades de la retirada. Los hombres heridos caían en el lodo para no volver a levantarse, cubiertos rápidamente por un grueso y blanco sudario. Mikhal Ogiu avanzaba con las últimas filas de guerreros, escrutando las tinieblas. Desde

hacia varias horas, ningún enemigo se había presentado ante ellos. Los victoriosos austríacos habían dado media vuelta y regresado a Viena.

Las columnas en retirada atravesaban lentamente una ciudad en ruinas. Las vigas calcinadas y los muros destruidos por las llamas formaban bajo la nieve un diseño oscuro. Se transmitió hasta la retaguardia la noticia de que el sultán deseaba seguir avanzando y acampar en un valle situado a pocas leguas de distancia.

El rápido eco de unos cascos sobre la ruta que seguían hizo que los akinji aferraran firmemente las lanzas y lanzaran penetrantes miradas hacia las tinieblas, estrechando los párpados. Pero era el galope de un solo caballo y luego escucharon que una voz preguntaba por Mikhal Ogiu. Con una orden brutal, el Buitre contuvo el tiro de una docena de arcos y contestó con voz tonante. Un gran semental gris surgió entre los remolinos de nieve; una silueta envuelta en un negro manto se inclinaba grotescamente sobre el lomo del caballo.

—¡Tshoruk! ¡Eres tú, perro armenio! ¡Por Alá que...! El armenio condujo su caballo hasta Mikhal Ogiu y le susurró algo al oído con aspecto alterado. El frío atravesaba las ropas más gruesas. El akinji notó que el armenio temblaba violentamente. Los dientes le castañeteaban y no era capaz más que de farfullar. Sin embargo, los ojos del turco empezaron a relampaguear cuando escuchó la totalidad del mensaje.

—Perro, ¿no me estarás contando una mentira?

— ¡Qué me queme en el Infierno si miento! —Un violento temblor sacudió a Tshoruk al pensar que podría arder envuelto en su propio caftán—. Se ha caído del caballo al efectuar con los coraceros una incursión contra vuestra retaguardia. Está acostado, con una pierna rota, en una cabana abandonada, a tres leguas de aquí... está solo con su amante, Sonya la Roja, y tres o cuatro lansquenets. Están totalmente borrachos... se han bebido todo el vino que han encontrado en el campamento abandonado.

Mikhal Ogiu giró el caballo, con una rápida decisión.

—¡Veinte hombres conmigo! —ladró—. Que los demás continúen con la columna principal. Voy a buscar una cabeza que vale su peso en oro. Os alcanzaré antes de que hayáis montado el campamento.

Othman retuvo el caballo de su amo por las riendas cubiertas de pedrerías.

—¿Has perdido la razón? Volver atrás cuando toda la región nos sigue los pasos...

Se tambaleó en la silla cuando Mikhal Ogiu le golpeó en la boca con la fusta. El Buitre hizo girar a su caballo y se alejó al galope, seguido por los hombres a quienes había señalado. Como fantasmas, desaparecieron en las insanas tinieblas.

Othman les vio alejarse en la noche, indecisos. La nieve seguía cayendo, el viento gemía lúgubrementemente entre las desnudas ramas. No había más ruidos que los que producía la columna que caminaba lentamente a través de la ciudad en ruinas. Pronto, no hubo ni siquiera aquellos. Othman se sobresaltó. A lo lejos, procedentes del camino que acababan de seguir, llegaron los ladridos de cuarenta o cincuenta mosquetes disparando al mismo tiempo. En el extremo silencio que siguió a las detonaciones, Othman y sus guerreros se sintieron dominados por el pánico. Dando la vuelta frenéticamente, huyeron de la ciudad en ruinas para unirse a la horda que se retiraba.

LA NOCHE CAIA SOBRE Constantinopla, pero nadie lo percibió, pues el esplendor que Solimán daba a la noche la hacía tan gloriosa como el día. En los jardines, que eran un derroche de flores y perfumes, los braseros centelleaban como millones de luciérnagas. Los fuegos artificiales con-

vertían la ciudad en un reino de magia en el que se alzaban los minaretes de quinientas mezquitas, como las torres de fuego en el seno de un espumeante océano de oro. Sobre las colinas de Asia, los tribeños observaban, con la boca abierta, preguntándose lo que sería aquel resplandor que palpitaba y atemorizaba al león, haciendo palidecer hasta a las estrellas. Innumerables multitudes, todos ataviados con trajes de fiesta y gala, se apretujaban por las calles de Estambul. Las luces brillaban a millones en las gemas que adornaban los turbantes y los *khalats* de rayas... sobre los negros ojos que centelleaban por encima de diáfanos velos... sobre los palanquines ricamente adornados que llevaban a hombros gigantescos esclavos de pieles de ébano.

Todo aquel esplendor emanaba del Hipódromo donde, en pomposos espectáculos, los jinetes de Turkistán y Tartaria se medían con los de Egipto y Arabia en carreras que dejaban sin aliento, donde guerreros revestidos con brillantes armaduras se enfrentaban y derramaban la sangre sobre la arena, donde hombres armados con una simple espada se enfrentaban a bestias salvajes, leones y tigres de Bengala y gigantescos jabalíes de los bosques nórdicos. Contemplando aquellas escenas grandiosas, podría creerse que lo más fastuoso de la Roma Imperial había sido resucitado en un decorado oriental.

En un trono de oro, plantado sobre dos columnas de lapislázuli. Solimán se sentaba indolentemente, paseando la mirada por aquellos esplendores, como los emperadores romanos de purpúrea toga habían hecho antes que él. A su alrededor se postraban sus visires y oficiales, los embajadores de las cortes extranjeras... Venecia, Persia, India, los kanatos de Tartaria. Todos estaban allí... incluso los venecianos... para felicitarle por su victoria sobre los austríacos. Porque aquella gran fiesta era para celebrar una victoria, como había sido anunciado en una proclama escrita de propia mano por el sultán. En ella decía que los austríacos se habían doblegado y pedido perdón de rodillas pero que, como los reinos de Germania estaban tan lejos del Imperio Otomano, “los Creyentes no veían ningún sentido en lim-

piar la fortaleza de Viena, purificarla, reconstruirla y embellecerla”. Por aquella razón, el sultán había aceptado la simple sumisión de los despreciables germanos y les había permitido que siguieran disfrutando de su miserable *fortaleza*.

Solimán cegaba los ojos del mundo con el brillo de sus riquezas y de su gloria, e intentaba convencerse a sí mismo de que realmente había conseguido cuanto anhelaba hacer. No había sido vencido en el campo de batalla; había puesto a una marioneta en el trono de Hungría; había devastado Austria; los mercados de Estambul y Asia eran un hervidero de esclavos cristianos. Había embalsamado su orgullo herido y olvidado deliberadamente el hecho de que treinta mil de sus subditos se pudrían ante las murallas de Viena y que sus sueños de conquistar Europa yacían en el suelo.

Tras el brillante trono, los trofeos de la guerra... estandartes de seda y terciopelo arrancados a los persas, a los árabes, a los mamelucos de Egipto; tapicerías sin precio tejidas con hilo de oro. A sus pies se amontonaban los presentes y tributos de los príncipes aliados y vasallos. Túnicas de terciopelo de Venecia, copas de oro con gemas incrustadas procedentes de la corte del Gran Mongol, caftanes bordados con oro de Erzeroum, jades tallados de Catay, armaduras de plata de Persia con cimbras de crin de caballo, turbantes de Egipto en los que habían sido engarzadas las gemas hábilmente, curvas espadas de acero templado de Damasco, mosquetones de plata labrada de Kabul, corazas y escudos de



acero indio, pieles preciosas de Mongolia.

El trono estaba rodeado, de un lado a otro, por una larga hilera de jóvenes esclavos, atados con collarines de oro a una larga cadena de plata. Una hilera estaba formada por hombres, griegos y húngaros; la otra de mujeres. Sólo vestían cofias de plumas y adornos enjoyados, para resaltar su desnudez.

Eunucos de flotantes vestidos, con los ventrudos cuerpos ceñidos por cordones de hilos de oro, se arrodillaban y ofrecían sorbetes en cálices de pedrería, refrescados con nieve llevada de las montañas de Asia Menor, a los hués-

pedes reales. Las antorchas bailaban y vacilaban al compás de los rugidos de la multitud. Los caballos pasaban al galope ante las tribunas, volaba la espuma de sus entreabiertas bocas. En el centro de la arena, castillos de madera eran presa de las llamas cuando los jenízaros practicaban sus simulacros de batalla. Los oficiales iban y venían entre la multitud, que gritaba feliz, tirándola piezas de plata y cobre como si fueran gotas de una resplandeciente lluvia. Aquella noche, nadie tenía hambre ni sed en Estambul... salvo los miserables cafaros cautivos.

Los enviados extranjeros habían quedado impresionados vivamente, estupefactos ante aquel océano de esplendor y el estallido de la magnificencia imperial. Alrededor de la inmensa arena, avanzaban pesadamente los elefantes, desapareciendo sus cuerpos bajo caparazones de cobre y oro;

desde las torres adornadas con joyas plantadas en sus lomos, los músicos entonaban aires marciales y, junto al resonar de las trompetas, rivalizaban con el clamor de la multitud y el rugido de los leones. Las gradas del Hipódromo estaban cubiertas por un mar de rostros, todos vueltos hacia la silueta cubierta de pedrerías que se sentaba en el trono. Millares de gargantas gritaban y aclamaban con frenesí.

Si había impresionado a los enviados de Venecia, Solimán sabía que impresionarla al mundo entero. En medio de aquella demostración de magnificencia, los hombres olvidarían que un puñado de atrevidos cafaros, protegidos tras una muralla en ruinas, le habían cerrado para siempre las puertas de un Imperio. Solimán aceptó una copa del vino prohibido por el Profeta y luego le dijo unas cuantas palabras al oído al Gran visir.

—Invitados de mi amo, el *padischah*, no olvida a los más humildes en este momento de gozos. A los oficiales que condujeron sus ejércitos contra los infieles, les ha hecho los más ricos regalos. Ha dado doscientos cuarenta mil ducados para que sean repartidos entre los simples soldados, y a cada jenízaro le ha entregado una suma de mil aspros.

En el seno del clamor que se alzó, un eunuco se arrodilló ante el Gran visir, presentándole un paquete de forma redondeada, cuidadosamente envuelto y cerrado. Un pedazo de pergamino doblado iba unido a él con un sello de lacre rojo. Atrajo la atención del sultán.

—Bien, amigo mío, ¿que nos traes ahí? Ibrahim se inclinó respetuosamente.

—Algo que ha traído el jinete del correo de Andronópolis. León del Islam. Aparentemente, se trata de un regalo enviado por esos perros austríacos. Los Infieles, me ha parecido entender, lo entregaron a los guardias fronterizos para que lo trajeran a Estambul a toda prisa.

—Abrelo —ordenó Solimán, intrigado.

El eunuco se postró en tierra, y empezó a romper los sellos que cerraban el paquete. Un esclavo letrado desplegó el pergamino que lo acompañaba y empezó a leer el contenido del mensaje, escrito con mano firme y claramente femenina:

*Al sultán Solimán y a su Gran visir, Ibrahim, así como a Roxelana, la gata: Nosotros, los abajo firmantes, enviamos este presente como testimonio de nuestro inmensurable afecto y nuestra sincera atención.*

SONYA DE ROGATINO GOTTFRIED VON KALMBACH

Solimán, que se había sobresaltado al oír el nombre de su favorita, con el furor ensombreciendo y convulsionando bruscamente su rostro, emitió un grito estrangulado que fue repetido, como un eco, por Ibrahim.

El eunuco había arrancado los sellos del cofre, dejando ver lo que contenía. Un olor acre de hierbas y especias conservadoras llenó el aire. El objeto, cayendo de las manos del horrorizado eunuco, cayó sobre los montones de presentes hasta los pies de Solimán, contrastando terriblemente con las joyas, el oro y las piezas de terciopelo. El

sultán lo miraba fijamente. En aquel instante, todo el esplendor de aquella fastuosa mentira se escapó de sus manos. Su gloria se transformó en burla y ceniza. Rojo de rabia, Ibrahim se arrancaba la barba, jadeante y sofocado.

A los pies del sultán, con las facciones fijadas con un rictus de horror, yacía la cabeza cortada de Mikhal Ogiu, el Buitre del Gran Turco.

## EN EL BOSQUE DE VILLEFERE

EL SOL SE OCULTABA. Las inmensas sombras se extendían rápidamente por el bosque. En aquel extraño crepúsculo de un día de fines de verano veía ante mí el sinuoso sendero que desaparecía entre los ingentes árboles. Temblaba y miraba ocasionalmente por encima del hombro con cierto temor. Millas a mis espaldas se hallaba el pueblo más próximo... millas al frente se hallaba el siguiente.

Miraba a derecha e izquierda mientras continuaba la marcha y, de vez en cuando, lanzaba un vistazo hacia atrás. También de vez en cuando me detenía bruscamente, empuñando el estoque, al oír la rotura de los ramajes que desvelaba la presencia de algún animal. ¿Un animal?

Sin embargo, el sendero continuaba, y yo lo seguía, pues, de todos modos, no podía hacer nada mejor.

Mientras avanzaba, pensaba: “Mi propia imaginación va a jugarme una mala pasada si no estoy atento. ¿Quién va a acechar en este bosque excepto las criaturas que lo pueblan habitualmente, ciervos y otros animales parecidos? ¡Fuera todas esas estúpidas leyendas pueblerinas!”.

Y así continué caminando mientras el crepúsculo desaparecía e iba siendo sustituido por las tinieblas. Las estrellas empezaron a titilar y las hojas de los árboles murmuraron a impulso de la ligera brisa. Me detuve, al poco, en seco; saltóme la espada a la mano, pues, justo ante mí, tras un recodo del sendero, alguien cantaba. No podía distinguir las palabras, pero el acento era extraño, casi bárbaro.

Me abrigué rápidamente tras un gran árbol, con un sudor frío perlándome la frente. No tardó el cantor en aparecer. Era un hombre alto y delgado, indistinto en el crepúsculo. Me encogí de hombros. No tenía que temer de un hombre.

Salté de detrás del árbol que me ocultaba, levantando la punta de la espada.

—¡Alto!

No manifestó sorpresa alguna.

—Por favor, amigo mío, manejad vuestra espada con cuidado — dijo.

Un poco avergonzado, abatí el arma.

—Acabo de llegar a este bosque —dije para disculparme—, Había oído hablar de los salteadores. Os pido perdón. ¿Dónde se encuentra la ruta que conduce a Villefére?

— Corbieu, os habéis equivocado —me respondió—. Debisteis tomar la desviación de la derecha. La dejasteis atrás hace unos instantes. Yo mismo me dirijo a Villefére. Si aceptáis

mi compañía, os guiaré.

Dudé. Pero, ¿por qué razón había de hacerlo?

—Naturalmente. Me llamo Montour, de Normandía.

—Yo soy Carolus, el Lobo.

—¡No! —exclamé, dando un paso hacia atrás. Me miró, sorprendido.

— Perdonadme —dije—. ¡El nombre es muy extraño!

—Mis ancestros fueron grandes cazadores —me respondió. No me ofreció la mano.

—Excusad mi sorpresa —dije mientras bajábamos por el sendero—, pero apenas puedo distinguir vuestro rostro en la oscuridad.

Sentí cómo reía, aunque no emitió sonido alguno.

— Mirar cuesta poco —contestó. Me acerqué a él y salté hacia atrás al tiempo que se me erizaba el cabello.

—¡Una máscara! —exclamé—. ¿Por qué portáis máscara, *messiret*

—Como consecuencia de un voto —me explicó—. Siendo perseguido por una manada de perros, hice el juramento de llevar máscara durante un tiempo si escapaba de ellos.

—¿Perros, *messire*'!

—Lobos —replicó vivamente—. He dicho lobos. Caminamos en silencio durante un trecho. Más tarde, mi compañero añadió:

—Me sorprende que atraveséis de noche este bosque. Muy poca gente se aventura por estos caminos, ni siquiera de día.

—Estoy obligado a alcanzar la frontera —contesté—. Acaba de firmarse un tratado con los ingleses y el Duque de Borgoña debe ser informado. Los aldeanos intentaron disuadirme de que hiciera el camino de noche. Me hablaron de un... lobo que, según ellos, acecha en este bosque.

—Aquí es donde se bifurca el sendero hacia Villefére

—dijo, y pude ver un estrecho sendero sinuoso que no había visto al pasar ante él, instantes antes. Se sumía en la oscuridad de los árboles. Temblé.

—¿Deseáis volver al pueblo?

—¡No! —exclamé—. ¡No, no! Guiadme.

El sendero era tan estrecho que tuvimos que caminar uno tras otro, el precediéndome. Le examiné con cuidado. Era alto, mucho más alto que yo, delgado y filiforme. Vestía ropas que procedían, evidentemente, de España. Una larga espada colgaba a su cintura. Caminaba con largas y ágiles zancadas, sin hacer ruido.

No tardó en ponerse a hablar de viajes y aventuras. Habló de numerosos países y mares que había visto, y discutió de muchos temas extraños. Y así, mientras conversábamos, nos fuimos hundiendo cada vez más en el bosque.

Imaginé que sería francés. Sin embargo, tenía un acento muy raro que no era ni francés, ni español, ni inglés, y que ni siquiera evocaba ninguna lengua que yo hubiera oído antes. Extrañamente se equivocaba en algunas palabras y, en otras, era incapaz de pronunciarlas.

—Este camino no es muy frecuentado, ¿no es así?

—pregunté.

—No mucho, efectivamente —respondió, riendo silenciosamente. Temblé. Todo estaba muy oscuro y las hojas susurraban entre las ramas.

—Un demonio acecha en este bosque —dije.

— Eso dicen los aldeanos —contestó—, pero yo, que he atravesado este bosque muy a menudo, nunca le he visto la cara.

Empezó a hablar entonces de raras criaturas de las tinieblas y la luna se fue levantando y las sombras se deslizaron entre los árboles. Levantó el rostro hacia la luna.

— Apresuraos —dijo—. Debemos llegar a nuestro destino antes de que la luna alcance el cenit. Apretamos el paso.

—Dicen —proseguí—, que hay un hombre-lobo acechando en estas regiones boscosas.

—Podría ser —contestó, y argumentamos ampliamente sobre aquel tema.

— Las viejas pretenden —me reveló— que, si se mata a un hombre-lobo bajo su forma lobuna, sólo entonces, está verdaderamente muerto. Pero si es muerto bajo su forma humana, la mitad de su alma vivirá siempre en aquel que lo haya matado. Pero, apresurémonos, la luna casi ha llegado al apogeo.

Desembocamos en un pequeño claro iluminado por la luna. El desconocido dejó de andar.

— Descansemos un instante —pidió.

—No, sigamos —le apremié—. No me gusta este lugar. Rió silenciosamente.

—Vamos —dijo—. Es un precioso calvero. Es tan agradable como la sala de un banquete y yo mismo he celebrado fiestas aquí frecuentemente. ¡Ja, ja, ja! Mirad, voy a enseñaros un paso de baile. —Empezó a saltar de un lado para otro, echando la cabeza hacia atrás y riendo silenciosamente. Pensé que aquel hombre estaba loco.

Mientras continuaba con su demencial danza, miré a mi alrededor. El sendero no continuaba más allá... se cerraba en el claro.

— Adelante —dije—. Debemos continuar. ¿Acaso no oléis el rancio aroma de fiera que impregna el calvero? Por aquí hay una madriguera de lobos. Puede que estén cerca de nosotros, deslizándose para rodearnos en este preciso momento.

Se dejó caer a cuatro patas, saltando más alto que mi cabeza, y vino hacia mí con un raro movimiento serpenteante.

—Este baile se llama la Danza del Lobo —dijo. Y mis cabellos se erizaron.

—¡No os acerquéis! —Di un paso hacia atrás y, con un grito penetrante que levantó vibrantes ecos en el bosque, saltó hacia mí. Aunque la espada le colgaba del cinturón, no la desenvainó. Mi estoque estaba casi fuera cuando se agarró a mi brazo y me arrojó a tierra violentamente. Le arrastré en mi caída y ambos golpeamos contra el suelo. Liberando una de mis manos con un movimiento ágil, le arranqué la máscara. Un grito de horror escapó de mis labios. Ojos de bestia brillaban bajo la máscara, blancos colmillos reflejaban la luz de la luna. Aquella era la cara de un lobo.

En un instante, los colmillos me amenazaron la garganta. Manos ganchudas me arrancaron la espada. Golpeé con los puños aquella horrible faz, pero las mandíbulas se cerraron sobre mi hombro, asiéndolo firmemente, mientras las garras intentaban abrirme la garganta. Me encontré de espaldas. El mundo se diluía. Golpeé ciegamente. Mi mano cayó, cerrándose automáticamente en la empuñadura de mi daga. La desenvainé y asesté una cuchillada. Retumbó un terrible grito semibestial... un aullido. Titubeante, me incorporé. A mis pies se hallaba un hombre-lobo.

Me incliné, blandiendo la daga, pero me detuve levantando la vista. La luna flotaba en el cielo, casi en el cenit. *Si mataba a la criatura bajo su forma humana, su terrible espíritu se albergaría en mí para siempre.* Me senté a esperar. La criatura me miraba con sus ardientes ojos de lobo. Los largos miembros filiformes parecieron encogerse, curvarse. Los pelos parecieron crecer hasta recubrirle el cuerpo. Temiendo enloquecer, me apoderé de la espada del hombre-lobo y le hice pedazos. Luego, tirando la espada a lo lejos, eché a correr y huí por los bosques.